LIBRARY OF PRINCETON
DEC 1 1 1981
THEOLOGICAL SEMINARY

BX 4700 .C62 L47 1955
Lerena Acevedo de Blixen,
Josefina.
Alto camino

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/altocaminovidade00lere

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 14 1981
THEOLOGICAL SEMINARY

ALTO CAMINO

VIDA DE SAN ANTONIO MARIA CLARET

MONTEVIDEO
1955

NIHIL OBSTAT

Teodoro Mäder S. J.

Censor

15 de enero de 1955

IMPRIMATUR

Luis Baccino

Vicario General

Montevideo, 30 de enero de 1955

Derechos de autor
cedidos a la Congregación de
Misioneros Hijos del Corazón de María
de Montevideo

Antonio María Claret nació en Sallent, un pueblito apretujado y humildísimo, de la Cataluña serrana. De vida transparente era como un milagro de desvelo y actividad en aquellos lugares de soledades, que Ignacio de Loyola quiso para meditar y escribir sus "Ejercicios Espirituales".

Y él recibirá su influencia, aunque sólo mencione la influencia de sus padres en su modalidad, pero porque ellos, como todos a su vez, ya la habían recibido, y se habían amoldado a los hábitos comunes, a los sentimientos, a las tendencias, a los gustos.

Así, su espíritu recién abierto irá transflorando ya el corazón de ese pueblo apacible, que en 1807 tenía todavía algo de estampa, con sus calles de tierra, morosas y sin ecos, ateridas y violetas al llegar las lluvias, y ardientes en los días de verano con su vaho de jazmines, pero quietas y sencillas siempre como patios familiares. El irá viviendo la poesía resignada de aquel pueblo. Se irá compenetrando con su tono severo y distinto, de noches de piedra, porque ni siquiera se encendían las lámparas de aceite, si no era para las grandes festividades. Irá afanándose en el ajetreo de las hilanderías, laboriosas como colmenas del alba hasta el An-

gelus. Amará aquel único puente, abrazo de piedra que unía al pueblo. Soñará con ese río que briosamente venía de arriba tornasolando limos. En los ojos del alma llevará para siempre los paisajes casi religiosos de su valle, con sus ermitas olorosas de fe. Recibirá la lección de austeridad de los peñascales, erguidos como crestas. Y pensará ya vanas las esperanzas de aquellas torres guerreras, que como espadas se alzaban sobre el apretado círculo de los Pirineos, queriendo volverlo muralla aisladora.

Y entre hombres sencillos, que tenían algo de candor como de niños, de levedad como de pájaros, pero que asimismo vivían una existencia intensa y dura, él irá aprendiendo la gracia de la pobreza y el valor del sacrificio e irá dándose a la contemplación difícil de las cosas altas, y tomando el camino del cielo.

Y era bella y clara la lección de aquel pueblo, que, alejado de todos los orgullos, había adquirido un positivo sentido de la paz y que acaso buscaba la paz del cielo por la paz de la tierra.

Levantado cerca de una frontera enemiga, como Manresa, como Calders, como Vich —la ciudad rica en reliquias románicas— que, con valentía suicida hacían frente a la guerra y soportaban incendios y saqueos, Sallent, insensible a esas tragedias, dejaba sus caminos abiertos.

Quizá fuese porque los sallentinos no en-

tendían las intransigencias de la política, o porque sufridos, sabían callar las mordeduras de las derrotas; pero en la hora del bravo dilema, cuando se les exigía servir, no empuñaban tampoco las armas, y sólo guardaban obligadamente las puertas y las fronteras, pagando a quienes hicieran su oficio en la guerra. Y eso hizo murmurar. Se habló de un pueblo egoísta, y no se apreció su sentido de la paz. Pero conviene verlo, ya que tendrá luego importancia y no es baladí para esta historia. Tendrá importancia haber nacido y haber sido criado en un ambiente de una conformidad tan profundamente arraigada, de un tan hondo sentido humano, y que amara en verdad la paz, aun la paz llana, la paz buena, una paz de ojos cerrados a las altiveces, y casi humillada, y por eso simple, y por eso grande.

El niño predestinado no tuvo cuna de oro ni suaves batistas ni cortinados de encaje; nació entre tornos, manivelas y lanzaderas, en un ambiente en que se trabajaba hasta con los velones encendidos. De clase muy humilde, su padre, Juan Claret Xambó, era tejedor de algodones y su madre, Josefa Clará Redereda había sido granjera. Y era el abuelo paterno tejedor de linos y todos así, menos alguno que fué cirujano y un tatarabuelo, cardador de paños. Y por la rama materna, todos eran gente de labor, también allá en San Martín de Viñolas, donde desde hacía más de un siglo, ellos tenían granja.

Y ahora en la casa de la calle del Cos tienen en los bajos la fábrica. ¿No serán algún día obreros también sus hijos?

Pero uno llegará al mundo con un sino distinto, y como buen augurio, mientras ensayaban los coros angélicos y se preparaba el pesebre. Amará como los suyos las bastas tareas familiares, gozará él también con las perspectivas algo limitadas de los dibujos y con los felices encuentros de los rojos, los amarillos y los verdes; pero seguirá el oficio asimismo por obediencia, y lo dejará por la esperanza de un sacrificio, que durante mucho tiempo nadie pudo comprender...

Pero, por él, un día los peregrinos irán a visitar la vieja casa, y traspasarán devotamente aquella puerta de postigos abiertos a la vereda, como de venta antigua, se detendrán ante sus ventanas estrechas y empinadas, hechas sin ninguna avidez de luz; y pondrán en lo alto una campanica y una cruz.

El fue el quinto de los once hermanos. Rosa, la mayor, era la que él más quería y la que más lo quería. Juan heredará el mayorazgo, y así la fábrica y la casa familiar. Dos niños, Mariana y Bartolomé van a morir en los primeros años. Y después de él vendrán José, Pedro, María y Manuel, entre los conocidos. Pero es Antonio Juan Adjutorio el que nació en las antevísperas de la Navidad, el 23 de diciembre, y el que fue bautizado el día del Nacimiento, co-

mo se dijo, "mientras se escuchaban los alegres villancicos y las músicas pastoriles de la fiesta".

Ocurría en 1807, al año siguiente de Trafalgar, pero no en los días que Saint Cyr tomaba Rosas y se perdían las batallas de Cardedeu y Molinos del Rey, como parecería haber sucedido por la fecha dada en los libros parroquiales, ya que el sacerdote anotó 1808; pero, porque, como lo probaron otros documentos, él daba por iniciado el año el día de Navidad.

Y consta en el libro bautismal que fue madrina en el acto, la tía del niño, María Claret, hermana del padre y esposa de Adjutorio Canudas, cestero de Manresa, y que el padrino fue su tío materno, Antonio Clará, molinero en su pueblo. Y son datos interesantes porque agregan al tono grave y solemne de la ceremonia, el matiz humilde que debió tener, y hablan una vez más de esa humildad que presidió su nacimiento, y que para siempre va a quedar enraizada a su espíritu.

Entre los detalles que parecen dados sólo para entretejer los días, hay casi siempre una razón que dará el clima de su vida. Así también en el hecho de que el niño no fuese criado en su casa, por enfermedad de su madre, y sí entregado por ello a una nodriza. Y todos los autores, menos Monseñor Aguilar, narran a este propósito un episodio que pudiera derivar, como lo creen, en una gracia. Se afirma que durante la permanencia en casa de su ama, el

esposo de ésta quiso ampliar la vivienda, y que lo había hecho tan desafortunadamente, que los techos se desplomaron muriendo el matrimonio y sus cuatro niños, y salvándose el pequeño que, esa noche había quedado con sus padres.

Y en un sentido humano y no divino, tiene interés también saber que durante tanto tiempo el niño viviera entre extraños, porque podría esto haber influído en su carácter. Aquella humildad que a todos dejaba impresionados, ese marcado sentido de la obediencia y del respeto, que no va a perder nunca, ni en la cumbre de su carrera, ese deseo de pasar desapercibido, esa timidez que le hacía bajar los ojos al suelo y aun esa modestia y falta de ambición, que es común a los de su familia, pero que en él se van a hallar acusadísimas, pueden ser consecuencias de esa época de desplazamiento, de incomprensión, de las horas en que tuvo que sentirse demás y más pequeño que ninguno. Y quizá sea ésta la causa que va luego a florecer con más belleza en su destino y que va a agigantar su figura con los dones de la mansedumbre y de la conformidad, tan raros en la vida.

Pero ha interesado principalmente y los autores reconocen en forma unánime y juzgan valioso, el clima moral y de religiosidad en que fue criado el niño. Las versiones coinciden en destacar que las dos familias, tanto paterna como materna, eran muy creyentes, y que

casi todos sus miembros pertenecían a las Congregaciones del Carmen y del Rosario, por lo cual se ha dado también el curioso dato, de que entre ambas casi monopolizaban la tumba de la Comunidad, en el cementerio local. Y numerosos testigos han comentado la religiosidad del padre de Antonio. Se le presenta siempre como un excelente cristiano, cumplidor de sus deberes, que no comenzaba su día de labor sin asistir a misa acompañado de toda la familia, que de sobremesa leía a los niños libros edificantes y piadosos, y que lo mismo hacía con sus obreros, en los descansos de la fábrica. Hombre de limitados conocimientos, pero versado sin embargo en Historia Sagrada, y que poseía cierta inclinación pedagógica, y una manera bondadosa y firme de guiar, con el ejemplo y la palabra, dió a su alrededor una enseñanza de fructíferos resultados. Y podía él también decir, porque así era: "¡Señor, por ti velo desde la Aurora!".

De ahí que no solamente Antonio tomara un alto camino, sino María también, que se hará Carmelita de la Caridad, y tres de sus nietas: Francisca Montañola, la hija de Rosa, y las hijas de José, Dolores y María Claret, que entrarán luego en la misma congregación; y aun una sobrina política, Rosa Clará, que habiendo vivido en aquel mismo ambiente, se hará monja en Vich. ¿No deberá creerse que los suyos aprendieron con él a amar al Señor? Hasta los hijos varones de José pensaron que debían seguir el sacerdocio y, lo comenzaron

con gran disgusto de Antonio, que no veía en ellos las condiciones necesarias, aunque por suerte no llegaron nunca a ser sacerdotes. Pero, ¿no es todo esto como un índice del clima en que se vivía?... Y Manuel, el menor, aquel niño que va a morir tan joven, a los catorce años estudiaba ya Humanidades, que en un pueblo obrero y falto de cultura, indicaba posiblemente una vocación.

En la misa se habla de un río de paz...

Era el clima de aquel hogar cristianísimo, con aquella educación tan perfectamente encaminada hacia lo alto: educación del espíritu y del corazón, moral y de trabajo, de comprensión y de ayuda, de oración y de amor. Así debía ser en un hogar que buscaba la armonía en la tierra y la profundidad de las cosas del cielo. Y si los niños no tuvieron la alegre despreocupación común de los infantes, se guió cuidadosamente sus impulsos y se encendió su fe. Y en ese momento, Antonio, Antoñito o Antoñico, Antón, Antoñín, Toñín, como se le decía indistintamente y por mimo, que casi no sabía hablar, pero que escuchaba lo que se enseñaba a los hermanos mayores, vivía ya como abismado a las verdades eternas, con la mente en vilo y queriendo comprender, y con el corazón embelesado, recibiendo todo como un dulce rocío, como un inexplicable perfume de sueños.

El padre, en verdad, leía historias maravillosas. Historias de hombres que hablaban con

Dios, de hombres que subían a los cielos, o de ángeles o santos que andaban por la tierra. Y leía libros que anunciaban cosas tremendas y cosas divinas, que no podrían olvidarse nunca. Algunas palabras tenían un sentido que dejaba en suspenso. Brillaban como piedras preciosas, y el niño las amaba, pero quedaba cegado y sin entenderlas todavía. ¿Cómo podría explicarse que siempre fuera siempre?... La idea martillaba en sus sienes, y en su Autobiografía, él narrará ese instante obsesionado en el que aumentaba distancias, enormes distancias, y veía que todo lo que acumulaba tenía fin. Por eso en su camita blanca, cuando las velas se apagaban seguía pensando en la eternidad. La noche cargada de sueños iba haciendo callar a sus hermanos; pero él continuaba con las manos apoyadas en la cara y los codos en la almohada, desvelado por la idea atormentadora y magnífica. "La verdad del Señor permanece eternamente"...

Pero se acordaba entonces de los malos, de los que tendrían que sufrir sin fin. "¿Jamás acabarán de penar —se preguntaba— siempre tendrán que sufrir?... Habían sido malos, eran malos, querían ser malos, y pecaban y se condenaban. Pero ya pensaba que debía hacerse sacerdote para hablarles y hacerlos arrepentirse. Ya imaginaba que podía ser santo para ponerse ante la puerta del infierno, a fin de evitar su caída. Y, tenía solamente cinco años.

Asimismo, a su alrededor todo seguía pa-

reciendo natural, y ninguno sospechaba de sus tormentos ni de sus proyectos.

No era hora de preocuparse tampoco por lo que pensaran los niños. Se vivía angustiosamente, con un mañana inseguro, con la guerra adentro y afuera de las fronteras. Cataluña misma se desangraba en guerrillas contra el invasor. El intruso seguía ciñendo la corona. Y en cuanto a las vastísimas tierras conquistadas por Isabel la Católica y orgullo de Carlos V, iban siendo amenguadas, y, arrancada ya la bandera roja y gualda que había quedado clavada en América. Cisneros había sido echado de Buenos Aires; se agitaban Venezuela, Chile y Perú; se independizaba Paraguay; se sublevaba México y Elío era derrotado en San José y en Las Piedras. ¿No iba siendo el fin de la dominación y la pérdida de cuantiosas esperanzas y riquezas?

Hasta en las inocentes aldeas, los hombres como conjurados hablaban con temor, porque todo era adverso, y no se podía pensar sino en librarse de los enemigos, y esperar que llegara la justicia divina.

Ahora entre las sierras empezaban a brillar otra vez las bayonetas de los soldados franceses que se presentaban con sus casacas azules, sus altos morriones, prepotentes, desdeño-

sos, seguros de la victoria, prontos a invadir el pueblo.

Y los de Sallent huían a los bosques, con los colchones, los niños, los utensilios caseros. Con ellos iba Antonio, que tenía ya seis años. No era llevado en brazos, como antes, sino que iba corriendo, él también, entre todos. Pero corría deteniéndose, mirando hacia todas partes, porque Juan Clará, el padre de la madre, no estaba con ellos.

Y para hallarlo deshizo el camino. Volvió al pueblo sin que lo vieran. Tal vez el viejo había quedado en la casa por su propia voluntad y para no ser estorbo en tan difícil trance, ya que estaba medio paralítico y medio ciego. Pero la presencia del niño debió parecerle un auxilio inesperado, que lo conmovió y lo decidió a seguirlo. Y en la zozobra de la huída pudo ser un bello espectáculo, el anciano con sus pasos torpes y lentos y el pequeño héroe, guiándolo, lleno de ternura, en una demorada marcha, ya casi bajo la presión del fuego.

Son palabras suyas: "Desde muy pequeño me sentí inclinado a la piedad y a la religión".

Estas dos anécdotas tempranas lo prueban, en efecto. El niño se arriesgaba a los cinco años en esa búsqueda de ideas que tocan el misterio y corresponden a la fe. Y a los seis años daba pruebas de poseer una exquisita sensibilidad, realmente rara en las criaturas. ¿No comenzaba ya a hacer el bello, difícil, he-

roico, resplandeciente, magnífico camino, que ninguno podía imaginar?...

Para los del pueblo, y aun para los suyos, era todavía un niño insignificante, más apagado que los otros, más taciturno, más tímido, humilde y obediente como un pobrecillo. En la iglesia, aun en las largas funciones, se quedaba de pie, porque dejaba siempre su asiento a los ancianos, con los que tenía delicadas deferencias. Se sacaba la gorra al encontrarlos en la calle, y si tenía que hablarles, lo hacía balbuceante. Pero desde luego, tampoco a los compañeros, habló con audacia o enojo. Sus palabras eran escasas, insuficientes más bien, y su misma afectividad era silenciosa. Era poco demostrativo, ya que no tenía esas explosiones de entusiasmo de los otros niños, ni sus violentos gritos. Y en la casa, como en la fábrica, era un goce para él, ayudar y ser útil.

Tenía Antonio siete años y empezaba a ir al colegio, en el tiempo en que Fernando VII, abandonando por gracia especialísima, su lujosa prisión de Valençay, entraba a Madrid, a donde el pueblo lo recibía con alegría, gritando, ¡Viva Fernando! ¡Abajo la libertad!

Su retorno significaba otra vez la implantación de la Horca y el establecimiento de la Inquisición; significaba la venganza; y, pronto la desconformidad de todos. Pero Cataluña vivía entonces una breve hora de independencia, de lógico entusiasmo, de calma, de dulzura.

Era cuando los padres de Antonio acababan de comprar una casa de cuatro pisos, que daba a dos calles, en pleno centro, cerca de la plaza y ubicada en la calle Grande número 1; una casa de muchas ventanas, todas desiguales, y con un gran balcón en el último piso que tomaba la esquina. Pero la fábrica volvió a ser instalada en los bajos, porque el padre de Antonio estaba conforme con su oficio, y lo era de nacimiento y por tradición, considerándolo muy honroso, y queriendo que todos los hijos lo siguieran y no se apartara ninguno, como habrá de verse.

Empezaban ahora los años escolares tan deslucidos, pues si llamó la atención del director del colegio, un bachiller de la Universidad de Cervera, don Antonio Pascual, él no dice de un alumno brillante, ni profundo, sino que quedó asombrado con su conducta, con su obediencia, con su mansedumbre, que era al fin su manera de saber callar. Y así fué juzgado durante aquel tiempo más o menos por todos. Hablará el cura párroco también de su "natural excelente", y dirá que disfrutaba de la suerte de las almas buenas. Y sus compañeros, exclamarán: "Antonio es un santo".

Alguno, sin embargo, agregará una observación interesante, pues verá su mansedumbre, admirará su humildad, esa preciosa docilidad suya, pero advirtiendo que poseía asimismo

una naturaleza viva. Y años después volverá esto a ser comprobado. Se hablará así después de su mansedumbre heroica, de una serenidad que no era apatía, de una dulzura que no es la que deriva de un espíritu indolente, de una voluntad perezosa, y que era virtud y nunca defecto. Algún día, muchos años después, se dirá que en él se veía el candor de un niño, el más inocente y sencillo, junto a una perspicacia de entendimiento y a una viveza de imaginación poco comunes.

Ahora extraña asimismo aquella miopía casi general de los que estudiaron los primeros años del niño. No habló ninguno sino de una inteligencia mediana. Sin embargo, se sabe que el niño enseñaba a sus compañeros lo que no entendían, y que de vuelta a su casa iba dando las lecciones para que ellos lucieran al día siguiente. ¿Ninguno de los maestros, al expresar un punto, comprendió que él lo captaba? ¿Ninguno siguió nunca su pensamiento? ¿Ninguno consideró que su silencio era debido a su modestia y a su timidez? Solamente su padre va a advertir que el niño está en otra cosa, que va por otro camino.

Es que el padre lo halló transportado ante el altar. Era cuando le hablaba a la Virgen lleno de confianza —como dirá en su Autobiografía— y, cuando sin explicarse lo que eran telégrafos eléctricos, se figuraba que desde la imagen, delante de la cual oraba, había como un hilo

de alambre hasta el original, en el cielo, y que subían las oraciones y bajaban las gracias.

Naturalmente que entonces, la gramática, la geografía, la geometría, eran materias para los otros. El sólo quería saber de los episodios de la Historia Sagrada, de Job, de Moisés, de David, de Jesús.

Y como dice Pío Zabala, quedaba en la iglesia como una estatua, inmóvil, con los ojos fijos y los brazos cruzados.

Ya muchas veces oía voces que lo llamaban al templo...

Era entonces cuando decía, "que se las entendía con el Señor", y también, cuando ya pensaba: "¡Oh Dios mío, quién os hubiera amado siempre!".

Por eso más tarde, al acordarse de estos tiempos, al pensar en esta fe de ahora, se lamentará de haberla perdido y censurándose, dirá: "soy un monstruo de ingratitud". Porque así hablará para su castigo y su mayor confusión, según sus escritos.

Era pues una fiesta para él, poder ir con su hermana Rosa, a la ermita de la Virgen de Fusimanya que quedaba a cinco kilómetros del pueblo. Hacían siempre el largo camino recogiendo flores para depositar en el altar, y corriendo alegres, entre pinos, carrascos, viñedos, olivares y romeros. Pero, en cuanto llegaban a la vieja parroquia de la masía de San Martín de Serrahima, que estaba en una altura desde donde se divisaba la blanca ermita con su puer-

ta cuadrada y aquellos tres cipreses oscuros que hacían guardia a su lado, el niño caía de rodillas, siempre con la intensa emoción de la primera vez y oraba largo rato con la cara en llanto. Después seguían ya en un tono grave, distinto, y cantando o rezando el rosario.

"Madre mía, aquí tenéis a vuestro hijo"... Y entraban como dos peregrinos.

La capilla había sido levantada en el siglo XVIIpara sustituir a otra mucho más antigua, que estaba en ruinas. Sencilla, sólida, con su crucero bien proporcionado, ornada de ramajes blancos como sus paredes, ostentaba entre ellos cinco medallones con los motivos gozosos del rosario. Y en el altar, de estilo plateresco, en oro, una pequeña virgen se daba a los fieles guardada en una hornacina. Los que la vieron dicen de su rostro gracioso y lleno de bondad, y se sabe que los campesinos creyeron siempre verla sonreir. Y que de tal modo la adoraban, que la hacían llevar hasta cuatro y cinco vestidos superpuestos sobre su ropaje de estatua, porque ese era su homenaje y su agradecimiento, y la agobiaban poniendo una sobre otra diademas de metal, que pesaban sobre su frente coronada de gubia.

La visita a la Virgen será para Antonio uno de los actos más deseados. Irá siempre que

pueda, ahora y mientras sea estudiante, y luego de sacerdote y aun de Arzobispo. Pero en ese momento podía imaginarse que era un premio que recibía, un regalo, una gracia.

No acompañó nunca en sus paseos a los demás muchachos, ni cazó con ellos pájaros con la honda asesina, ni subió a las tapias y a los árboles para robar frutas, por lo cual no tendrá que arrepentirse de ninguna travesura, como sucediera a San Agustín. Pero tanta gravedad, y esa modalidad tan pura, tan recta, lo separaba cada vez más de sus compañeros. No podía seguir sus diversiones, porque, si en verdad no los censuraba, no quería ser como ellos. Y esto lo hizo vivir aislado, reconcentrado y aumentó aun más su timidez. ¿No se dice que frecuentó la escuela sin hacer ninguna falta? El era siempre el modelo de sumisión, de taciturnidad y respeto... Así, los compañeros sabían que para divertirse no contaban con él, y hasta le decían: —"Vete, Antonio, que vamos a hablar mal"...

La advertencia era ingenua, pero la tenían por diabólica, y la hacían con punta de fuego. Y sin embargo, Antonio no se enojaba, sino que agradecía que se le evitara escuchar lo que iba a molestarle, y aunque ellos sonrieran, él no se ofendía.

Llegará, pues, a la santidad, casi sin desviarse, sin conceder nada al mundo, sin hacer como San Pablo y San Francisco un camino curvo, ya que por su pureza, por su limpidez,

por su vida intachable y angélica, se acercará a San Luis.

A los diez años enseñaba el catecismo y el rosario a los compañeros, y trataba de llevarlos a Dios. Y el cura del pueblo al advertir sus condiciones, lo colocaba a su lado para que ayudara a explicar el catecismo.

Pero, nadie podía prever todavía que algún día sería levantado en un sitio público de Sallent, en una plazuela entre árboles y flores, un bronce al catequista, que va a ser después, y que para siempre está dando su lección.

Su camino era todavía silencioso. Estudiaba latín, pero aun podía parecer que lo hacía como cualquiera. Y todos ignoraban su secreta posición, y que, cuando el azar ponía en sus manos algún libro piadoso, al terminarlo, lo apretara contra su pecho y agradeciendo con toda el alma haberlo podido leer, pronunciara estas palabras: "¡Oh, Señor, qué cosas tan buenas yo ignoraba!"...

¿No debió ser tremendo entonces que su padre lo llamara una mañana, para decirle que era necesario dejar los estudios y hacerse obrero?...

Habrá que creer que la resolución debió ser meditada y exigida por las circunstancias, y hasta que fué demorada; pero para el niño tuvo que ser asimismo insólita. Sólo que, con su

mansedumbre, con su modo de saber acatar las cosas, con esa obediencia tan dulce, respondió sin asomo de amargura: —"Haré como usted dice... ¡Que se haga la voluntad del Señor!"

Y a los once años, todavía con sus pantalones cortos, entró a formar parte del plantel estable de los tejedores, y desde el día siguiente trabajó en la fábrica, como si aquél hubiera sido su gusto.

Algunos biógrafos dicen que el padre explicó al hijo que los tiempos eran malos y que no podía seguir pagando los maestros; Monseñor Aguilar da la versión de que había muerto su profesor de gramática, y que el padre alegó que no era fácil hallar quien lo reemplazara, por lo cual tomaba esa resolución; pero de cualquier modo que fuere, en el taller no pareció su actitud de sacrificio. ¿Era porque todavía tenía esperanzas? Porque se ha dicho, y lo dice en su obra el Padre Cristóbal Fernández, que el muchacho trabajaba sin perder contacto con aquellas materias y pensamientos que lo atraían, y que así, mientras la mano derecha estaba ocupada en voltear la manivela y la izquierda en gobernar los hilos, los ojos seguían con frecuencia la lectura de un libro que lograba colocar a su alcance. Y también que esto llamaba la atención de sus compañeros, y que maliciosos y con palabras irónicas le preguntaban entonces para qué estudiaba, y, que él, lleno de candor y sencillez, decía siempre que iba a ser cura.

Esta respuesta causaba invariablemente

risa, sobre todo a las mujeres, que eran ignorantes, ordinarias e irrespetuosas de las cosas del cielo, y que reían porque no lo comprendían. ¿Cómo podía ser cura si estaba entre ellos? Y lo miraban y se miraban, y le tenían ya lástima, porque sabían que estaba engañado. Pero allí mismo él se ofrecía a Dios, y le decía: "Humanamente no veo esperanza ninguna, pero Vos sois poderoso y si queréis lo arreglaréis todo"...

Hasta ahora hemos ido señalando faces más o menos claras y precisas de su personalidad, faces que pueden sintetizarse así: espíritu religioso, amor a Dios y a la Virgen, humildad, mansedumbre, obediencia, desinterés en todo, hasta por los elogios, sencillez, generosidad en su manera de darse. Más adelante subrayaremos el heroismo de su santidad, su modo de someterse, de dominarse, de sacrificarse, de mortificarse. Pero también su temperamento violentísimo, que por la fuerza de la inmensa voluntad del Santo fué talmente vencido, que parecía de suavidad inalterable y perfecta.

Tenía once años cuando empezó a tener ese dominio sobre sí.

Acababa de constatar horrorizado que iba tomando aversión a su madre. Nunca explicó por qué. Pero sufría. Y comprendió que debía castigarse para corregirse y para devolver a su corazón amargado el bálsamo de la sinceridad y del amor, y se esforzó por tratarla con más

ternura. No tuvo nunca gestos de malhumor para ella ni días de indiferencia, y salió de aquella tormenta sin que la madre descubriera las penalidades de su niño.

Pero como en su espíritu, que estaba desconforme todavía, quedaba una duda, consultó con su confesor, que al decirle Antonio de su conducta y de su expiación, respondió, aprobándolo: "Dios es quien te guía, hijo mío. Sé fiel a la gracia". Porque aquél vió una gracia en esa manera de torcer los necios pensamientos y de encontrar su paz sin auxilio alguno.

Otro episodio va a poner en evidencia las bondadosas maneras de este muchacho, que recién cumplía catorce años. Demuestra en él una preciosa comprensión, un sentido de hermandad y una sincera piedad.

El era en la fábrica uno de los mejores obreros, más ágil que los otros y más consciente de su deber. Así, en el tiempo en que los demás terminaban una pieza de tela, como se dice entre tejedores, él ligaba una y media. Y sus trabajos eran aún más prolijos, más perfectos y sus puntos más apretados. Halagado el padre, animado también de poder hacer de Antonio un buen obrero, y en parte además, para su beneficio, dispuso que el muchacho y uno de los compañeros, revisaran todos los trabajos antes de darlos por terminados.

Para cualquiera pudo significar eso una distinción, la constatación de una superioridad,

y es probable que así lo juzgara el otro. Pero para Antonio era tarea dolorosa la de corregir los errores o negligencias de los demás. Sufría más que quienes eran amonestados y quería que sus palabras no tomaran acento de corrección. Entonces comenzaba siempre por mostrar lo bueno de cada trabajo a fin de indicar luego los defectos.

—Para que la labor pueda considerarse perfecta sólo habría que modificar este detalle y aquella otra cosa.

No es esta una forma corriente. Esos miramientos para no herir ni desanimar mostraban delicadísimas condiciones de nobleza y de comprensión. Pero él no consideró nunca que en ello hubiera mérito. Decía que procedía así sin saber por qué, aunque más tarde diga:

—"Con el tiempo he sabido que era una especial gracia y bendición de dulzura con que el Señor me había prevenido".

Y en esa forma iba ganándose sus corazones, conquistando sus buenas voluntades, y llevando a sus compañeros hacia Dios, ya con su prédica, ya con su ejemplo, ya con ese ascendiente que tenía ahora sobre ellos. Y con él rezaron un rosario todos los días y un avemaría cada hora.

Hablaba a todos con palabras medidas, con palabras igualmente cordiales, suaves, serenísimas. No se arrebataba nunca. No discutía ningún tema. Los otros se ofuscaban con fre-

cuencia, gritaban. Era un momento de apasionados debates políticos, cuando España estaba enconadamente dividida, entre los que acompañaban a Fernando VII y los que condenaban sus actos, porque había gran desconformidad al no haber sido puesta en vigencia la Constitución. ¿Quién hubiera podido dejar de sostener con calor una de las posiciones?

Pero Antonio seguía sin hablar de aquel problema candente. Era extraño que no tuviera una secreta posición, aunque sus biógrafos piensan que no podía estar sinceramente ni con el Rey ni con don Carlos. Y así debió ser, a pesar de que en Sallent, como dijo, hasta el aire que se respiraba era constitucional.

Sin embargo, él andaba como un sonámbulo entre las discusiones, como sin escuchar a los que reñían. Solamente hablaba de máquinas y de dibujos, como si ignorara las cosas. Y dice el Padre Aguilar, en su obra sobre Claret, que esa posición de prescindencia no impidió que historiadores inescrupulosos lo presentaran asimismo como interviniendo en política. Pero ¿en cuál de los partidos? Algunos sostuvieron que era partidario del Rey; otros hablaron de sus ideas liberales, y hasta dijeron haberlo visto "con su fusil de chispa y su enorme morrión" gritando: "¡Viva la Constitución!"

La Historia va a dar ahora un vuelco, pues Fernando, sabiéndose inseguro, no sólo pondrá en vigencia la Constitución, con lo cual apaci-

guará por ahora a España, sino que se presentará como el más ardoroso partidario, y dispondrá que cada ciudad o pueblo, llame a su plaza principal, de la "Constitución". Y los de Sallent, como los otros, van a estar también de fiesta, pues se ha decretado que todo se realice con pompa y alegría.

Es un acto de paz, que une a realistas, republicanos, liberales y católicos, y que va a ser festejado con entusiasmo, quizá porque todos creyeron en la sinceridad de las palabras del monarca, o porque el hecho en sí, bastó para dar satisfacción a todos. Y en medio de aquella efervescencia, entre aquellos preparativos, la casa de Antonio, es decir, la casa de su padre, fué adornada rumbosamente con grandes colgaduras, quien sabe si por disposición de las autoridades que todo lo disponían, aunque no se dice que Juan Claret no lo hiciera por decisión propia. Y, si eso puede pensarse, es debido a que las órdenes llegaban a los pueblos detalladas y expresas, sin que nada se dejara a voluntad de los habitantes. Se levantaría así un espacioso tablado en la plaza que iba a bautizarse; se colocaría en ella un gran retrato del Rey, con velo para descorrer a la hora de la ceremonia; se pronunciarían discursos encomiásticos, y se disponía por edicto que asistieran en corporación las autoridades y el clero, aquéllas en traje de etiqueta, y los sacerdotes con bonete y manteo, y que luego en las iglesias fuera explicada la Constitución, para que se hablara de ella, desde el púlpito. Y todo de-

bía ser grandioso y solemne y, todo también entusiasta y espontáneo.

Así, por la noche las fiestas continuarían para solaz del pueblo, que debía bailar tres días en las calles y plazas, a modo de adhesión. Habría profusión de salvas y campanas; se tocaría el himno; y frente a la casa de don Diego Artigas, allí en la plaza, se mantendrían encendidos hasta el alba diez hachones de cera, ya que para todos debía ser hora de júbilo.

¿Por qué Antonio permanecía ausente?... ¿Veía ya más que los otros?...

Aquella alegría general era en verdad una prueba de esperanza.

Pero la Constitución no iba a ser cumplida. Había sido aprovechada para pacificar y crear un clima benigno, hasta que llegara el momento de imponer de nuevo el despotismo absolutista. De ahí que los que festejaron de buena fe aquella conquista, indignados al sentirse defraudados, al verse burlados, empezaran a sublevarse otra vez, y que en Cataluña como en Aragón, grandes bandas de campesinos armados recorrieran las campiñas para incitar a un movimiento de guerrillas.

La desconformidad era pues cada día mayor. Se había perdido la confianza, y hasta el ejército se mostró desconforme.

La situación de España iba siendo grave. Y fué cuando el Rey pidió entonces apoyo a su primo, el de Francia, que le envió aquel ejér-

cito que mandara el duque de Angulema y fuera conocido con el nombre de los Cien mil hijos de San Luis.

Es que Fernando había dejado de ser constitucionalista, y ya sin la máscara de aquella conveniencia, atacó ensañadamente a los que se habían mostrado sinceros partidarios, con lo que se creó un momento de confusión en toda España. ¿Acaso se podía hablar todavía de corazón a corazón? Fué época de venganzas y terror, porque nadie estaba seguro al hablar de no ser delatado, y todos eran traidores, o podían serlo.

¿Por qué eligió Antonio ese preciso momento de agitación y terror, para ir a estudiar a Barcelona? Evidentemente porque se hallaba alejado de los sucesos y debemos considerarlo como indiferente a los problemas políticos.

Su vida seguía siendo retirada, aunque no tan fuera de las cosas del mundo. Y habría que decirlo: por un instante primó en él la vocación laboral. Se había propuesto mejorar su situación de fabricante. Quería ser un buen obrero. Fué así un tiempo de pausa, sino de claudicación, momento en que se desviaba, que hacía otro camino... Pero acaso él todavía no se daba cuenta. O quizá no quería darse cuenta.

Quería trabajar a ejemplo de San Pablo, para pagar el sostenimiento y los estudios, y así lo hizo. Se empleó en una fábrica, la de Vagatans, mientras se matriculaba en la casa

de Lonja, a fin de aprender dibujo. Otras materias, como gramática castellana y francesa, matemáticas, geografía, astronomía, las estudiaría particularmente y de noche, a fin de no perder el tiempo. Y en la Casa de la Lonja ya obtenía premios, y en la fábrica adonde trabajaba se le empezaba a poner en las tareas de los obreros avezados. Se producía, evidentemente, un cambio de rumbo en su vida. Llegaría a ser un fabricante muy capacitado, y así se pensaba, ya que los grandes industriales quisieron hablar con su padre, al que propusieron una sociedad, en la que se colocaría el muchacho al frente de los negocios. ¿No copiaba ya las telas, y hasta sabía mejorarlas? Veían todos en él una adquisición, y el padre hubiera aceptado con entusiasmo, sólo que el muchacho, no se sabe por qué, no se resolvía, y alegaba ser demasiado joven. Pero parecía asimismo dispuesto a seguir en la fabricación.

Ya no sería cura. Ya no tenía la misma devoción. No ponía medallas y estampas en su telar, como antes, no trataba de catequizar a sus compañeros, ni rezaba el rosario junto a ellos. Lo rezaba a solas, en su cuarto, sin hablar a nadie de su fe. Pero la populosa ciudad, que tanto lo había cambiado, no había terminado su obra. El no entraba a un despacho de bebidas; aun no miraba a las mujeres con la cabeza levantada; y si podía no les hablaba. Seguía siendo tímido, puro, severo en su conduc-

ta. Pero se conformaba con muchas cosas que antes le hubieran parecido tremendas. Así, iba a la última misa, de San Justo, aunque diciéndose siempre por el camino que eso no estaba bien, porque si por alguna causa inesperada no hubiera misa, se quedaría sin misa. Sólo que ahora se reconvenía sin corregirse.

El Padre Fernández, uno de sus biógrafos, dice que los que pasan por estos períodos, le llaman estados de tibieza, y que los místicos, atentos a las luchas interiores, y a las penosas energías que se desarrollan, los titulan "noche oscura del sentido". Y en eso estaba.

Los elogios y los triunfos habían despertado en él también, la común y humana vanidad, que aferra a las cosas y aleja del cielo.

El dirá que, entonces, hasta el mismo cumplimiento de las obligaciones religiosas iba resultándole un verdadero martirio... Oía la misa distraído, con la mente en los inventos, en las máquinas, en las difíciles y apasionantes soluciones... Y tanto fué así, que empezó a preocuparse. Había llegado a vivir en un estado de alma no previsto. Estaba fuera de su órbita.

Fué a su confesor, al Padre Amigó, un hombre talentoso y comprensivo, que respondió tranquilizadoramente. Sin duda quiso arrojar un cabo al muchacho que empezaba a perderse, que se había alejado de sus deseos y que sin darse cuenta, ya no sentía con su corazón...

"Atendiendo a todo, le dijo, usted cumple y emplea bien su tiempo". Y esto consta, como está dicho, en los libros que tratan su vida y según éstos, en el Proceso Informativo de Barcelona.

El espíritu del mundo, que lo rodeaba, se iba apoderando de él. ¿Cómo defenderse?... ¿Por qué defenderse?... Posiblemente ambas posiciones alternaban en su mente. Quería seguir siendo él mismo. Pero ya no lo era. Tal vez ya no veía tampoco la necesidad de seguir siendo como antes, puesto que había cambiado. El proceso de transformación debió ser lento. Y si al principio él se había resistido, sus compañeros lo presionaban constantemente con sus hábitos, sus gustos, sus tendencias, con sus mismas expresiones. Y ahora se le ofrecían corazones también, como a los demás, o como a ellos solamente cuerpos. ¿Qué hacer? ¿No consideraban todos ridícula su pureza, su rectitud, su lealtad?

Pero él seguía manteniendo aquella conducta que los otros no comprendían. Y asimismo, la mujer de uno de sus amigos se enamoró de él, o como mujer coqueta, quiso jugar con él, colocándolo en la desairada posición de tener que huir de ella. ¿No era porque conservaba escrúpulos morales y principios religiosos?

Pero en otros aspectos ya había empezado a ceder. Trabajaba afanosamente, pero lo hacía para ser rico. Sus compañeros debieron ver

esa debilidad suya, y como una serpiente uno pudo deslizarse a su lado, amigo artero, que iba a proponerle el canto de los negocios, y le dijo que solamente tendría que entregar las sumas. No precisaba entender aquel manejo complicado que el otro tan bien sabía. Le habló de que tenía buena cabeza, y él creyó. Le dijo que empezarían por jugar a la lotería. Debió parecer inocente, y Antonio lo dejó hacer...

Luego entraron en otros juegos, en otros negocios. El no los comprendía. Eran cosas lícitas; pero que sólo sabían los que estaban en esas cosas. Y ganaba mucho dinero... En realidad no vió nada más. Pero quería ser rico. No era malo. Por eso el golpe fué terrible.

Un día supo que su socio estaba en la cárcel. Había especulado y había estafado con su dinero, a causa de su debilidad, de su estupidez. Quedó horrorizado. El lo había ayudado, sin darse cuenta. Y ahora se veía unido a un delincuente. Ciertamente que tuvo vergüenza. Ya ni quería salir a la calle. Pensaba que todos lo miraban. Le parecía que lo señalaban con el dedo.

¿Cómo no cortó, sin embargo, definitivamente con aquella existencia?... Vivía casi encerrado. Pero no dejó la turbadora ciudad. No se fué. Estaba asqueado del mundo. Y seguía en él. Se encontraba y hablaba con aquellos compañeros peligrosos y divertidos. ¿Acaso lo ha-

cía, lo admitía, porque la fabricación lo tenía fascinado?

Con esos amigos fué aquella tarde también a la playa de la Barceloneta. Era verano, y contento como un niño, corrió descalzo por la arena mojada, dejándose llevar por el vértigo de la hora límpida. Así, cegado de luz, de color, de gozo, no vió la gran ola que se había alzado, ya sobre él, y que en su reflujo, lo arrastró mar afuera.

Gritaron en vano sus compañeros. Gritaron cobardemente sin arriesgarse, sin animarse a auxiliarlo. Pero quedaron aterrados, porque lo vieron desaparecer, como lo vieron todos los que estaban en la playa. Y, consternados se alejaron al fin, comentando el hecho.

El también comprendió que debía morir. Estaba lejos, no sabía nadar, y ya la orilla se perdía a sus ojos. En aquel segundo angustioso, en el que empezaba a irse, acaso se acordó de sus padres, pasó todo como ráfaga, su pueblo, su fe de niño. Y esta fué su ancla. Se hizo como una luz. Invocó a la Virgen y le pidió ayuda. Casi la había olvidado, y ella oyó su súplica desesperada, ardiente, sincera, y como de antes. Quedó entonces sobre el mar, sin que ya el agua tocara su boca, sin que mojara sus labios, acostado como sobre un lecho de olas.

Igual que en un sueño, suavemente las olas lo llevaron a la orilla, a la playa y lo dejaron en la arena con sus ropas secas, con sus manos secas.

La emoción saltaba en su pecho. Y jadeante se puso de pie, comprendiendo el milagro. ¿Era una advertencia?... Estaba pálido...

Después corrió para alejarse, y llegó a la casa, casi a un tiempo que sus compañeros, que lo miraron atónitos y sin comprender. Había desaparecido a su vista. ¿Cómo estaba con ellos? Hicieron preguntas... Se hablaban sin darse cuenta... Veían sus ropas secas, sus manos secas...

El se encerró en su cuarto a sollozar, y con las manos en la cara, rezó de rodillas ante la milagrosa, emocionado y agradecido.

Algunos autores piensan que en ese momento nació en Antonio la idea de hacerse cartujo, y que fué cuando recapacitó y volvió en sí. Otros hablan de un episodio posterior y decisivo. Habría sido en su pueblo, cuando fué para las fiestas de San Sebastián. Pero aquí de nuevo se dividen las informaciones, y así, mientras unos dicen que había ido a casa del notario Camps, adonde se bailaba festejando un bautismo y, por voluntad propia, otros dicen que fué llevado a la fuerza. Y una versión, la primera, alude a que mientras bailaban, pasó el viático, y que él, al oirlo, propuso un momento de recogimiento, que fué rechazado, saliendo entonces con su compañera al balcón y que, mientras rezaban de rodillas, los techos de la sala cayeron, muriendo los demás bailarines.

Que ella habría entrado en un convento y él habría decidido hacerse cartujo.

La otra versión, que el Padre Clotet tuvo más verídica, dice que fué llevado al baile entre muchos amigos y a la fuerza, y que en cuanto pudo desasirse de sus brazos y salir a la calle, los techos se derrumbaron y se habría producido la tragedia.

De acuerdo al primer relato, Antonio no habría llegado a Sallent con intenciones definidas; según el segundo, podría haber tenido ya el proyecto de hacerse monje. Pero la familia recibió la noticia con sorpresa, y el padre, que estaba satisfecho de que su hijo triunfara en el mundo quedó apenado. Sin embargo, a ese deseo mundano iba a contraoponerse su religiosidad. Era demasiado creyente para disgustarse con aquella decisión. Y si en su fondo íntimo, hubiera querido no perderlo tan totalmente, sólo dijo: No quiero quitarte la vocación; pero piénsalo bien, encomiéndalo a Dios y consulta con tu director espiritual. Y si éste dice que es la voluntad de Dios, la acato y la adoro, por más que lo sienta mi corazón."

Eran palabras traspasadas, pero devotísimas; hablaba con emoción y con gravedad, como correspondía a la hora, que era de sacrificio. Y luego añadió: "Si fuera posible que en lugar de meterte a fraile, te hicieras sacerdote secular, me gustaría más"... Deslizaba la frase tímida, con el anhelo de que sirviera de insinuación, pero sin acentuarla, pronunciándola apenas, como negándose el derecho de de-

cirla, y agregó enseguida: "Pero con todo, que se haga la voluntad de Dios".

Había dolor en cada una de sus palabras, acento humano; pero el hijo estaba resuelto y mantuvo su voluntad de ser cartujo.

Sin embargo el Padre Amigó, su confesor, consultado por él sobre este nuevo punto, no estuvo seguro de la vocación del muchacho. Creyó más bien en una exaltación pasajera, tal vez en un efecto accidental. Y sin desanimarlo ni tampoco animarlo, le dijo que esperara, que siguiera por ahora en sus trabajos, y que dejara que la Providencia resolviera. De ahí que Antonio, dócil como siempre, partiera otra vez para Barcelona, dispuesto a hacer un compás de espera. Pero ya su vida era otra, retirada y de estudio, lo que probaba que, si la resolución no había sido muy meditada, era asimismo firme. Estudió en ese momento muy especialmente latín. Algunos dicen que, con don Juan Riera, su viejo profesor, y que al morir éste, unos meses después, lo estudió con don Francisco Más Artigas, Francisco el ciego, como se le llamaba, porque así estaba. Y se dijo y él lo confirmará, que en poco tiempo decoraba verbos, y que tenía tan satisfecho a su maestro que, cuando años más tarde éste publique un diccionario latino-castellano, lo dedicará en recuerdo de estas clases, a quien será ya entonces el Excelentísimo Señor Claret.

Y en verdad existieron motivos para esa satisfacción del maestro, ya que en nueve meses, como atestiguó un condiscípulo suyo, que fué luego presbítero, Ignacio Alemany, aprendió el latín, incluso su complicada gramática, sin poseer casi ningún conocimiento anterior de esa lengua. Seguía además, los estudios de otras materias y todo esto lo hacía sin abandonar asimismo su oficio de tejedor.

En ese instante, una circunstancia extraña a él, va a ayudar a encaminar su vida. Es el casamiento de su hermano Juan con la hija del delegado del Obispo de Vich en Sallent, que viene a vincularlo inesperadamente a elementos de la Iglesia. María Casajuana, ahora su cuñada, supo pues de aquella decisión, que tanto preocupaba a la familia y la comentó a su vez, llegando también la noticia al propio Obispo Don Martín de Jesús Corcuera, que se interesó entonces por conocer al joven y pidió le fuera llevado a su presencia. Pero, ¿quién tenía interés en que se realizara la entrevista? No por cierto los padres, que debían preferir que el asunto no se resolviera tan prontamente; ni él, que temió, que a insinuación de la familia, tratara de disuadirlo de su propósito. Pero cuando el Obispo y Antonio se encontraron, éste quedó resuelto a no volver a Barcelona y a estudiar en Vich filosofía y las materias necesarias a su nuevo estado. Y ya nadie habló de que no fuera cartujo, puesto que el apoyo del

Obispo concluyó con las vacilaciones, porque era persona muy reconocida, sacerdote de consejo y venerado en aquellos lugares.

Así, el día de San Miguel, Antonio, el padre y la madre, oyeron sin luz la primera misa, con los ojos rojos de insomnio, y partieron a pie, bajo una lluvia mansa y persistente, que duró todo el día, como el largo camino que llevaba a Vich. Había melancolía en el aire y en los rostros, melancolía en los pasos, como en las palabras innecesarias que cambiaban, sin que dijeran lo que querían decir. Iban con sus cartas de recomendación, sin duda terminantes para decidir un destino.

A momentos rezaban los tres. Debían querer hacerlo una vez más, mientras todavía estaban juntos, porque tenían que pensar que él no volvería. Y, sin prisa se acercaban a la noche, y a la ciudad real y episcopal, como se le llamaba.

Nunca más volverían a encontrarse en su casa, al abrir una puerta; no se volverían a ver en ninguna calle, en ningún camino. El iba a enclaustrarse, y hacía un viaje sin retorno.

Era imposible que el padre y la madre no pensaran que cada paso que daban los alejaba del hijo, que desgarradamente no imaginaran que tenía esto algo de muerte, y que no se dijeran en las pausas sin palabras:

—"¡Dios, dadnos un amor ardiente por Vos, un vivo temor de ofenderos, un gran deseo y

un gran cuidado en complaceros, fuerza para cumplir nuestros deberes, paciencia en nuestras aflicciones"...

Penetraron en una ciudad de calles de sombra, de casas de sombra, adivinando apenas sus torres, sin vislumbrar sus jardines. Casi no la vieron los ojos cansados de los que iban cargados de penas a entregar a su hijo a aquella ciudad de brazos abiertos para quienes llegaban, generosa y simpática con los estudiantes, acojedora con los que venían pobres a encontrar en sus casas asilo y facilidades para poder estudiar.

Levantada sobre una planicie, que los riachuelos volvían sonora, circundada de montes en los que se había refugiado la historia y la leyenda, que el mismo Quijote conoció y en los que tuvo encuentros y aventuras, predisponía a recibir su encanto. Era amable con todos y recogida, sabia por su Seminario, severa por sus hábitos. La vieja Ausona, festonada de murallas, que se abrían en nueve puertas, de las cuales una ostentaba los leones y armas de la ciudad, guardaba entre sus antiguas construcciones aquel Seminario, de altos y espesos muros, casi no abiertos al exterior, y que regía la vida cristianísima de los habitantes, hasta poderse decir, que estaban siempre concurridas sus veinticuatro iglesias, y vacío su único teatro.

Eminentes sacerdotes, llenos de sabiduría y virtudes, hicieron famoso aquel seminario.

Miles de estudiantes, entre los que se encontraban en ese momento Balmes, Xifré y Claret, seguían allí serias disciplinas y lecciones que culminaban en la Suma Teológica. Y un gran público asistía diariamente a la lectura de la Biblia, que escuchaba de pie, y que los seminaristas leían de rodillas.

Con la buena recomendación de don Mauricio Casajuana, Antonio fué recibido por el sacerdote Fortián Bres, Mayordomo de Palacio alojándose ambos en una lujosa casa, que más tarde perteneció a las Beatas Dominicas y cuyo propietario les alquiló el segundo piso.

Era una mansión importante, con entrada a la calle Dos Solas y un ala extendida sobre la calle de los Angeles. Tenía ancha escalera de piedra, galería volada sobre un umbroso jardín, con vista a la montaña, e incrustada en un torreón del muro exterior, una capillita, entre árboles y flores. Antonio tuvo en esa casa su alcoba y su estudio, que separaba una cortina. Piezas ambas desmanteladas, como convenía a su espíritu y correspondía a su situación. Allí tenía su mesa de trabajo y en ella una calavera al pie de un crucifijo, y en las paredes, una imagen de San Bruno, fundador de la Orden de la Cartuja y un cuadro que representaba un alma pecadora cayendo a los infiernos.

Ahora sus días comenzaban con la aurora. Porque si recién a media mañana debía entrar a

clase, rezaba, meditaba y estudiaba mientras la ciudad dormía.

Su vida iba siendo de más en más espiritual. Y así, luego de su frugal almuerzo y antes de volver al seminario, pasaba largo tiempo arrodillado en la capillita de la Virgen de los Angeles, allí en su jardín, y tan profundamente ensimismado, que su oración parecía un éxtasis.

Por eso cuando las hijas del dueño de casa, llevadas por un azar, lo sorprendieron, quedaron tan admiradas, que desde entonces buscaron pretextos para levantarse de la mesa, a fin de espiarlo, cosa de la que el meditativo jamás se apercibió. Pero el padre de ellas, extrañado por aquel desasosiego no acostumbrado, las siguió cierta vez, obteniendo de las niñas esta encantadora respuesta: Venimos a ver rezar al seminarista porque nos parece un santo.

Sin saberlo, habían pronunciado las mismas palabras que sus condiscípulos de los años escolares. Hacían el juicio que habían hecho sus camaradas de taller. Lo habían juzgado como comenzaban a hacerlo sus compañeros de seminario. Porque cuando uno de los seminaristas, Vilamitjana, recuerde estos tiempos, siendo ya doctor en Teología, Obispo de Tortosa y Arzobispo de Tarragona, dirá: "Creo que ya era un santo"... Y el muy ilustre doctor Sauquier afirmará algún día con el mismo convencimiento: "Desde sus comienzos existía en él esa heroica santidad que todos admiramos".

La opinión era unánime. Antonio era ya un santo.

Modestamente, sin embargo, aquel hombre no aspiraba a la santidad; sólo se preparaba para ser cartujo.

Pronto vestirá el pardo sayal de los monjes, encerrado en la Cartuja de Montealegre, y, según su voluntad, llevará permanente cilicio. Joven, desdeñará las conversaciones mundanales. Enfermo, pasará los días de rodillas sobre las lozas. Porque ese es el camino que ha elegido.

Y no ignora que su penitencia puede ser larga, muy larga, ya que durará hasta que Dios lo mande quedar bajo tierra.

El Padre Bach, del Oratorio de San Felipe de Neri, de gran ascendiente con los seminaristas, ha aprobado su decisión y corre en ese momento con los trámites.

Pero a su alrededor nadie más conoce su proyecto.

Y parte sin que sus compañeros sepan adonde, despidiéndose de ellos con un cordial "hasta la vista", que sólo para él, quiere decir "hasta la eternidad".

Llega la hora de la reclusión, cuando la Torre de Diamante del Palacio Real de Madrid ostenta la bandera blanca que anuncia al mundo el nacimiento de la Princesita Isabel, la hi-

ja de Fernando VII y de María Cristina de Nápoles.

La Marquesa de Santa Cruz, aya de la princesa, recién la llevará en brazos para ser bautizada en la Capilla Real, rodeada de una corte fastuosa y cerrada; y él por su parte, ya no andará más por el mundo. ¿Cómo podrían encontrarse sus destinos?

Ni estaba previsto siquiera que ella llegara a ser reina, porque la ley sálica, puesta en vigencia por Felipe V, prohibía reinar a las mujeres, y no teniendo hijos el Rey, el trono pasaría al hermano de éste, Don Carlos, el tío de la Princesa. Y esa ley no había sido aún derogada. Además, el porvenir era lejano.

¿Podría imaginar alguno, sin que pareciera desvarío, que ese muchacho de manos hechas para las tareas fabriles, modesto, hijo de obreros, de naturaleza apocada, al que muchos negaban talento y que aspiraba solamente a encerrarse en una celda, pudiera ser personaje en la Corte?... Cierto es que Ximenez, que tanta preponderancia tuviera en España, ya que fué confesor de Isabel la Católica, Arzobispo de Toledo, Primado de Iberia, y que el otro Fernando tuvo intención de designar, para ocupar a su muerte, la Regencia, era como Claret, de muy bajo origen. Pero este novicio era más llano, más tímido, más humilde; y sólo quería imitar a San Bruno.

Pero nadie penetra los designios de Dios, hacedor de destinos. Y Antonio, que salió de

Vich para no volver nunca, no llegó a la Cartuja.

¿Qué pasó?

Iban muchos viajeros por un camino que la tormenta había llenado de noche, cuando una turbonada con lluvias torrenciales, hizo que todos corrieran a buscar refugio. El andaba con ellos todavía. Pero ya no los acompañó.

Estaba enfermo, aunque él no se creyera grave. Acaso sus pulmones no resistían aquella existencia de privaciones y trabajos. ¿Sintió que se ahogaba al huir ante la tempestad? Esa es la explicación más verosímil y la más admitida. Como una advertencia, quizá, quedó un punto de sangre en su pañuelo.

Vió sin duda que su cuerpo enfermo, quebrado, roto, no era ya digno de ser ofrecido a Dios. Y que era demasiado fácil así pagar los pecados del mundo. Porque no es con penitencias tan breves que se forjan salvadores de hombres.

Su retorno no sorprendió en el seminario, puesto que sus compañeros lo esperaban. Y ninguno sospechó la razón de su viaje, hallando natural que estuviera otra vez entre ellos. Pero se sabe que dió detalladas explicaciones a su confesor, y que éste lo oyó sin aprobar ni reprobar su conducta, sólo diciéndole: "Hay que esperar a que la Providencia resuelva su destino".

Así volvió a clase, vencido, callado y humildísimo, estudiando ahora hasta en los re-

creos, y durmiendo apenas. Y hasta en las vacaciones que pasaba con su familia en Sallent, llevaba vida conventual.

Habló su hermana María de su encierro, de sus sacrificios, de sus privaciones. Había sacado los jergones de su cama, para hacerla más incómoda. No salía de su cuarto sino a la hora de comer. Ella misma sorprendió sus zapatos llenos de piedritas, que llevaba para mortificarse. Y una criada halló disciplinas debajo de su almohada, y una corona de espinas, que tenía para ceñirse las sienes. Y ésta, curiosa de encontrar esos instrumentos de dolor, lo espió a altas horas de la noche y vió que se daba latigazos, y le oyó decir quedamente: "¡Cómo Vos en el pesebre y yo en tan blanda cama! ¡Vos en la Cruz y yo en regalado lecho! "Y en el libro de Cruz Ugalde se dice que, con cada azote que se daba, recitaba a modo de letanía "ora pro nobis".

Iba así cumpliendo su programa de sacrificios, y a un tiempo haciéndose a una humildad y a una pobreza, que no dejará nunca.

Tal vez pensara en las palabras de San Mateo, que dicen que el que se hiciere humilde será el mayor en el reino de los cielos...

Antonio quiere ya sentirse más opaco y más insignificante cada día. Sólo aspira a ser como un parvulito, a fin de complacer a Jesucristo. Busca la humillación y hacerse oscuro y parecer el último, como otros, como tantos, bus-

can el triunfo y los honores. Y a manera de premio, que casi no merece, desea servir a los desheredados.

Por eso pasa ahora las tardes de los domingos en el hospital, dedicado a tareas de enfermero o de sirviente y ocupado en los más desagradables menesteres.

Jamás se le ocurre reunirse con sus condiscípulos en los parques, cuando bajo el sol de invierno, en los mediodías claros, vigorizan su salud mientras tratan o discuten temas de clase, ni cuando en los lentos atardeceres de estío, buscan bajo la espesa fronda, el agradable descanso, con el necesario apoyo del breviario.

Ajeno a ellos y a lo que ofrece el mundo, medita en su alma la gran verdad.

Medita, y se desvela por los hombres. Va a ellos para aliviarlos y consolarlos, con palabras dulces y actos llenos de abnegación.

Sin embargo, a veces, un enfermo tiene escrúpulos de dejarse servir por el seminarista, pues no considera que sean tareas propias para él. Pero es tanta la sinceridad y ardor que pone Antonio en que se le dejen cumplir sus propósitos, que todos ceden, porque comprenden que, inflamado por un santo deseo, como el de Asís al curar a los leprosos, está haciendo caridad divina.

"Quiero pasar por la tierra haciendo bien como Jesús..." le oirá decir alguno. "Quiero

llevar la salud a los cuerpos y a las almas"... Y alterna así sus estudios, con esos actos de piedad.

En el libro que Puigdessens escribiera sobre el Santo, se dice que desde el comienzo y cuando aún su virtud no había llegado al heroísmo, demostraba ya poseer un corazón hermoso y verdaderamente grande. Y habla de su corazón nobilísimo y generoso, pronto siempre a la caridad, a la compasión y pleno de extraordinaria y no común delicadeza.

Está así junto al que sufre, al que pasa miserias. Alguno, sabiéndolo, indica un tugurio o una casa, de esas que no tienen llave, y a las que no hay interés en entrar. Y él va siempre.

Una tarde, al empujar una puerta, halló a un hombre enfermo rodeado de niños que lloraban de hambre. Los veía por primera vez, y ya estaba disponiendo todo como en su propia casa. En un rincón, como mueble inútil, estaba el telar del enfermo, con el que éste trabajara para mantener la familia. Y al verlo, Antonio dijo:

—"Yo tejeré para que nada le falte".

Y al retirarse, agregó que volvería al día siguiente.

Volvió todas las tardes y hasta de noche, mientras dormían y ya no faltó el pan.

Quisieron los niños saber su nombre.

El padre dijo: —Es un ángel.

—¿Es uno de los ángeles de San Isidro el Labrador?...

Ellos conocían la bella historia y hallaron precioso el encuentro...

Aclaró el padre: —No es uno de aquéllos; es otro ángel.

Volaban las ruedas del telar, de día, de noche. Y hubo dinero para remedios, hasta que la tos de aquel padre atribulado cedió y desapareció su fiebre.

Un día, pasados ya muchos días, dijo:

—"Ahora me iré por el mundo a llevar a bocas hambrientas de Dios, el pan de la divina palabra". Y añadió con voz exaltada: "Siento que unas voces me llaman de lejos, de todo el mundo"...

Antonio se superaba y se exigía mayores sacrificios cada día. Hacía un constante ejercicio de la humildad, de la caridad. Pero el sacerdocio exige muchas virtudes, muchas privaciones, muchos renunciamientos. Y él estaba en los comienzos.

¿Lograría la perfección que anhelaba?

En ese momento no pareció así, sino que todo estaba perdido, que iba a sucumbir.

Se había propuesto el difícil camino sin sombras de San Luis. Y una mañana, que estaba enfermo y la fiebre había puesto sus nervios en tensión, se apoderó de él un pensamiento turbador. Era persistente. Iba dominándolo.

Antonio invocó a su ángel.

Pensó en su vocación que se desvanecía.

Ya no podría ser sacerdote. Ansiosamente rogó entonces al Señor para que lo librara de sus malos deseos.

Iba desesperándose.

Quizá, horrorizado contempló aquella alma pecadora, grabada en la lámina de su estudio, y que veía descender a los abismos. ¿No tendrían eco sus ruegos?

—¡Qué la Virgen me ampare! Llamó así en su auxilio a la abogada de los pecadores. Y de nuevo ella oyó su llamado.

Al darse vuelta en la cama, la encontró en el aire de su cuarto, "hermosísima y graciosísima", como él dijo, con su ropaje carmesí, su manto azul, su cabello ondulado... Ella lo miraba con sus ojos dulces... En las manos sostenía una guirnalda de fragantes rosas, tan fragantes y bellas, como él no había visto otras iguales... ¿No estaba salvado?

Extasiado miró su rostro luminoso... Y se vió a su lado, no como hombre, sino de niño, puro, inocente, arrodillado y con las manos juntas. Se vió como antes.

Y más atrás santos y santas, y en el fondo vió demonios... Los ojos milagrosos lo miraban. Los labios se movieron. Oyó su voz... "Antonio, esta corona será tuya si vences"... Sintió la mano sobre su cabeza, y el niño quedó coronado.

Cesó de oir aquella voz. La imagen se borró. Pero la voz y la imagen quedaron para él, en su corazón. Y dirá siempre: no fué un sueño,

no fué una ilusión; y victoriosamente soportará ya todas las pruebas, porque para ello le bastará acordarse de aquella presencia, pensar en aquellas palabras...

Muchos son los que van a atestiguar su impresión, mantenida a través de los años, los que van a oir a relatar el milagro, y dirán de una voz temblorosa todavía, encendida de amor, agradecida, de una voz que vivía el instante, de una voz cálida de fe, preciosa de seguridad.

Así, cuando el Santo sea Arzobispo y Director del Escorial, narrará un día a sus discípulos esta aparición, pero sin nombrarse y como si él fuera otro; y el Obispo Aguilar, que va a estar entre ellos, escribirá: "El rostro del Padre Claret se animaba por grados al referirse al suceso; sus ojos parecían buscar o contemplar todavía a la Virgen; su voz era conmovida, y notábase en todo él algo extraordinario"...

Y este obispo, que fué su biógrafo, dirá también, cómo todos ellos al salir de la capilla se quedaron comentando el hecho: la seguridad con que hablaba, la viveza con que describía la pena del joven y sus esfuerzos por resistir a la tentación, y el calor con que recordaba aquella alegría del que viera a la Virgen ..

Además, en otros lugares, distantes en el tiempo, también, de aquel suceso, se hicieron análogas constataciones. Y así, las Beatas Dominicas, vieron que al entrar a su recibidor,

quedó en suspenso ante una imagen de la Virgen, que tan viva fué su emoción que todas creyeron que algún daño le sucedía. Pero que él dijo:

—"Es que esta imagen me recuerda la aparición de Nuestra Señora, a un amigo mío"... Y hablaba siempre así, porque su humildad le impedía expresarse de otro modo.

Después, su agradecimiento a la Virgen va a estar dado por todos sus actos, por todas sus palabras. Y decía frecuentemente: "Alma cristiana, acude a ella en todas tus necesidades, ámala con fervor, sírvela con fidelidad, obséquiala con devoción". Es que aquel auxilio tuvo hondísima repercusión en su vida y hasta en su obra futura.

El Padre Puigdessens destacará después con qué frases tan vivas se refería a ella. El Padre Aguilar hará conocer una oración, desde cuyas primeras palabras se advierte el ofrecimiento:

"Yo, Antonio María Claret, Arzobispo, quisiera tener todas las vidas de los hombres para emplearlas en el servicio de la Madre de Dios; quisiera tener todas las vidas de los Santos y Santas del Cielo para amar a la Santísima Virgen María Madre de Dios, con aquel perfectísimo y ardentísimo amor con que ellos actualmente la aman"...

En cada palabra de la oración, en éstas y en las que siguen, está dado ese amor que hizo

decir al Padre Gorricho, al estudiar al Santo, que: "difícilmente, aún nombrando a San Buenaventura, a San Bernardo, a Luis de Montfort, a San Ligorio, pudiera hallarse hijo más encorazonado de María".

¿No afirmaba la hermana de Antonio, que aquel amor era tan total, que sacudía todas las fibras de su espíritu y que sus directores espirituales nunca llegaron a comprenderlo plenamente?

Pero volvamos atrás. Estamos en el momento en que cursa su segundo año de filosofía, época en la que, a los ojos del mundo no se presenta todavía como mejor que los otros. Y esto vuelve más extraordinario el suceso ya narrado de la aparición de la Virgen.

Por el momento es casi como cualquiera, aunque algunos profesores le reconocieran como buen estudiante. Pero ¿eso importa ante lo que luego va a ser? En matemáticas especialmente, en álgebra y geometría, es el primero de la clase. En cambio no destaca en las especulaciones del espíritu. El Padre Gorricho, al buscar una explicación de esto, dice que Antonio había desarrollado actividades distintas a las de sus compañeros, ya que al principio se movía en un campo más práctico que especulativo. Y así puede ser, porque luego, al profundizar sus estudios, cursará con brillantez los siete años de teología.

Y su biógrafo, el Padre Aguilar, advierte

por otra parte que, en ese momento, la clasificación de mediana era la más alta que daba el Seminario, pues sólo se decía: "reprobado", "aprobado" y "mediano", y que de este modo "mediano" venía a significar curiosamente la máxima clasificación.

Pero asimismo se discutirá mucho si tenía o no talento, y aun si era o no inteligente. Tal vez, sus demás extraordinarias condiciones, sus virtudes, impedían que resaltaran demasiado los dones de su intelecto. Con todo, un insigne historiador y canonista, a quien cita a este propósito uno de sus biógrafos, y que era uno de sus condiscípulos, Vicente Lafuente, va a sostener que "tenía mucho talento"; el doctor Mariano Puigllat, Obispo de Lérida, a quien tocó ser su profesor de teología, en carta dirigida al propio Papa, dirá también de su "esclarecido talento, además de sus indiscutidas condiciones; y el Pontífice Pío XI en la alocución pronunciada en la solemnidad de sus virtudes heroicas, empleará para juzgarlo, la palabra "genial", con lo cual hay que dar por agotado el tema.

Antonio María Claret fué un ser notable. ¿Acaso no basta eso? Y en este aspecto hay absoluto acuerdo. El padre Bach sostenía ya entonces que veía en él algo extraordinario, tales sus términos. El Obispo de Vich, don Martín de Jesús Corcuera se expresaba en forma idéntica.

Y también el doctor Sarrarica, ilustre catedrático, a quien el seminarista fuera a consultar sobre algún punto, luego de sostener con el muchacho una larga entrevista, quedó diciendo: "Ya veremos, ya veremos, lo que con el tiempo llegará a ser este estudiante"... Y más tarde, el padre Puigdessens, en su obra titulada "El espíritu del Venerable Padre Antonio María Claret" hablará de su plenitud intelectual. Dirá que en él se juntaban de modo no común todos los factores esenciales: comprensión, dirección, invención y censura, sin que ninguno de esos factores se hallara atenuado o disminuído.

Este sacerdote, que era escritor y psicólogo, clasifica su inteligencia dentro del tipo concreto. Lo muestra como un talento práctico, inclinado a las ciencias concretas y con afinidades artísticas, con gusto y facilidad para el dibujo e inclinación para la poesía y la música, que en efecto, va a ensayar también. Y luego de hacer resaltar sus rasgos de tipo concreto, su indiscutida disposición para las matemáticas, llega a la conclusión de que "disfrutó de un equilibrio intelectual que dista mucho de ser frecuente".

Este paréntesis hecho para señalar al lector las condiciones intelectuales del Santo, nos ha apartado de su vida, haciendo olvidar que estamos todavía en sus horas de estudiante, y que cursaba su tercer año de filosofía, cuando

sus superiores consideraron que podía recibir la tonsura.

Con asombro de sus compañeros se le incorporó al estado eclesiástico antes de lo establecido. Casi en seguida se le dieron las órdenes menores y no mucho tiempo después fué designado presbítero y luego vicario de parroquia.

Y lo interesante, es que, mientras tanto, Antonio seguía sus estudios y daba exámenes, hasta que, por decoro de los cargos, según se le dijo, debió continuar su carrera privadamente. ¿Es que podía convenir que un sacerdote estudiara entre los seminaristas? Y porque en él se habían abreviado etapas, se produjo esta singular situación.

Así, recibía el subdiaconado a tiempo que Balmes, varios años adelantado a él, recibía el diaconado. Y de ahí que juntos cantaran la misa de la ordenación, Balmes en el Evangelio y Claret en la Epístola.

Y unos meses después, en junio, el día de San Luis Gonzaga, dijo su primera misa; y en julio del mismo año recibió permiso para confesar y en setiembre subió al púlpito.

El novel sacerdote iniciaba su ministerio en tiempo de persecusiones para la Iglesia. Ocupó su primer cargo eclesiástico, casi al comenzar la Regencia de María Cristina, aquella princesa extranjera, esposa de Fernando VII, a la que el pueblo no quería, que no tuvo tam-

poco el apoyo del partido católico —que decididamente, se había puesto de parte de don Carlos, el pretendiente de la Corona— y que, a causa de sus dificultades para gobernar, había buscado respaldo en el partido liberal, que la obligó a una política de violencias para la Iglesia y de persecuciones a los sacerdotes.

El clero pasaba, pues, momentos dificilísimos.

Y agravó y complicó grandemente este estado de cosas, un hecho desgraciado, que se aprovechó para engañar la opinión y desencadenar sus iras contra la Iglesia.

Un barco que había llegado de ultramar a uno de los puertos españoles, traía a su bordo enfermos de cólera, y ésta se propagó de una ciudad costanera, a otras muchas ciudades y pueblos, causando enorme mortandad y pánico entre todos. Y un descuido de las autoridades, un error de la sanidad, y su falta de cordones sanitarios, que provocó miles de muertes, se quiso hacer recaer sobre los monjes, propagando criminales versiones, y diciendo que los monjes, descontentos con la política del gobierno, habían envenenado las aguas de los ríos, con lo cual habían originado aquella terrible situación.

La reacción del pueblo fué la que se había previsto y querido. En una noche fueron incendiadas numerosas iglesias, conventos, bibliotecas católicas y archivos de gran valor histórico, además de ser asesinados muchos sacerdotes y monjes.

Y esto creó lógicamente un momento de tremenda confusión, de odios, de saña, de crímenes. Pero el joven sacerdote puso en juego un gran tino y una inesperada diplomacia, a fin de poder tratar con las enervadas autoridades locales sin chocar en nada, y cambió notas con la Diputación, siempre en un tono elevado, con lo cual pudo sostener su posición, porque sus palabras acertadas, corteses y firmes asimismo, no molestaban y los asuntos se arreglaban con beneficio para ambas partes. De ahí que, cuando la Iglesia dispuso que pasara a otro lugar, a un cargo que significaba para él un ascenso, allí, sin distinción de tendencias, y tanto autoridades como particulares, solicitaron que le fuera concedido el ascenso sin sacarlo del pueblo, que lo quería y lo respetaba.

Casi adolescente era así cura párroco. Y como ejercía el cargo sin haber terminado sus estudios, y atendía a un tiempo sus deberes de confesor y predicador y demás tareas inherentes a la parroquia, estudiaba durante la noche.

Y ese doble esfuerzo que cumplía, no lo hizo descuidar nunca tampoco a los enfermos y a los pobres, que acudían a él y que esperaban todo de él. Así ellos se apiñaban en su puerta, en su escalera; sin que ninguno se retirara sin ser socorrido, pues hasta daba su almuerzo muchas veces a los que llegaban con hambre, aunque él debiera quedar entonces casi en ayunas. Y, si alguno iba harapiento en busca de vesti-

dos, que no tenía, enviaba a su hermana María a alguna casa pudiente del barrio, a fin de que la limosna no dejara de hacerse.

Además, Antonio daba a sus pobres todas sus rentas y sueldos, y había pensado vender su biblioteca, aun cuando por sus estudios la necesitaba mucho. Pero quien sabe si pensaba en las palabras del gradual, que dicen: "La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios"...

Y si puede sospecharse que ese fuera su pensamiento, es porque para cumplir su misión nunca hizo uso de los grandes conocimientos que llegó a poseer, sino que habló a todos con sencillez, claridad y humildad, sin emplear la hojarasca de las vanidades, hablando de Dios a los hombres como si fueran niños, con palabras puras, como de agua.

Esta actitud era lógica en quien, como él, estuvo siempre apartado de los intereses propios, sin los anhelos y pasiones de los demás hombres. Y esto sucedía porque era limpio de corazón y sano de espíritu, y hallábase totalmente en una actitud de acatamiento y conformidad.

Se cuenta así el caso de que hasta su propia madre ignoraba sus simples gustos y preferencias. ¿Es que no deseaba en verdad nada? Ella pudo creer que a su hijo todo le era igual, porque así era en él, como flor que recibe con la misma gracia, el sol y la lluvia. En vano ella buscó darle los comunes y pequeños halagos.

No los necesitaba, porque para él todo era bueno. ¿Qué podía entonces desear?

—"Lo que usted me da, siempre me gusta", era la respuesta que obtenía.

Y si ella insistía, deseosa de arrancar su secreto a aquel hijo sacrificado, no conseguía sino la misma angélica respuesta:

—"Lo que usted me da, es siempre lo que más me gusta".

Y esto probaba una conducta ya trazada.

Había aprendido a tomar la diaria gota de agua, con sus variaciones corrientes, siempre como elixir precioso, y disfrutaba de una íntima, inalterable felicidad, acaso de la felicidad que se halla en el mayor sacrificio, que se halla en la conformidad absoluta.

Una cosa, sin embargo, deseaba ardientemente y de ahí su pedido a los hombres:

—"Rogad para que pueda derramar mi sangre por Jesús".

¿Qué camino debía tomar para realizar su único deseo?

Pensó en el camino de las misiones. Llevaría la cruz a los descreídos, a los ignorantes, a los salvajes.

En esas "Cartas de los Angeles", que acababa de publicar, mostraba condiciones que lo señalaban como elemento a propósito para evangelizar. Pero, ¿cómo llegar a ello?

Soñó con fundar una congregación de misioneros. Consultó el proyecto, y en general, se

le aconsejó que lo aplazara. Eran tiempos de muy mala voluntad para esa clase de empresas. Balmes, Sauquier y Francisco de Asís Aguilar —los consultados— consideraron que era hora difícil.

¿Qué debía hacer entonces?... Fué a Collsacabra a fin de conversar sobre el proyecto con el padre Bach. "Si él juzga que aún no es oportuno, me voy a las misiones extranjeras".

Y con estas palabras se despidió del padre Aguilar, añadiendo: "Me iré porque tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo". Volvía a repetir lo que había dicho siempre. Y como la respuesta de Bach tampoco era la que esperaba, partió para Roma.

Hacía tiempo que Antonio soñaba con la lucha heroica; pero los hombres no aprobaban sus proyectos, hablando asimismo de esperar. Por eso partiría sólo.

Debió leer pues, y releer muchas veces aquel versículo del Libro 10 de Isaías, que parecía haber sido escrito para este momento: "No temas, que estoy contigo; no declines, porque yo soy tu Dios". Y eran palabras que impedirían que desmayara. El Señor guiaría sus pasos. El lo llevaría de la mano.

Terminado el verano de 1839 emprendió un viaje cuyo destino podía ser Asia, Africa, América.

Por última vez pasaba ahora delante de las casas cerradas de su pueblo, y hacía su despe-

dida al suelo y a las cosas, en aquella hora inmóvil y sin sombras, que precede al día. Se alejaba sin tener que pronunciar un adiós ni oír una voz amiga. Empezaba a andar por campos en los que la escarcha iba levantándose, bajo olivos oscuros, ya por las laderas de los Pirineos, que subía y bajaba a grandes zancadas, como era su costumbre, y ahora con más razón, porque iba a ser largo el camino.

Va a cruzar a pie el sur de Francia, en busca de un puerto, recogiéndose apenas en los pueblos de paso, albergado por caridad en los conventos. Y lo hará sin llevar una presentación, sin pertenecer a ninguna orden religiosa, sin que se sepa quien es, y en muchos lugares le pedirán asimismo que se quede para siempre. ¿Por qué?

Iba a ellos con su sotana ordinaria, con un libro de oraciones en la mano, un montón de rosarios en el bolsillo, sin dinero y sólo con su gran paraguas y un hatillo de percal que la escasez de la ropa que había guardado tornaba ligero de llevar. Era un cura pobre y sólo se sabía que venía de lejos, que iba lejos.

Era bajo, muy bajo, flaco entonces, de rasgos vulgares y de piel cetrina, como la de los enfermos biliares, aunque en su pasaporte se dijera "buen color". Tenía los cabellos castaños, como los ojos, de un castaño claro también, que en el púlpito parecerá a todos más claro, y de una mirada suave, pero penetrante, que veía más allá de lo que los ojos hu-

manos suelen ver, y a veces más allá también de lo que él quería ver; y los llevaba de continuo bajos, entornados siempre. Y hablaba con una voz dulce, a pesar de lo áspero del acento catalán, una voz que entenderán todos, aun sin saber el idioma, que arrastrará a los públicos, que sobrepasará a los auditorios, y que inexplicablemente llegará a oyentes ausentes...

En cada lugar hallaba quien lo guiara, como si anduviera siempre con su ángel a su lado. Generalmente eran hombres que se acercaban a él, sin que él los interrogase, y como si estuvieran esperándolo. En Marsella, un joven distinguido lo acompañó por la ciudad durante los cinco días de permanencia, y como un guía lo llevó al consulado, se ocupó de sus pasaportes, fué con él a las agencias marítimas, y lo hizo visitar iglesias, conventos, bibliotecas, museos, como si su deber fuera atenderlo. Lo esperaba en la puerta de la casa en que se hospedaba, pronto para cuando saliese, sin hablar nunca de comer ni de beber y, cuando fué a embarcarse, tomó el equipaje, "tan ocupado de mí —dijo Antonio— que más parecía un ángel que un hombre", y añade que desapareció en el muelle, sin que pudiese explicarse cómo, y como otras veces había sucedido con quienes se acercaban a servirlo.

El barco salió con las velas desplegadas y brisa favorable. El fué a la cubierta, que era

su sitio, y se instaló junto a un cañón que le serviría de almohada para apoyar la cabeza, al lado de unas cuerdas arrolladas, que serían su cama.

Había una promisoria paz azul, y mientras la luz dejaba ver todavía la lejanía de las costas, él leía sus rezos. Se sentía bien en aquel medio incómodo, con aquellos compañeros de travesía que discutían sin entenderse, hablando a gritos, con ese espíritu de camorra de los que han de molestarse con sus vulgaridades, con el lloro de sus niños, con el olor rancio de sus ropas y de sus comidas, con sus risas y bromas agresivas. Pero él había estado muchas veces en sus casas, o en casas como las suyas; había curado en los hospitales a hombres como éstos y sucios como éstos; había tratado con gente de la misma incultura, y, no le incomodaban. Y esa noche, serenamente seguía su oración.

Habían entrado ya ahora en las tinieblas dormidas. Estaba el mar en calma, y también en calma el barco. Sólo velaban los que tenían la responsabilidad de las vidas de los viajeros y él, porque se sentía responsable de sus almas.

En el silencio hubo como un imperceptible silbido de serpiente. El aire estaba quieto y dejó oírlo. El mar estaba quieto, sin murmullos. Se dieron órdenes breves y se plegaron las velas, y después volvió todo a la quietud.

Era un viento lejano, que no se veía, un viento que se escondía en los horizontes. Arriba seguían encendidos los astros, y abajo todo era sueño.

Pero de pronto el huracán bailó sobre los palos, y como una sorpresa crujieron las maderas y las olas se encresparon. En un segundo todos los ojos se abrieron con espanto. Los hombres corrieron con sus pequeñuelos, asustados, sin saber qué hacían, con sus paquetes, con sus ropas. Bajaron las escaleras, entraron en los salones, tomaron por asalto los camarotes.

El mar balanceaba la nave como a una hamaca. Era un mar blanco en la noche negra, que pasaba sobre la cubierta en la que únicamente habían quedado dos benedictinos y el cura. Estaban de rodillas y bajaban sus cabezas ante cada ola que se derramaba sobre ellos, sin interrumpir sus oraciones.

—"Hágase la voluntad del Señor"...

El amanecer trajo una lluvia gris sobre un mar que se iba haciendo lacio.

Ninguno de los viajeros pensó desde luego, en volver. Así, en las cubiertas desamparadas que lavaban las nubes, sólo permanecían los tres religiosos, con sus hábitos chorreando mar, sus meriendas saladas y frío desde la piel a los huesos.

A la tarde, el cura pudo abrir su libro y rezar las horas menores. Había amainado el temporal y ya no llovía. Los viajeros comenzaban a volver. Antonio estaba con la sotana arrugada y húmeda todavía, cuando un señor inglés, que había ido a mirar el aire y los hori-

zontes, emocionado al ver aquel cura, le ofreció un óbolo. El dudó. Después lo aceptó para los benedictinos, que lo precisaban de veras.

El donante supo de aquel desprendimiento, o tal vez observó la escena, porque lleno de admiración se acercó al sacerdote para ofrecerle, esta vez, su casa en Roma.

Halló extraño que en la situación en que estaba el cura no admitiera un socorro. Pero Antonio iba a seguir a pie por Italia, como desde el comienzo del viaje. Y así haría el camino de Civitavechia, sin incomodarse por el suelo áspero, ni por las nubes de polvo que levantarían los coches al pasar junto a él.

Iba a su vocación, amando las dificultades, amando la pobreza. Las penalidades esculpirían a martillazos su cuerpo y su corazón, y él seguiría diciéndose:

—"No digas nunca basta"...

—"Alma cristiana, camina siempre hacia la perfección"...

Al azar anduvo por la gran ciudad con una carta de presentación que el mar había desteñido, y que estaba dirigida al Obispo Vilardell, que acababa de partir para el Líbano, e iba a ser difícil orientarse. Golpeó la puerta de un convento, de la Orden Carmelitana, el primero que halló a su paso, y el principal de aquella casa, catalán como él, lo acompañó hasta San Basilio, adonde encontró refugiados españoles, y entre ellos a Xifré, su antiguo compañero.

Sin embargo, no era su propósito permanecer mucho tiempo en Roma, sino partir para las misiones, y mientras daba término a su proyecto, fué a hacer los ejercicios del año, que aún no había hecho, en un convento de la Compañía de Jesús. Todo fué casual; pero allí, en cuanto se enteraron de sus proyectos, lo animaron a que se agregara a la Compañía, demostrándole que era peligroso y menos eficaz, hacer las misiones solo. Y, aunque era verdad, y lo reconocía, él vacilaba. Se consideraba sin cualidades para formar parte de aquel grupo de sacerdotes tan virtuosos y sabios, y pasaron algunos días antes que presentara su memorándum.

Tenía que indicar sus méritos, condiciones, deseos e intenciones, además de los estudios efectuados y de sus datos personales; y candorosamente escribió, así: "Tengo buena salud, poca estatura, y memoria no muy fácil. Me agradan mucho las cosas espirituales, sobre todo, visitar enfermos, oír confesiones, exhortar al pueblo, tanto que en estos ejercicios soy infatigable, como yo mismo lo he experimentado en estos últimos cuatro años".

Nada más dijo a su favor, y probablemente no tenía nada más que decir. Pero fué admitido, por lo cual volvió a ser novicio.

Era este un noviciado severo y muy importante, en el que comprendió que iba a apren-

der mucho; pues se hallaría entre religiosos muy adelantados en virtud y ante quienes se reconocía inferior. Ellos practicaban sacrificios preciosos, actos devotísimos y secretos, cumplidos en la soledad de sus celdas, sin que fueran divulgados como propios, pero que, para estímulo de los demás, debían ser detallados en un papel anónimo, y echados a un buzón de la celda del prior, a fin de que en las vísperas de las grandes fiestas, cuando se reunía la comunidad, fueran leídos a modo de letanía. Y los vió así cumpliendo actos magníficos, y cumpliéndolos calladamente, ejemplares en su forma y en su fondo, de una virtud viva, de una devoción sincera, y, agradeció a Dios el favor que le había hecho al llevarlo a Roma. Antonio se encontraba en aquella casa como en una escuela de santidad. Y con su humildad, con su fervor y su deseo de sacrificios, estaba ansioso por recibir las bellas enseñanzas. El que estaba dispuesto a dar su sangre por el Señor, comprendió cómo se podía dar gota a gota, en aquella diaria humildad, en aquella paciencia de todos los momentos, en una sobriedad absoluta, en la mortificación, en el desprendimiento, en las privaciones.

Veía a un venerable sacerdote, sentarse en el refectorio siempre junto a una pequeña mesa baja, al lado de la grande, sin que se le sirviera sino un jarro de agua y un pedazo de pan. Y Antonio que se privaba del vino, de la carne, de los manjares delicados y apetitosos, recibió allí una lección.

—"Bendito seais, Dios mío, que tan bueno y misericordioso habéis sido conmigo!".

El agradecía que se le enseñara a vencerse y a sufrir.

Se le privó de la Biblia, aquel libro que tenía siempre en las manos, y no se le entregó hasta el momento de su partida. Y fué en verdad una manera de probarlo. Había que aceptar las privaciones, saber obedecer alegremente. Y ¡cuán dulce y dura resultó a Antonio aquella lección! Pero estaba asimismo contento. Sabría hacerse digno de entrar en la Compañía y hacía su noviciado obediente y fervoroso, con la gran esperanza de las misiones, cuando una mañana un terrible dolor le impidió levantarse, pues, según sus palabras, "estaba tullido".

Antonio fué llevado en seguida a la enfermería y atendido solícitamente. Pero no se curaba, ni siquiera mejoraba. Pasaron de este modo muchos días, y el Prior, ante la insistencia del mal, le dijo:

—"Es voluntad de Dios que usted vaya pronto a España". Y frente al desconcierto del novicio, añadió:

—"¡Animo! No tenga miedo"...

Era evidente que no podía ser misionero, como no había podido tampoco, ser cartujo.

Debía volver a su país revolucionado, e intentar una acción que no sería probablemente eficaz. Y ni siquiera sabía a qué ciudad o pueblo debía dirigirse.

Los jesuitas le aconsejaron que fuera a Manresa, aquella ciudad religiosa e ignaciana, como dijeron. Otros sacerdotes le hablaron de Berga, un pueblo que estaba al margen de la política y acaso al margen de todo.

Pero Antonio fué a Vich.

Y de Vich fué enviado a Viladrau.

Cuando él llegó, los campos estaban en primavera. Era 1840, en aquel pueblo mísero, de carboneros y leñadores, levantado en plena selva, entre abetos, hayas, nogales y fresnos, en tierras quebradas y de abundantes aguas, que azotaban sin piedad los temporales. El predicaría, confesaría, diría su misa.

El pueblo ya había sido destruído trece veces por la guerra, había sido trece veces saqueado. Los que pudieron abandonarlo, lo hicieron. Hasta los médicos se habían ido. Y por ello las farmacias habían cerrado. La miseria y el dolor eran así pavorosos. Los enfermos se morían sin ser atendidos.

El enseñaba a rezar. Explicó el catecismo, que desconocían, leyó ante ellos los Evangelios, e hizo que esa pobre gente rezara el rosario y cantara el Trisagio también, el cual adquiría tal grandiosidad en aquellas alturas, entre los cerros, que se hizo famoso y quedó incorporado a las costumbres locales. Cumplía su misión. Pero vió que debía enseñar también las letras y todo lo primario, porque no podía dejarse a todos en aquella ignorancia.

Antonio cuidaba así sus espíritus, salvaba sus almas con una estricta conciencia y celo perfecto. Pero ellos continuaban enfermándose, y sus cuerpos sin medicamentos, sin auxilios, parecían condenados. Ni siquiera se les podía aliviar el dolor físico.

Por piedad, para ayudarlos, compró, encargó, mandó buscar, algunos libros de medicina práctica y se hizo enseñar por un herborista, conocido suyo, las propiedades de algunas plantas medicinales, que él mismo recogía recorriendo la selva, para hacer con aquellos buenos yuyos, infusiones, lavados o cataplasmas. Y consiguió que algunos se sintieran mejor, y hasta sin explicarse cómo, que muchos curaran.

Para suerte de los habitantes del pueblo, este sacerdote, no era solamente un hombre piadoso y devotísimo, sino que era también un hombre de voluntad y de acción, que no quedaba pasivo ante sus desgracias, sino que obraba con inteligencia, energía y eficiencia y que supo adaptarse a las apremiantes necesidades de aquellos desgraciados y se ocupó de ellos sin darse reposo. De ahí que todos acudieran enseguida a él. Querían verse libre de los dolores, paliar las enfermedades y además, ahuyentar la muerte.

Antonio les daba su corazón. Volvían felices y llenos de salud. Los curaba con yuyos, o a veces solamente con agua...

Pero los curaba, él mismo pudo constatarlo.

Un día lo esperó en la calle un muchacho paralítico. Lo habían traído de un pueblo vecino, después de haber recorrido todos los pueblos y ciudades de los contornos y luego de haber sido desahuciado por todos los médicos. Su madre pedía angustiosamente que lo curara. Pero, ¿qué podía hacer él?... Tuvo lástima. Sólo podría darle unas horas de ilusión. Vacilaba; y ellos insistían. Ya lo había dicho, él no era médico. Pero cedió ante aquella desesperación y recetó un tratamiento inofensivo.

Y unos días después, el muchacho, completamente curado, estaba escuchando su misa.

Así empezó la fama del Santo.

Un mal, que no se conocía, atacó simultáneamente a unas muchachas del pueblo. Sufrían mucho y no podían trabajar; y, con general asombro, él dió un remedio para aquella enfermedad. Después fué una epidemia que se propagó entre los niños. De todas las casas lo llamaban a un tiempo, y con una sola aplicación de un remedio que dió, quedaban sanos.

Llegaban ya los enfermos de otros pueblos. Y aunque se resistía a atenderlos, era duro dejarlos partir sin hacer nada por ellos, y por eso, aunque advertía que no era médico y que no sabía nada de medicina, los curaba. An-

tonio comprendía que había invadido un campo desconocido. Pero los enfermos llegaban cada día en mayor número. Pidió entonces a Dios que le diera luces. Y se dice que recetó remedios que durante años se siguieron usando con eficacia en todos los pueblos de la comarca, y que algunos médicos juzgaron más adelante, "como cosa extraordinaria en un hombre extraordinario"...

Devolvía la vista a los ciegos, hacía caminar a los paralíticos.

Pero tuvo que ausentarse. Se alejaría solamente por unos días. Los humildes lugareños quedaron desolados al saberlo. El los tranquilizó diciendo que volvería pronto. Y volvió.

Fueron así pocos días los que estuvo ausente, y, sin embargo, el breve alejamiento bastó para que olvidaran sus beneficios y su doctrina.

Llegaba el Santo en uno de los días de carnaval.

En la plaza, numerosas parejas estrafalariamente arregladas, bailaban con desenfreno. Quedó atónito. Les había dado lecciones claras como el agua y que parecieron haber comprendido. Pero ya las habían olvidado. Estaban con los espíritus oscuros como antes, llenos de confusiones, y como tocados por un histerismo colectivo, ahora todos reían y gritaban a un tiempo, contorsionándose con estúpida alegría.

El llegaba de hacer misiones y quedó es-

pantado. Eran los mismos que cantaban el rosario por las calles, que cantaban el Trisagio por los cerros...

Tomó un crucifijo, y alzando el brazo se lo mostró. Así entró a la plaza severo y seguro. Y con el crucifijo los detuvo. Dió vuelta entre todos. Las parejas se separaban. Dejaban de bailar, dejaban de reir. Retrocedían. Muchos se fueron a sus casas. Muchos se alejaron avergonzados.

Pero otros retrocedieron y siguieron el baile un poco más lejos. Se sintió vencido. Ellos ofendían a Dios.

Y las autoridades se desentendieron, sin ayudarlo.

Abrumado, fué a arrodillarse ante el Sagrario, para pedir clemencia para los pecadores. Fué a rogar por los que reían al desobedecerle, por los que ultrajaban sus hábitos, por los que cantaban como si estuvieran ebrios, por los que en verdad, no sabían lo que hacían. Pero comprendió que era inútil quedarse con ellos.

Lo llamaban de otras partes; y, resolvió partir para Vich, esa ciudad que fué siempre su refugio.

¿A qué quedarse y sacrificar días que a otros resultarían benéficos? ¿A qué seguir hablando con ellos, si en sus mentes todo se borraba? ¿No era como escribir en la arena?

Parecieron civilizados y estaban como an-

tes, en sus costumbres primitivas. No había logrado dar a esos carboneros una conciencia moral, a esos leñadores, a esos pastores...

A pesar de su celo no se iluminaron sus espíritus y quedaban sin religión y como sin Dios.

El misionero se iba con pasos melancólicos. Su predicación, caída en terreno infértil, no daría casi flor.

Se alejaba meditando.

Dialogaba con el Señor misericordioso que todo lo comprende.

Caminaba con los ojos bajos, sin ver un resplandor que como una aurora encendía el horizonte.

Cuando miró ardían los campos del herborista Boffil, el que le había enseñado a conocer los yuyos buenos para la medicina. Muchos hombres se agotaban en desesperados esfuerzos, sin lograr apagar el incendio, y las llamas ya encerraban la casa.

El llegó haciendo en el aire la señal de la cruz, por un lado, por otro, por los cuatro lados. Y su bendición apagó el fuego.

—"¡Milagro!" gritaron todos llenos de emoción, y cayeron de rodillas. "¡Milagro! ¡Milagro!"

—"¡Es un Santo!"

Ahora se le había dicho de predicar en Vich.

La ciudad lo esperaba llena de viajeros que

acudían a escuchar su palabra de predestinado. Se llenaron las posadas, muchos debieron ser alojados en las casas, hasta en las salas, en los patios y numerosas familias acamparon en los alrededores por no hallar alojamiento y conformes asimismo, porque querían asistir a sus sermones, aunque tuvieran que pasar las noches frías de marzo, sin techo alguno.

Las autoridades no consideraron que era aquel un panorama corriente. Avisaron al Gobernador, y porque éste también tuvo miedo a la influencia del misionero, se prohibió que subiera al púlpito.

La Iglesia, sin objetar nada, acató la orden, debido a que en aquellos tiempos de intransigencias, violentos y duros, había que evitar rozamientos. Y se aceptó que él callara su doctrina de paz, que los gobernantes tenían por palabras de guerra.

Y, él, al saberlo, dijo:

—"Obedezco sólo a mis superiores, solamente a ellos, porque si así no fuera, aunque se me hubiera querido detener con la amenaza de un puñal, habría predicado.

Pero, asimismo, el acatamiento de la Iglesia no tranquilizó al Gobernador. Este tomó nuevas medidas. Prohibió que Claret ejerciera su ministerio en la región, cosa que también aceptaron las autoridades eclesiásticas, disponiendo entonces que pasara a Puit, un pueblo sin importancia, perteneciente a otra provincia, encerrado entre montes y casi aislado. Y en

aquel retiro fué donde el Santo recibió su título de Misionero Apostólico, que le enviara la Santa Sede.

De la actividad pasó al silencio, como luego del retiro volverá a las misiones.

No pudo predicar durante algún tiempo. Y sin embargo los milagros seguirán entremezclados a sus pasos, y llenando de asombro a todos. ¿Cómo sucedían las cosas? ¿En qué momento ocurrió cada hecho?... No importa el orden, ni hacer listas interminables, ni conocer detalles y nombres que fueron presentados en los Procesos de Beatificación, donde se estudiaron cuidadosamente durante nueve años. Su cantidad abrumaría al lector, sus semejanzas serían tomadas muchas veces por repeticiones. Pero todo fué escrito y firmado por quienes dijeron, "yo ví", o "yo sé".

Los hombres iban a él con muletas, en camillas, con lazarillos, sufrientes, demacrados, quemados por las fiebres. A veces los hallaba agonizantes. Los médicos se habían retirado. Se les habían dado los sacramentos. Y él los curaba.

De alguno de los pueblos españoles fué a él una mujer con un niño contrahecho. Llegaron a la casa rectoral consumidos por la desgracia. Habían dado sus dineros en vano, y ahora hacían el viaje para desengañarse.

El misionero les dijo que no era médico. Lo decía siempre. Lo advertía a todos, e insis-

tía en ello. Pero la madre y el hijo sabían que a muchos había curado. ¿Es que tendrían que regresar sin que intentara la curación? Lo miraban interrogantes, con ojos angustiados.

—Dios lo curará si conviene, fué la respuesta.

Después rezó con las manos puestas sobre el niño, que volvió a su pueblo con el pecho liso y la espalda sin joroba.

Habían llegado casi sin esperanzas, y se iban alegres, porque el niño estaba ya sano y curado.

Algunos testigos hablaron de una mujer que había sufrido años y años de terribles dolores, sin que nadie pudiera aliviarla, y a la que él devolvió la salud y el bienestar. Otros narraron el caso de una enferma grave, cuyo mal había sido constatado por distintos médicos, y que se halló absolutamente sana, apenas él traspasó el umbral de la puerta de su casa. Fué verificado lo sucedido con la hija de un rico labrador, que no había podido caminar nunca, y a la que él consoló, diciéndole que tuviera esperanzas en Dios. Y se dijo que la niña paralítica empezó a mejorar en seguida, que caminaba unos días después, y que para siempre fué una mujer activa y robusta, como muchos la conocieron.

Hay que tomar los hechos casi al azar. Todos son interesantes, valiosos, y en realidad, extraordinarios.

Había ido a él una madre apenadísima, una madre cuyo hijo se moría. El enfermo era un muchacho todavía, un seminarista, que estaba tuberculoso. El Santo la escuchó con lástima, pero dijo entonces también, que él no era médico. No quería engañar. No quería que se hicieran ilusiones imposibles. Y la pobre mujer se iba sin insistir, doblada por el dolor, muda, resignada.

—Mujer, le dijo al verla así: aunque lo que te digo es cierto, rogaré a Dios por tu hijo.

Era todo lo que podía hacer, y lo que hizo.

Y el joven seminarista sanó y celebró sus bodas de oro sacerdotales.

Era como si se vivieran otra vez las horas bíblicas.

Un niño había quedado ciego, sin que se supiera por qué. Hacía más de un año que no veía, que no se conseguía devolverle la vista.

Su hermano que era presbítero lo llevó al Santo.

—"Ya curarás, ya curarás", le dijo éste.

Y aunque pasaba el tiempo y la ceguera persistía, aquellas palabras habían sembrado confianza en el enfermo.

Llegó el Viernes Santo. El predicaba el Sermón de la Agonía. De pronto, en medio de una frase se detuvo y anunció que, cual Longinos, alguien en ese momento recobraba la vista, en virtud de la sangre de Cristo.

El niño estaba lejos de aquel lugar en ese

preciso instante. Estaba en su casa, en una habitación en la que su madre y su hermana cosían, porque eran costureras, y junto a ellas, dió de pronto un grito:

—"¡Veo este verde redondel de la mesa! ¡Veo las otras cosas! ¡Veo todo!"

Y vió ya para siempre.

El Santo daba a los hombres su oración y su palabra, toda esperanza y toda consuelo, y los que sufrían sin remedio acudían a él.

Un padre le llevó a su hijo cubierto de llagas y envuelto en lienzos.

—¡Pobrecito! ¡Cómo habrá sufrido! exclamó el misionero al ver el cuerpo llagado. Y dirigiéndose al niño le dijo:

—Sé buen cristiano, que curarás, si conviene.

Después tocó con sus manos al niño leproso y rezó encomendándolo a Dios.

Con su oración, con sus manos, el niño quedó curado; y los del pueblo lo vieron irse ya con la piel tersa y blanca como el pétalo de una magnolia.

No podía pensarse en azares. Los casos se sumaban, se multiplicaban. Llegaban a él de distintos lugares. Y sus manos pasaban por los cuerpos como bálsamos, comunicaban un soplo de vida; su bendición daba salud. Y era igual en todas partes, en Espinelvas, en Seva, en Igualada, en Santa Coloma, en cada villorrio, en los caminos, en las ciudades, en Manresa, en

Vich, en Barcelona. Y los hombres decían cada vez en mayor número: "Yo sé", o "Yo vi".

Rodeaban su puerta los enfermos, los necesitados, los que sufrían.

Con razón el Padre Masnoll sostenía ya: "Claret es único...".

El misionero acababa de llegar a una de las ciudades catalanas. Un carpintero que estaba paralítico, al tener noticia de su presencia en el lugar, hizo que lo llevaran en su camilla a un sitio por el cual el Santo pasaba todos los días, al ir de la iglesia a la casa arzobispal, donde había sido alojado.

Al poco rato, en efecto, llegó Claret acompañado de algunos sacerdotes, e iba a pasar de largo junto al enfermo, cuando éste le pidió que lo curara. Se repitió allí el diálogo de siempre: su advertencia de que no era médico, su imposibilidad de curarlo, y los ruegos del otro, hasta que aceptó que lo llevaran a la casa del Arzobispo, hacia adonde él se dirigía.

Se hallaba por primera vez en aquella ciudad sin conocer a ninguno de sus habitantes. Pero en cuanto se presentó el enfermo, lo amonestó por su mala vida pasada. Le dijo sus pecados. Lo mandó confesarse, y luego añadió que podía irse. Y el carpintero salió ya llevando él mismo su cama.

En cuanto al suceso, fué narrado por la hija de un prestigioso general carlista, que al día siguiente dió trabajo al obrero. Lo conocía

de antes, lo sabía paralítico, como lo sabían las personas del barrio, y todos lo vieron trabajar como si nunca hubiera estado enfermo.

Un niño, ciego de nacimiento, se había hecho poner también en una vereda por donde Antonio pasaba cada mañana, y al saber que se acercaba a él, angustiosamente empezó a pedirle que le curara los ojitos.

Como siempre, él se negó, al principio. No quería atender enfermos. Y el niño le dijo:

—Si usted quiere puede curármelos...

Ambos estaban rodeados de una multitud, segura como el niño, del poder del Santo.

Este encargó entonces que lavaran los ojos del pequeño enfermo con agua fría. Solamente mandó que lavaran los ojos. Y luego los tocó y rezó con las manos puestas en ellos. Y desde ese instante, el niño vió.

Porque bastó que tocara los ojos sin luz, para darles luz.

Tocó también los párpados de una mujer que tenía, desde hacía veinte años, una horrible fístula, y ella fué también curada.

Rezó con las manos puestas sobre un religioso mercedario que estaba seriamente enfermo, que había tenido recién un vómito de sangre tan fuerte, que en el hospital le daban pocos días de vida.

—"¡Anímese Padre Pedro, que pronto me ayudará a enseñar el catecismo y a predicar sermones!" Y, aunque parecieron sólo palabras de esperanza, su oración fué suficiente para devolver al enfermo la salud.

Y se dijo que al día siguiente el Padre Pedro estaba de pie, dispuesto a continuar sus trabajos apostólicos.

Sin embargo, humildemente, él dirá después:

—"Yo estoy que los curaba por la fe y la confianza con que venían, y que Dios Nuestro Señor premiaba su fe con la salud corporal y espiritual".

Muchos, sin embargo, llegaban inocentes, y también los curaba; o llegaban sin fe, y los curaba igualmente.

—"Sé buena y curarás", le había dicho a una niña a quien la ciencia consideraba perdida, y apenas rezó por ella, quedó sana.

Y así, como esta niña iban muchos seres pequeños, muchos seres puros, iban los que no habían pecado, los que aún nada entendían, y los curaba.

Una madre llegó con su hijita de dos años, que se había roto un brazo. El acarició sus mejillas pálidas. Después rezó y levantó en alto un racimo de uvas, y dijo:

—Toma, nena, esto es para tí.

Y se dice que la niña del brazo roto, lo levantó como antes y que riendo tomó el racimo.

¿Cómo pudo ser?... Solamente se dice cómo fué.

Eran epilépticos que parecían embrujados y salían sanos. Algunos eran llevados a la fuer-

za, porque no creían y no querían ir, y asimismo los curaba. Y habrá que decir: se curaban y se convertían.

En el libro del Padre Puigdessens se narra una curación, que el mismo Padre Claret relata así:

"A un joven de veinticinco años que se hallaba sin sentido y a punto de expirar visité a la una de la noche, le apliqué un simple remedio, cobró los sentidos y a los dos días estaba completamente curado".

Les mandaba tomar yuyos, o un simple remedio, o agua, o una naranja, y a veces, nada. Y el resultado era igualmente maravilloso. Sin embargo muchos autores temen pronunciar la palabra "milagro". Le llaman hecho extraordinario, caso asombroso, algo que parece sobrenatural...

En la ciudad de Vich, un conocido médico, el doctor Campó, observó que sus enfermos tomaban a menudo remedios que él no mandaba. Y dice que, si al indagar le decían que era el Padre Claret el que los indicaba, mandaba que los tomasen, porque aunque para la ciencia fueran a veces disparates, comprendía que el Santo se servía de aquellas medicinas para ocultar su poder milagroso. Y la misma comprobación la hicieron luego otros médicos.

Se narró el caso asombroso de una Hermana de Caridad que padecía horriblemente, y cuyo mal fué diagnosticado cáncer al estóma-

go. Ya no podía alimentarse, ni tenía fuerzas, ni se levantaba; y, asimismo quedó curada.

Por eso el Padre Cristóbal Fernández sostiene en su biografía del Santo, que, si las declaraciones no fuesen tan recientes y tan auténticas, casi todas de testigos oculares, o bien de los propios enfermos, o de sus parientes más cercanos, podría pensarse en una leyenda que la imaginación o credulidad de los siglos medios hubiera ido tejiendo con el correr de los días. Y que todo fué cierto y pasó como se ha dicho.

En algún momento él mismo se enfermó. Pero sufría sin quejarse ni buscar cura ni alivio a una llaga que se le había formado en un costado. Y, cuando algunos síntomas trascendieron y fueron llamados de urgencia varios médicos, ya la herida, que era profunda y muy dolorosa, empezaba a gangrenarse. Había que intervenir en seguida y así lo resolvieron, diciendo de operar a la mañana siguiente. Pero, ¡cuál no sería su sorpresa, al presentarse en su habitación y no hallarlo, y cuánto más, al verlo llegar de celebrar su misa, con el rostro plácido, y diciendo que estaba curado!

Fué entonces cuando mostró a aquéllos, que no quedaba de su mal, sino el leve tono rosado de una cicatriz recién cerrada. Y explicó que, durante la noche había rogado a la Virgen para que lo curase, y que ella lo había curado.

Y los médicos, testigos de este sorpren-

dente caso, voluntariamente escribieron y firmaron lo antedicho.

Alrededor del Santo, lo natural y lo cotidiano, iba siendo ya lo extraordinario, y los hombres no pedían ahora el remedio sino el milagro. Y a estos hechos se añadían otros distintos, aunque igualmente maravillosos.

Así fué, en efecto, el caso documentado por un misionero de la Congregación del Corazón de María, escrito y firmado por el Obispo doctor Puigmitjá, que ha sido cuidadosamente conservado:

Sus palabras iniciales, afirmativas, encabezan el relato con estos términos:

"Yo puedo responder de la autenticidad de la relación que he oído y que fuera contada así":

El Santo predicaba en un pueblo llamado Mieras, de la Provincia de Cataluña, y lo hacía sin haber bajado del púlpito, ni haber interrumpido su discurso. Y los fieles, que lo estaban escuchando, vieron entrar corriendo y azorados a los curas del pueblo, sin que ninguno de los fieles se explicase la causa de aquella súbita entrada. Y hasta aquí, sólo sabemos que entraron todos juntos en medio de la prédica del Santo.

Pero luego, los que tenían solamente este hilo del suceso, supieron que Claret, que no se había movido del púlpito, como ellos pudieron atestiguarlo, había estado asimismo en la casa rectoral, donde esos curas jugaban a los naipes,

que los había amonestado en tono severo, por el mal ejemplo que daban con su conducta, y que obedeciendo a esa amonestación, los curas habían hecho la brusca entrada que presenciaron los fieles.

¿Cómo llegó hasta ellos? Eso no se explica. ¿Cómo supo, desde el púlpito, lo que pasaba en la casa rectoral? Todo pertenece al misterio. Pero tanto los curas, como los fieles, juraron que así había sido y el Obispo Puigmitjá firmó el relato.

Pero, ¿es menos sorprendente este suceso?...

El Santo terminaba de celebrar su misa en el pueblo llamado Olost. Numerosos penitentes esperaban en su confesionario, y él empezaba a escuchar a los primeros, cuando dejándolos, salió de prisa. Fué a su casa corriendo y dijo:

—Me voy a Vich.

Allí quisieron ensillar un caballo. Pero él no esperó. Y cuando un mozo salió montado, con intención de alcanzarlo, y aun cuando fué casi enseguida y llegó hasta un pueblo llamado San Salvador, que distaba de aquél, cinco kilómetros, no logró encontrarlo. Y en Olost quedaron sorprendidos y sin explicarse lo sucedido, sobre todo, porque siendo aquél el único camino, el jinete no pudo descubrir tampoco sus pasos en la nieve.

Sin embargo, el Santo ya había llegado a Vich.

¿Qué razón tuvo esa partida precipitada y la vertiginosa marcha?

Aquel sacerdote, Fortunato Bres, que lo protegiera en sus años de seminarista, al salir de celebrar misa en la iglesia, había caído en la plaza y se había roto una pierna.

En el instante mismo que ocurrió el accidente, Claret lo presintió, sin que lógicamente hubiera sido advertido. Y cuando recién se hablaba de llamarlo, abría la puerta y entraba en la habitación del herido, extrañando con esto a los presentes, que asimismo tomaban su aparición por coincidencia.

Sin embargo, el reloj de la casa de Bres, daba en ese momento las siete, y a las siete menos cuarto, es decir, quince minutos antes, el Santo había terminado de decir misa en Olost, ese pueblo que estaba a veinticinco kilómetros de Vich. Y en una mañana de campos nevados, llegaba sin barro, sin nieve, y absolutamente descansado.

De ahí que, al ser constatados los hechos y relacionados entre sí, ocho testigos, presentes en aquel instante, escribieran y firmaran un acta que figura en los archivos claretianos.

El Santo vivía permanentemente en lo milagroso. No existían para él muros ni distancias. Así, se detuvo una vez en mitad de un sermón para prevenir que, entre el auditorio estaba una madre que había dejado en su casa un niño en la cuna, el cual se encontraba en peligro.

—Que corra esa madre, había insistido.

Y una mujer salió de la iglesia apenas oyó sus palabras, y sólo tuvo tiempo de tomar en brazos al niño, con la cortina de la cuna ya en llamas.

Hablaban todos de cosas extraordinarias. No solamente curaba a los hombres. Tenía un poder que impresionaba, que no se comprendía.

Y se dijo que un niño lo había alzado y que había atravesado con él en brazos, el río Besós. Y el hecho se conoció narrado por el mismo Santo.

Cerca de Manresa iba esta vez con la custodia en alto seguido de una procesión para llevar el Santísimo de un pueblo a otro, de una iglesia a otra, cuando una corriente de agua que venía despeñándose con gran impetuosidad impidió su paso. Y cuando los que lo seguían hablaban de volver, porque pensaban que iban a ser arrastrados, el Santo puso entonces su pie en las aguas, que se tornaron escasas y mansas en el acto. Y pudieron todos cruzar.

Así iba enseñando la doctrina. Era como un sembrador que no dejaba campo alguno sin arrojar semillas.

Estaba en ese momento en Barcelona, en una gran iglesia devotamente callada. Habían acudido en multitud a escuchar al Santo, llevados por la fe, por la esperanza, pero uno entre ellos era impío.

No quería ir, y un amigo insistiendo, rogando, lo había obligado. Su presencia era como un engaño. Sus oídos atendían con ironía. No estaba dispuesto a arrepentirse, ni quería creer. Y para sí y entre dientes murmuró alguna cosa, que ninguno oyó. Pero el sacerdote se detuvo y dijo:

Es verdad hermano, yo soy un predicador como los otros, porque todos somos enviados de Dios para anunciar su voluntad a los hombres; con la diferencia de que soy peor que los otros predicadores... Pero tú, hermano, oye la voz divina que te llama a penitencia; deja el camino extraviado por el que corres y emprende el de tu salvación por el cumplimiento de la Santa Ley. Y aún añadió cosas particularmente claras para aquel hombre y que lo aludían. Y así, al retirarse, éste dijo al amigo:

Este predicador es un brujo o es santo, porque no sólo supo lo que yo dije, sino también lo que yo había pensado.

Y el hombre descreído empezó a interesarse. Volvió a escucharlo. Y llegó él también al camino de Dios.

Claret conocía el pasado y el futuro de los hombres y leía sus pensamientos. Llegó a una casa en el momento en que cinco niños jugaban a los sacerdotes y por turno oficiaban en un altar de juguete. Pero el más pequeño, apar-

tado por los otros, lloraba compungido por no poder decir su misa.

Varias personas de la familia presenciaban la escena sin dar importancia al hecho. Pero el Padre Claret, al observarlos, exclamó lleno de seguridad:

—"¡Lo que son las cosas! Ninguno de estos cuatro será sacerdote; en cambio este pequeño, no sólo llegará a serlo, sino que será misionero y salvará muchas almas"... Aquél fué luego el Reverendo Padre March y Solorneu, de la Compañía de Jesús, que murió en Malinas en 1897.

Y esta predicción fué constatada por muchas de las personas que presenciaron aquella escena.

A un naturalista le anunció que moriría mártir. Y ese naturalista fué después misionero, el Padre Cler. Pero en el momento en que le fuera hecha esta predicción, ni estaba en Cuba, que luego misionó, ni siquiera se había instalado allí la congregación en la que él entró.

Claret tenía el raro don de saber lo que nunca sabrán los hombres y es lo que les depara el destino, y luego también la de conocer lo que callaban, pensaban o querían. Sor Ana de Arlés, por ejemplo, afirmaba que apenas arrodillada en el confesionario, él se adelantaba a enumerar sus pecados. Y como ella lo dijeron muchas personas, entre quienes se encontraba otro religioso, el Hermano Segurañes.

Y se cuenta que un negrito, a quien con-

fesara durante su estadía en Cuba, al acudir a otro sacerdote, sorprendido de ser él quien debiera decir sus faltas, le dijo:

—"¡Adivine usted, como lo hacía el santo Padre"!...

La veracidad, la autenticidad de esa extraordinaria condición del Santo, la dan estas palabras suyas:

"Leo en las conciencias como si leyera en un libro abierto; las leo con toda claridad, sin tener que hacer estudio alguno".

Y no hay jactancia en sus expresiones, sino más bien preocupación, ya que esa confesión tan sincera, la hizo a sus allegados, en forma de confidencia, y añadiendo que a veces le daba miedo...

Pero se trataba de una vida no encuadrada en los límites corrientes, una vida más alta y más iluminada.

Un día, al llegar por primera vez a un villorrio, preguntó a una niña la dirección del cura del lugar. La niña, ya una jovencita, se prestó a acompañarlo y caminaba a su lado, en respetuoso silencio, cuando al despedirse, el Padre le dijo:

—Hija mía, lo que vas pensando lo verás realizado muy pronto. Serás religiosa como lo deseas.

El Santo no tenía conocidos en aquel pueblo. Nunca había visto a la niña, no sabía nada de su familia, ni desde luego, que ésta se opo-

nía a ese proyecto mencionado. Y como él lo dijo, un tiempo después, ella entró en un convento de monjas. Ni siquiera debió ver el deseo en sus ojos, él, que no miraba a los ojos. Como San Agustín no precisaba ver rostros. No conocía, él tampoco, a sus penitentes. Sólo veía almas. Eran almas las que pasaban por detrás de la reja de madera de su confesionario, durante horas y horas. Podía no haber oído jamás sus voces. Pero sentía sus pecados y pronunciaba las palabras que con frecuencia quemaban los labios de los pecadores y que había vergüenza o dificultad para recordar...

Con sus viejos zapatos, con su sotana remendada, iba haciendo el camino a pie, absorto en sus oraciones. Así andaba siempre por las calles, por los campos.

Un arriero, que desde lejos lo venía observando, pensó que era un pobre cura, a causa de su humildad, de su ropa humilde, de su tono humilde. Y le dijo con burla:

—"Señor cura, ¿quiere confesar a mi borrico?"...

Se asegura que así, con esa insolencia, había detenido al Santo.

Tenía la risa fácil del osado, el chiste torpe del ignorante. Creyó desconcertar al cura, quizás indignarlo. Esperaba sin duda, una reconvención de la que podría también reírse.

Pero el Santo no se inmutó, y le dijo, casi complacido:

—"Tú eres el que debe confesarse, puesto que hace tantos años que no te confiesas, e indicó con precisión su número. Y al decirlo, le recordó también todos sus pecados, por lo cual el arriero, fuertemente impresionado, cayó de rodillas y llorando le pidió la absolución.

¿A qué hacer mofa de él? Pero no todos se daban cuenta de que era necedad. Y entonces aprovechaba los torpes actos de los que buscaban reir a su costa.

Un misionero, llamado Jaime Ribas, recordaba siempre uno de estos episodios, que había presenciado y que lo narraba así:

Estaba Claret de misiones por Cataluña y en ese momento iba seguido de varias personas, de la iglesia de un pueblo a la casa rectoral, por calles llenas de gente, porque era verano. Y en la vereda de una taberna estaban sentados algunos hombres, alegres y bromistas, por lo mucho que habían bebido.

Uno de ellos, creyéndose ocurrente o con el espíritu más oscurecido, exclamó al pasar el misionero:

—Si este saco de carbón ardiese podríamos encender en él nuestros cigarros.

El acento era provocador, y el tono, el estúpido de los que no saben sino de cosas bajas.

El Santo nunca andaba enteramente en la tierra. Aun en medio de las gentes meditaba. Pudo así no oir la vulgaridad del bebedor. Pe-

ro se detuvo, extendió la mano, y en su palma, que no se quemaba, mostraba un ascua ardiendo.

A veces enseñaba sin palabras. Y ya muchos le llamaban entonces "cazador de almas".

Hechos extraordinarios sucedían mientras el Santo iba bendiciendo a los hombres, mientras predicaba a los pueblos. Y el doctor Clapers, a quien el autor Cruz Ugalde juzga "candelero de oro de la Catedral de Lérida", exclamaba emocionado:

—"El Padre Claret té un cop d'ala del Esperit Sant"...

Eran los tiempos de su evangelización en la región catalana. Los pueblos lo seguían, pero era asimismo imposible que no entrara a la Iglesia gente sin fe y hasta para hacer escándalo.

Ese día, un muchacho mal intencionado, por dos veces arrojó naranjas al púlpito.

El misionero, que pudo darle una respuesta, continuó su discurso como si nada advirtiera. Algunos, indignados se aprestaban a intervenir, pero ante su actitud no lo hicieron.

Después, cuando todos se hubieron retirado y el sacristán iba a cerrar la iglesia, encontró sentado en su banco al muchacho de las naranjas. Le advirtió que debía irse, sin que aquél se moviera y fué entonces a comunicar el hecho al predicador. El que se atrevió a atacarlo, había quedado clavado en su sitio, sin

poderse mover, sin poder irse. Estaba paralizado, mudo. Y debió el Padre ir a hablarle, y a darle permiso para que se retirara.

No había sido una lección fuerte, pero había sido una lección clara. Al día siguiente, aquél fué a confesarse, cambió de vida, se mostró arrepentido, y él y con él, muchos, entendieron cómo debían proceder.

Estos hechos preocupaban a las autoridades, temerosas por la influencia que él ejercía. Trataban pues de comprometerlo, pero andaban con prudencia.

Ya las multitudes rebasaban las iglesias para escuchar sus sermones y como había sucedido en Santa María del Mar, en la ciudad de Barcelona, miles de devotos quedaban afuera, en las tres plazas que rodean el templo, y milagrosamente lo escuchaban, como si estuvieran en las naves, sin perder una sílaba y sin que el Santo tuviera que levantar la voz.

Era aquella sin duda una gracia que todos recibían. Y tantas gracias, tantos milagros, creaban alrededor del Santo una ola de gran devoción.

Estaba ahora en Figueras, un lugar aldeano, cuya iglesia era pequeña para reunir a todos los que habían acudido desde otros pueblos. Y fué como una escena bíblica, la de aquellos creyentes reunidos en un paseo para oír su plática, a plena luz, en plena naturaleza.

Era en un camino, pero ninguno precisaba

seguirlo ya, sino detenerse para escuchar la divina palabra. Sin embargo, un hombre incrédulo y díscolo, que venía con su carreta, halló molesto el acto, incómodo aquel gentío que le impedía pasar, y fastidiado, gritó para que se apartaran:

—¡A ver si le dais agua al predicador que ha de encontrarse reseco y sediento!

Y ya se hubiera hecho un gran tumulto, si el Santo no hubiera tranquilizado a su pueblo, diciendo:

—Dejadle, hermanos, dejad a ese hombre, que a él y a sus animales les va a sobrar pronto el agua.

Y con esas palabras la concurrencia se abrió al paso de la carreta para que el sermón continuara.

Pero unos días después, el hombre chusco que había pasado riendo por entre el rebaño de aquel pastor, moría ahogado junto con sus animales, tal como le fuera profetizado.

Todos los pueblos habían recogido su experiencia y su milagro. Las poblaciones salían a recibirlo con palmas y flores y al irse el Santo lo seguían por los caminos rezando el rosario. Se arrodillaban a su paso.

Decían todos que los ángeles le protegían y que la lluvia no le tocaba; y se comprobó que una mañana, bajo un fuerte aguacero, sólo él, entre todos los que iban, quedó con la ropa seca, sin que una gota cayera en su sotana...

Esa tarde debía ir a Oristá, y un mozo de Vich, llamado Ramón Prat, lo quiso acompañar por el desolado camino.

El misionero insistía para que el mozo regresara antes que fuera tarde. La luna entre los árboles empezaba a alargar las sombras. Y su compañero no se animaba a dejarlo en un camino, que era de malos encuentros.

Y mientras el Santo pedía que volviera, aquél rogaba para seguir a su lado, cuando, sin explicarse cómo, vió que junto a ellos, sin haberlo visto venir, estaba un caminante desconocido, vestido asimismo a la moda del país. Esa presencia tenía algo de ultramundana. ¿A dónde iba?... La respuesta que dió era convincente: iba también para Oristá. Y el Santo, volviéndose a su acompañante, exclamó:

—Ya ves Ramón que tengo compañero.

Ramón, que no se explicaba aquella aparición, siguió en el mismo sitio sin poder moverse. Y al alejarse los dos caminantes, comprobó sobrecogido hasta lo íntimo, que sólo los pasos del santo dejaban huella sobre la nieve.

Los hechos sucedían en lugares distantes unos de otros y los testigos de ellos no se conocían, por lo cual no se puede pensar en una sugestión colectiva. Andaba Claret esa mañana por un sendero fronterizo, sirviéndose de su bastón y con aquel pañuelo de algodón en que

llevaba la ropa. Un hombre, que iba al parecer en su misma dirección, ajustó sus pasos a los del misionero, con gran beneplácito de éste, que gustaba de dichos encuentros, que casi siempre resultaban fructíferos. Hablaban de los campos, de los animales, de los pastos, de la labranza, de las próximas lluvias y así llegaban a su destino.

Pero estaban ya por despedirse, cerca de la frontera, que el otro debía pasar, cuando el caminante se puso lívido, y lleno de miedo, con voz queda le confesó que llevaba tabaco y que podrían prenderlo. Habló de que se arriesgaba por sus hijos, para que no tuvieran hambre, para que no pasaran miserias. Y el misionero, sin decir una palabra, tomó la bolsa de aquél, le entregó sus ropas, y fué hacia los aduaneros.

Los detuvieron. Y el misionero dijo que llevaba alubias. Pero asimismo abrieron la bolsa para ver las alubias y las vieron, y ellos pudieron irse.

Había salvado a aquel desgraciado padre, que ya no iría a la cárcel. Pero éste pensaba en su tabaco.

Sin embargo, al llegar a su casa, el tabaco estaba en la bolsa.

No podía comprender. El había visto las alubias. Y habló a todos del suceso y hasta a los mismos aduaneros, que lo negaron, porque ellos sabían que no habían sido engañados. Y discutieron en las tinieblas, y tardaron mucho

en ver claro; porque ver claro, a veces, es difícil...

Un día habló de dejar una prueba, algo como en prenda y para que apreciaran la veracidad de lo que predicaba. Decía entonces su sermón en la plaza de una aldea. Y afirmó: "Y para que sepáis que os predico la verdad, os digo que no pasarán muchos días, sin que esta plaza en que estamos reunidos, quede convertida en arenal"... Hablaba de lo que nunca había sucedido. Ellos lo oyeron atentos, pero probablemente, no hallaron que fuera posible que sucediese.

Sin embargo, aún no habían pasado los días de la luna nueva, cuando el río, hinchándose con las lluvias, invadió la villa. Y cuando las aguas se retiraron, hallaron la plaza cubierta de arena como una playa.

Pero el Santo ya estaba lejos de ellos. Debía seguir siempre sin detenerse, porque lo llamaban de todas partes.

El Canónigo Soler dijo al Padre Masmitjá: "Señor! Si todo el mundo pide por él. En el solo mes de enero me parece haber oído de boca del Señor Vicario General, que no bajaban de setenta las cartas que había escrito, sólo para responder a las demandas por el Reverendo Claret!"

Y en cada pueblo confesaba ya de doscientos a trescientos penitentes diarios.

En algún lugar veinticinco sacerdotes debieron ayudarle a dar la comunión, que tenía que administrar comúnmente ahora, en las plazas. Y cierta vez que el rosario fué rezado afuera también, la respuesta de tantos fieles, oída en lontananza, hizo pensar, a la gente desprevenida, en un ruido de truenos, a pesar de la limpidez del cielo.

En Lérida decían al verlo:

No hay más remedio que convertirse, o no asistir a la misión...

Y así era en todas partes.

Los penitentes hacían turno en su confesionario y lloraban si no podían confesarse. La noche entera esperaban a la puerta de la iglesia, y en Reus, por ejemplo, a las tres de la madrugada la plaza estaba llena con la gente que esperaba. El Vicario de Mataró dijo, al aludir al Santo, que su confesionario era un pueblo. Cuando fué a predicar a Solsona, muchos hicieron hasta diez horas de camino a pie para escucharlo. En algunos lugares, a la noche se reunían por pueblos para regresar juntos. En Tordera, por donde había pasado, los penitentes iban de rodillas a besar su confesionario.

Un monje Cisterciense del Monasterio de Poblet, el Reverendo Vallverdú, afirmó que al

llegar a un pueblillo llamado Cornuella, donde se le esperaba, encontró a todos en las calles y plazas, como de feria, y que esto sucedía con nieve en la cabeza.

En algún lugar uno de los penitentes tuvo la idea de hacerse abrir la iglesia a medianoche para poder confesarse temprano, y se encontró con que estaba llena de gente que había pensado lo mismo. En Valls, se dijo que el pueblo entero había cambiado de costumbres. En Seva, adonde la política había dividido a los hombres en irreconciliables bandos, después de oírlo, fueron a saludarse unos a otros, a abrazarse, a pedirse perdón, llorando por haberse ofendido y dejaron para siempre de perseguirse.

Predicaba ahora en una de las iglesias de Barcelona. Y haciendo una pausa, dijo: "Spiritus Dómine super me"... Los fieles quedaron atónitos.

Y él volvió a repetir: "Spiritus Dómine super me"...

Quedaron como paralizados en un gran silencio. No acertaban a comprender. Cierto que no era fácil entender tales palabras.

Y en medio de aquella inmensa emoción que se había comunicado a todos, el sacerdote exclamó: "Tan cierto es lo que estoy diciendo, como que dentro de algunos días habrán grandes inundaciones, derrumbes y desgracias en esta ciudad"...

Lentamente se fueron retirando todos, preocupados. Habían oído cosas deslumbradoras, y otras terribles. Pero cuando lo anunciado fué ya, como había sido dicho, su palabra adquirió ante ellos un sentido divino, tan divino, que hubiera sido pecado no creer.

Allí, en Barcelona, se iban recogiendo ya tan numerosos frutos, que alguien a quien esto desconformara exclamó:

—Si este predicador no sale de la ciudad, van a quedar desiertos los teatros, los cafés y todos los sitios de recreo y diversión.

Su influencia inquietaba. Y las autoridades estaban ahora ya dispuestas a prenderlo. El propio General Manzano se lo dijo al Santo, cuando se encontraron en Cuba, uno de Gobernador y el otro de Arzobispo. Y aún le confesó, que él había recibido la orden de arrestarlo, que luego no se cumplió, por temor a disturbios mayores.

Tenía en verdad un influjo inmenso sobre los pueblos. Y el Doctor Palau, dijo, por eso:

"La obra de este predicador es más eficaz que la de todos los predicadores de Barcelona".

Llegaban allí para oírlo hasta de cuarenta millas a la redonda, y de treinta a cuarenta pueblos. Lo pedían de todos los conventos, de todas las parroquias. "Aunque se le pudiera partir en veinte, en cincuenta trozos, para todos habría destino", es lo que contestaban a los solicitantes. Dijeron que hacía más de medio

año que se le había dado la ruta que debía seguir sin interrupción.

Y en ese tiempo, casi inicial, ya predicó cincuenta sermones durante una cuaresma. Después lo hará todavía en mayor escala, y predicará en Tarragona, doce veces en veinticuatro horas; en Almería, cuatro veces en seis horas; y así en Málaga, en Murcia, y en todas partes. Y luego el Obispo Aguilar afirmará haberlo visto predicar durante una hora seguida con los ojos vueltos al cielo...

La sugestión que ejercía sobre los pueblos era extraordinaria, pero no era menor la que ejerció separadamente sobre los hombres. El Padre Aguilar, recién nombrado, dijo que siendo muy joven lo oyó hablar, y que decidió su carrera eclesiástica. El Padre Esteban Sala no se separó de él desde que lo oyó predicar por primera vez. El Padre Sala fué quien le sucedió en la Presidencia del Instituto de Misioneros, llegó también a ser preconizado arzobispo y había sido designado para reemplazarlo en Cuba, cuando pidió a Dios que lo librara de aquella carga y murió enseguida. Y es este sacerdote que admirara tanto al Santo, y sobre quien éste tuvo tanto ascendiente, el que da la clave de aquel poder de su palabra, diciendo:

—"Es que para hablar de Dios como Claret, hay que amar a Dios como Claret"...

La superioridad de sus discursos, la eficacia de su palabra, estaría pues explicada en su

amor a Dios. Cierto es que lo amaba, transfigurándose ante el Santísimo, como lo observaron muchas personas. Quedaba con frecuencia en éxtasis, con los ojos fijos, el rostro transparente, nimbado de luz. Así lo vió el Reverendo Padre Coma, del Oratorio de San Felipe, rezando en la Iglesia de Santa Eugenia de Berga. Y su testimonio figuró en el Proceso de la Beatificación. Lo vió entre resplandores también Isabel II, en la Capilla Real, y su declaración figuró en el Proceso de Madrid. Con una aureola de luz lo vió la Superiora del Convento de Santa Teresa, en Lérida.

Por su parte, uno de sus biógrafos, el Padre Fernández, al explicar esa luz misteriosa, ese resplandor externo, dice que era como una irradiación de la luz que bañaba su alma y que se proyectaba sobre las conciencias. Y el Padre Puigdessens escribe: "Es que en el fondo de su alma y por debajo de sus potencias naturales latía una fuerza superior que dinamizaba y subía de punto el poder de aquéllas, una luz que penetraba todo su ser volviéndolo diáfano y hermoso, un ritmo divino que concertaba y daba unidad a todo el juego de sus actividades". Estaba pues en él esa luz que el Doctor Angélico atribuye al particular influjo de un alma que está llena de la Divinidad. Y puesto que según su teoría, esa transfiguración y embellecimiento, provienen de que, no pudiendo encerrar en sí ese tesoro el santo lo difunde a manera de luz, no maravilla comprender que fuera

la luz de la gracia la que vieran en él tantas sorprendidas pupilas.

Monseñor Cruells tenía razón al exclamar ya: "Todo en él es un prodigio". Sorprendía su luz, sorprendían también su elocuencia, su sabiduría, sus virtudes, su penetración, su actividad. En los medios eclesiásticos de Cataluña, comenta el autor Fernández, era corriente oír decir que poseía la ciencia infusa, y que era un milagro viviente de Dios. ¿Era así? El Doctor Masmitjá afirmará haber escuchado decir al propio Padre Claret, que predicaba por María, enviado por ella, y "que ella misma le dictaba sus sermones"... Por su parte, Francisco Más y Artigas, el latinista, que lo escuchaba llorando de emoción, sostenía que, lo que decía no había podido adquirirlo por medios naturales.

—"Lo que predica Mosén Claret no es de la tierra sino del cielo, porque los hombres no llegamos a tanto", exclamaba también al salir de un sermón el Doctor Ventalló, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Y el Canónigo Soler, embelesado exclamaba:

—"Las palabras fluyen de su boca como de una fuente de gracia".

Las opiniones coinciden, pues, y no puede ya ponerse en duda de que en él había algo extraordinario. Hasta Balmes, ese sacerdote filósofo de reconocido talento, dirá que su in-

fluencia no podía explicarse por medios naturales y que las mismas cosas dichas por él parecían distintas y hacían un efecto distinto.

Es que, como el carpintero de Judea, el tejedor de Sallent sorprendía ahora a los sabios con su sabiduría. ¿Cómo había adquirido esos conocimientos? Cierto es que dormía apenas dos o tres horas apoyado en una mesa o tirado en el suelo, y que gastaba cada noche un velón de aceite, estudiando y meditando, pero no era suficiente. Y no hay que olvidar que en sus comienzos ni siquiera se creyó que tuviera talento, y que llegó a ser maestro de maestros.

Y el Decano del Supremo Tribunal de la Rota, Fernández Montaña, hablará de su conocimiento profundo en las Sagradas Escrituras y en muchas otras ramas del saber, y dirá que tenía una vasta erudición en ciencias eclesiásticas, bíblicas y exegéticas, en teología dogmática y moral y en historia eclesiástica y profana. Don Francisco Besalú, que será Rector de la Iglesia de Monterrat, admirará también su sabiduría. El Obispo Aguilar elogiará su erudición, sosteniendo: "creo que se le puede llamar verdaderamente hombre de ciencia y de doctrina". Y el Padre González Mendoza, que después de él ocupará la dirección de El Escorial, confesará que su ciencia le inspiraba tanto respeto, que a pesar de su benevolencia y de su modestia, hablaba con cuidado en su presencia.

Por otra parte, tenía también una memoria privilegiada, que recordaba todo lo que leía, diciendo a este respecto el Padre Barjau, que podía preguntársele, por ejemplo, cualquier punto de la "Suma" de Santo Tomás, y que él respondía casi palabra por palabra y podía indicar en que edición se encontraba tratado así, y diciendo en tal página, y al principio, a la mitad, o al final de ella...

Y sólo podía estudiar de noche, porque de día confesaba, predicaba o misionaba. Y todavía pasaba muchas noches en oración.

El Padre Aguilar, su autorizado biógrafo, dice además que "pocos hombres han poseído, en tan alto grado como él, la habilidad de decir una misma cosa con diferentes palabras", y añadía: "haciéndose comprender por los ignorantes y gustando a los doctos". Y que no hacía alarde de su sabiduría, aunque se viera que sabía. Y Pío Zabala dice en su obra, que: "Como el maestro de Avila no revolvía muchos libros para componer sus discursos", ni los sobrecargaba de Escritura, porque "su deseo no consistía en que salieran los fieles del templo alabando las lindas cosas que acababan de escuchar, sino que lo hicieran calladamente, baja la cabeza, compugido el corazón y removida la conciencia", y que "prefería con San Agustín, que lo criticaran los gramáticos a que no lo entendieran los rudos". Pensaba con San Ligorio, al que muchas veces recordaba, que la morali-

dad debía ser el fruto del sermón del pueblo, y hablaba imitando a Jesucristo, a los Apóstoles, a los santos, a los doctores eclesiásticos y a los españoles del Siglo de Oro, especialmente al Beato de Avila; y lo hacía sin apartarse del Evangelio. "Me valgo de sus semejanzas —decía— y uso su estilo, hago ver las obligaciones que tiene el hombre para con Dios, respecto a sí mismo y a sus prójimos, y cómo las ha de cumplir". Poseía la técnica del apóstol cristiano, dicen los distintos autores y alguno de ellos agrega que tampoco se apartaba de los cánones del buen decir ni de los principios básicos y universales de la literatura.

En sus discursos existía "la superestructura del discurso"; y, dicen algunos que había pujanza y frescura en su elocuencia, que poseía todos los recursos de la imaginación y del sentimiento, con el dominio de sí y de las situaciones y un maravilloso poder de sugestión.

Y porque él consideraba que todos los males del mundo provenían de haber retirado a la Iglesia la que llamara "palabra de vida, palabra de Dios", se empeñaba por devolvérsela, seguro como estaba de que "todo propósito de salvación sería estéril mientras no se restaurara, en toda su plenitud, la gran palabra católica".

Su obra entera tuvo así ese móvil. De ahí la actividad y eficacia de aquella propaganda

de años, que sorprendió a su tiempo. De ahí también el fervor con que hablaba a los hombres; de ahí que hubiera adquirido a fuerza de sinceridad y de amor, el arte de persuadir, que significaba dar a todos el regalo de la fe.

Y habló siempre por eso, con un tino exquisito y una comprensión extraordinaria, uniendo la fortaleza a la suavidad, como se dijo, cuidando siempre de no exasperar, de no llevar a ninguno por las sendas de la locura, ni del terror —de éste decía; causa más daño que provecho— y hablando con claridad, con sencillez, con gracia, sin amenazas, "porque los malos se endurecen y los flacos corren el riesgo de caer en la desesperación".

Cada discurso suyo era una obra maestra de catequización, de persuación. Era vigoroso y prudente a un tiempo, y unía la profundidad al sentimiento. Pero decía: "Prefiero mostrar la verdad a demostrarla, hacerla gustar a imponerla, presentarla amable e inteligible, a vestirla con los arreos de la ciencia". Sabía que una verdad que se ama, es una verdad que se entiende. Y que, "el hombre siente más placer en los emblemas, alegorías y comparaciones de las cosas sensibles, que en la verdad desnuda, porque ésta es rígida y aquéllas son risueñas".

Y observaba:

—"No hubiera agradado Esopo a sus lectores por espacio de veinticinco siglos, si, en lugar de fábulas, hubiera escrito verdades austeras", añadiendo: "Ni nuestro divino Salva-

dor hubiera instruído a su pueblo con discursos, tan eficazmente como con sus parábolas".

Algún día los diarios de Cuba lo compararán con Bossuet, Massillón y Lacordaire, sosteniendo que todavía los sobrepasaba.

"Nunca se ha oído hablar así", escribían.

"Claret es único" exclamaron muchos.

Un viajero lo oyó hablar sin saber a quien escuchaba, y de regreso a su pueblo habló al cura de aquel predicador, y preguntaba quién podría ser, y dicen que el cura respondió sin vacilar:

—"Pues, quién ha de ser sino el Padre Claret!"...

Y cuando pasados años y años y las cosas de la época se iban borrando de la memoria, un sacerdote, viejo ya, decía todavía:

—"Nunca he podido olvidar aquel acento, tan diferente del nuestro en su modo de hablar, aquel cariño, aquella dulzura"...

Tenía embelesados a los hombres catequizados. Era un santo ya. ¿No fué visto por muchos como suspendido en el aire?

La Iglesia comprendió que, quien poseía tan sobresalientes condiciones para el púlpito y era también reconocido como admirable director de almas, debía dirigir y dar ejercicios especiales al clero. Y así, mientras no había salido de Cataluña, en las horas misioneras, se le designó ya para dictar aquellos altos cur-

sos de moral, que en el primer tercio del siglo XIX, inició el Seminario de Vich, y cuyos dictámenes y soluciones, según el Padre Jacinto Blanch, eran de tal importancia, que los manuscritos corrían de mano en mano, como norma segura de conducta. Y es interesante constatar que esas conferencias que dirigieron sacerdotes de indiscutida categoría moral e intelectual, fueron presididas por él, durante varios años.

Debió cumplir esa misión con mucha dedicación y agrado, porque nunca dejó de preocuparse por la instrucción y educación del clero, por considerar que los malos sacerdotes constituían la mayor desgracia de la Iglesia.

Con ellos era pues severísimo. No admitía ni debilidades, ni desconocimiento, y era siempre escuchado con la autoridad que le daba su vida ejemplar y sacrificada. ¿Acaso les pedía algo que no fuera el perfecto cumplimiento de su deber? ¿Les exigía más de lo que él mismo daba?

Alguna vez, sin embargo, los oyentes no guardaron la acostumbrada religiosidad. Pasó por la sala un soplo de inquietud, de distracción, o de disconformidad. Pero fué una sola vez, porque él, al recomenzar los ejercicios lo hizo en estos términos:

"Hagan el favor de guardar mejor el silencio, pues esta noche, Dios Nuestro Señor me ha reñido duramente porque no lo había

hecho guardar"... ¿Quién se hubiera animado a toser, siquiera, luego de tan impresionante principio?

Y es que sabía que en ellos nada podía tolerarse.

¿No debían aspirar a ser como él los conductores de almas?

Claret exigía que esa misión fuese cumplida en todos los instantes, sin desmayos, sin disminuciones.

Sobre todo, exhortaba a que la misa se dijese siempre en buena disposición. Y para compenetrarlos con esta necesidad, les advirtió, en algún momento, que había un sacerdote que no celebraba como debía, y que él había pedido al Señor que no lo dejara celebrar más y que no celebraría más. ¿Habían comprendido?

¿Acaso ellos podían tener las manchas, las pasiones y los errores de los demás? ¿Podían andar por el mundo como cualquiera? De ahí que cuando el Padre Currius, que será su secretario en Cuba, reciba la solicitud de un sacerdote que quería agregarse a aquella misión respondió:

"Si está pronto a servir a Dios, sin interés temporal alguno, entonces puede ponerse en camino", y previniendo que había que estar pronto a todo para servir a Dios, y hasta a dejar la vida si era necesario.

Es probable que el tono de su religiosi-

dad no fuera fácil de seguir, ni de imitar. Era la suya una religiosidad heroica. Vivía con el alma en tensión, en estado de sacrificio, amando el sacrificio.

Un día, por ejemplo, supo que el Obispo de Plasencia había sido desterrado. Para él ese destierro era la gloria. Le escribió una carta de felicitación, de alegría. Aquél sufría persecusiones. "Y, éstas nunca han sido motivo de tristeza, sino de grande contento y alegría para los verdaderos discípulos de Jesús crucificado".

Envidiaba la suerte de los mártires. Y cuando supo que uno de sus misioneros, fué asesinado por la revolución, sólo dijo:

"Me ha ganado la palma".

Y pedía a todos que rezaran para que él también alcanzara el martirio.

El no se tenía sin embargo por excepción, consideraba que era obligación de todos los sacerdotes ser así, y les decía para que meditaran:

"¿Qué agradecimiento no manifestaría la piedra si la pasara Dios de este ser al de planta? Y una planta ¿no lo sentiría si la pasara a ser animal? ¿Y un animal si pasara a ser racional? Nosotros, pues, de la nada, por un efecto de la bondad suma, hemos pasado a ser sus Ministros, escogidos entre todos los hombres para mediar entre el hombre y Dios". Y

para que se compenetraran con esa verdad, añadía:

—**"Videte ne in vacuuum gratiam Dei recipiatis"**. Haced que podáis decir con el Apóstol: **"Gratia Dei in me vacua non fuit"**...

A veces, asimismo, era preciso amonestarlos, porque no todos parecían entender. Y les hablaba entonces a puertas cerradas. Pensaba que era mejor así, para no confundirlos.

Pero se corrieron voces de que conspiraba y los enemigos de la Iglesia lo denunciaron. Se decía que mezclaba la política en los sermones y en Lérida, donde esto sucedió, se recibió orden de investigar.

La respuesta fué terminante y altamente tranquilizadora para las autoridades: sus sermones no trataban sino del Evangelio y sus ideas eran tan puras y santas, que a buen seguro —así se dijo— si todos las siguieran, no habrían más revoluciones, y en los pueblos donde predicaba "todos lo ensalzaban hasta las estrellas"...

Pocos días después, sin embargo, y estando en Torredembarra, dos tiros silbaron junto al púlpito. Y aunque, serenamente continuó su sermón, era evidente que habían querido asesinarlo.

El Arzobispo de Tarragona envió entonces un oficio a los curas párrocos para que desmintieran las groseras imputaciones que se le hacían y declarasen que nunca había interveni-

do en política, que su conducta privada era intachable, sus costumbres edificantes y sus obras conformes a las de un Ministro de Dios. Y se pedía en ese mismo oficio, que se destacara la vida de pobreza, de desinterés, de humildad, de mortificación y de penitencia que llevaba. Pero eran sus virtudes y méritos los que preocupaban y se buscaba por todos los medios impedir su evangelización. Fué por eso, en parte también, que él pensó que debía difundir sus ideas por escrito. Y comprendió además, que a pesar de los esfuerzos que realizaba, su doctrina no llegaba a todos, y que debían recibirla también quienes no iban al templo.

Coincidió este pensamiento con el pedido de las monjas de Santa Teresa, que quisieron que escribiera para ellas las pláticas que acababa de hacerles, para seguir teniéndolas presentes. Y él escribió entonces sus "Avisos a las monjas", que luego pidieron también las monjas de Santa Clara y las Dominicas de Vich, y que llegó a todas, porque a todas las guiaba, a todas les predicaba, dirigía y confesaba a muchas, y a todas podía así recomendar que, como Santa Catalina de Sena, se sintieran siempre en presencia de Dios, ya que les decía que no tener la presencia de Dios era no ser religiosas.

Terminado ese primer libro escribió enseguida el que tituló "Camino Recto". Y de és-

te, el Padre Carasa, de la Compañía de Jesús, decía que no había palabras para elogiarlo y que deseaba que se conociera por todo el mundo. Apenas lo hubo publicado debieron sacarse diez y ocho ediciones en catalán y diez y siete en español, y ya un tiempo después, las ediciones catalanas alcanzaban a setenta, con una suma más o menos de trescientos mil ejemplares y las castellanas a ciento setenta, con casi medio millón de volúmenes. Y comenzaban ya a hacerse traducciones. Fué una obra que se agotaba casi al ser puesta en circulación, cosa que después sucederá con muchas otras, y de la que algún momento se dieron ediciones sin corregir, por lo cual luego estableció tener para sus obras, un cuerpo de correctores.

Era ya el triunfo. Se sumaba ahora su triunfo de escritor a sus triunfos oratorios.

Pero él no buscaba su triunfo. Solamente quería que los hombres no cometieran pecados con la facilidad con que se toma un vaso de agua, por juguete, por risa. Y de ahí que no se diera reposo, ni para escribir, ni para misionar. Vivía obsesionado con los pecados de los que se hallaban en una inconsciencia culpable.

"No puedo aquietarme, —decía— no tengo consuelo, mi corazón se me va tras ellos... La caridad me urge, me impele, me hace andar, me hace correr de una población a otra".

En toda su obra hay esa como gran raíz de piedad. Tenía piedad para los que no en-

tendían y piedad para los que no querían entender; y aunque éstos se burlaran de él, pensaba que lo hacían porque estaban delirantes.

Pero, ¡cuántos por el contrario lo escuchaban con unción y hallaban que "su acento tenía como el temblor del espíritu"! Comentaban sus actitudes, sus gestos, hablaban de su contagiosa devoción, de que su verbo era electrizante, de que su sola presencia magnetizaba. Cuéntase el caso de una monja francesa que aunque no entendía el español, en los ejercicios se puso a llorar, y, que cuando sorprendida entonces la superiora, le preguntó si había comprendido respondió:

"No, no he entendido; pero sentí lo que dijo y me inspiró una gran ternura y compunción"...

Ya los diarios de Madrid empezaban a hablar de ese joven sacerdote de treinta y seis años que estaba conmoviendo a los pueblos de Cataluña y al que éstos seguían con religioso entusiasmo. "Recobra vida el espíritu —decía uno de ellos— al ver que hay todavía en el mundo hombres de bastante virtud como para edificar a sus prójimos y de bastante ciencia como para instruirlos". Y narraban su vida, sus comienzos, contaban sus luchas, destacaban su erudición, que llamaban "fabulosa" y sus virtudes que conmovían a unos y

alarmaban a otros. Lo declararon benemérito y lo compararon a Vicente Ferrer.

Pero él huía de los orgullos y las alabanzas no le llenaban. Decía que tenía horror al placer que dan las cosas que salen bien...

Así, en las horas culminantes de las misiones, cuando después de haber sido atacado, recibía los frutos de su predicación, confesaba que una gran tristeza invadía su espíritu, y consideraba que era Dios mismo, quien, por su especial Providencia, se la hacía llevar como lastre, para que el viento de la vanidad —así explicaba— no le diera un vuelco.

Es que él cuidaba su humildad como un tesoro. Cuanto más se le aplaudía, más se prosternaba y se humillaba.

—"No soy sino la sierra en manos del aserrador, exclamaba.

Y cuando los pueblos se inclinaban ante su oratoria y ante su virtud, él más se daba a la humildad, más la buscaba, más se empeñaba en las virtudes, diciendo que después de quince años de esfuerzos para ser humilde, todavía no lo era. Y leía para ello a los doctores ascéticos y las vidas de los santos; hacia dos exámenes de conciencia cada día, se disciplinaba y se humillaba. Porque creía que la humildad era algo más perfecto, que no había alcanzado y así, decía:

"El verdadero humilde debe ser como la

piedra, que, levantada en lo alto del edificio, gravita siempre hacia abajo".

Después de aquellos primeros folletos escritos para las monjas, siguió ya siempre escribiendo. Fueron publicados sus "Avisos para los Sacerdotes", "para las Doncellas", "para las Casadas", "para los Padres de familia", "para los Militares cristianos", "para las Colegialas"; sus "Máximas de la moral más pura", "Los tres estados de alma", "Necesidades y métodos de meditación", "La Puerta del cielo", "La Verdadera Sabiduría", "Máximas escritas por el reverendo Antonio Claret", entre muchas otras obras. Y de algunas llegaron a imprimirse hasta cuatrocientos mil ejemplares.

Hacía de este modo su obra social que completaba con fundaciones de gran importancia cuya finalidad era siempre la de guiar.

Entre estas fundaciones algunas tuvieron en el público un éxito inmediato. Así ocurrió con la "Sociedad espiritual de María Santísima contra la blasfemia", en la que tantos quisieron inscribirse y comprometerse a seguir sus preceptos, que se llegaban en avalanchas al presbiterio, en el deseo de encabezar las listas y, muchos saltaban las barandillas, con el entusiasmo que la fundación despertara en éllos.

De ahí que Pío XII, al hacer luego el elogio del Santo, y al recordar entonces su vida tan sembrada de persecusiones y de actos he-

roicos, al decir también de los dones de su alma privilegiada, habla de esa generosidad con que él correspondía a la voz divina y muestra cómo esto lo elevaba sobre el nivel común.

Desde ese momento va a escribir, de modo no interrumpido, hasta la hora de su muerte. Y la mayoría de sus libros, traspasando las fronteras y traducidos a distintos idiomas, fueron leídos también en otros países. Escribió obras morales para los pueblos, obras que llegaran a todos los hombres, que todos entendieran y que a todos pudieran hacer bien. Entre otras, publicó, "Consejos santos y saludables para arreglar bien las acciones", "Resumen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran a la perfección", "Respeto a los templos", "Recopilación de doctrinas para confesores que a todos los sacerdotes presenta el Reverendo don Antonio Claret", "Ejercicios espirituales preparatorios para la Primera Comunión", "La necesidad de la instrucción", que fué considerado un plan de gran fuerza catequista, "Vida de Santa Mónica", "Verdadero retrato de los neofilósofos del siglo XIX", y como obra maestra del género, así se afirmó "Los ejercicios espirituales de San Ignacio".

Escribió además sus catecismos: el "Catecismo explicado" y el "Catecismo menor" que fué adoptado en España, donde el Obispo Casadevall los juzgó admirables, diciendo: "des-

de su aparición ha cesado la duda que los distintos catecismos creaban en los instructores" y añadiendo que "había que dar gracias al Altísimo por haberse dignado depararnos el catecismo de Mosén Claret", pues consideraba que lo había escrito guiado por Dios. Otros sacerdotes, sin llegar a tanto, dijeron que hizo avanzar la enseñanza de la Religión a una perfección hasta entonces insospechada. Y después, en Roma, habrá quien considere su catecismo digno de ser propuesto a todos los pueblos del mundo.

Asimismo no mencionamos sino una parte de lo que escribió Claret. Y lo damos sin orden alguno, y solamente para mostrar su faceta de escritor, de propagandista de la fe, de luchador cristiano.

Escribió muchísimo; y lo hacía de un modo vertiginoso, y tanto, que, en cierto momento hizo exclamar al Padre Manubens:

—"¡Los ángeles le habrán ayudado, porque es imposible que en una sola noche haya escrito un libro!".

Y esa obra amplísima, encendida de fe, ha quedado como prueba de su perfecta posición de apóstol, pues es la obra de un escritor sagrado que no abordaba en ningún momento sino los problemas que correspondían a sus claros caminos. Sin embargo, cuando estalló la

guerra de Cataluña, quiso ignorarse su posición y se le acusó de faccioso, por lo cual hubo que mantenerlo de nuevo alejado, en un pueblo llamado Alforja, de un aislamiento que equivalía a un destierro.

Y el Santo no quería sino paz; paz entre todos, solamente paz. Todo en él era piedad, todo comprensión. Y no aspiraba sino a tener más piedad aun, más amor.

"¡Oh Madre del Divino Amor, —exclamaba así,— no puedo pediros otra cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor!".

En su generosidad quería amar más todavía, ayudar siempre, salvar a todos. ¿Por qué complicarlo en las miserias humanas? ¿Acaso no se le conocía suficientemente?

Pero el Padre Puigdessens, tantas veces citado, sostuvo con autoridad:

—"Poseía uno de esos corazones que parecen estar agitados por ráfagas de Pentecostés"...

Estaba ya por terminar su prédica en Cataluña, la cual se había prolongado siete años. Andaba cerca de la frontera francesa, por los senderos serpenteantes de los Pirineos, cuando encontró deshecha una de las cruces limítrofes, que al decir de Jacinto Verdaguer, estaban tan primorosamente labradas, que parecían erigidas por los mismos ángeles.

El quedó desolado; y cayendo de rodillas junto a aquellas piedras, que durante cuatro-

cientos años habían sido guía y consuelo de los caminantes, exclamó:

—"¡Santa cruz, cruz de Jesucristo! ¿A quién perjudicabas en este valle de dolores?

¿Es posible que manos cristianas te hayan derribado al suelo? ¿Es posible que te hayan destrozado los hombres ingratos a quienes redimiste, hijos crueles a quienes diste vida?".

Y largo rato rezó junto a los trozos sagrados.

Pasó después de la oración al propósito de levantar una cruz inaccesible a todas las injurias y visible a todos los ojos. Buscó una cumbre a la que ninguna otra hiciera sombra, y una cumbre que pudiera verse de los pueblos que él más quería. Y venciendo dificultades, que significaban escalar la cima altísima, la plantó sobre el pedestal de la montaña.

Esa cruz de Claret fué la que llamó Verdaguer, "cruz del camino del cielo", y la que Balmes quiso llevar grabada en la hora suprema, diciendo:

—Abran la ventana, para morir mirando la cruz de Montseny.

Pero, cada acto realizado por el misionero aumentaba el disgusto de las autoridades civiles, manteniéndose así un permanente conflicto con la iglesia, y por esto, después de algunas cartas cambiadas entre el Arzobispo de Tarragona y el Obispo Caixal, quedó resuelto que pasara a misionar las provincias del centro de España y fué entonces, cuando el Obis-

po Codina lo invitó a predicar en su diócesis, en las Islas Canarias.

Hubo que hacer una tregua, por enfermedad del misionero, y en esa espera proyectó y fundó la Librería Religiosa, obra que dejó en marcha antes de embarcarse, y que llenaba una urgente necesidad, porque la falta de editoriales demoraba su densa producción literaria y la de muchas obras de propagación de la fe de Cristo. Su iniciativa fué pues un acierto, y su éxito inmediato así lo probó, como también las numerosas obras que fueron publicadas y el efecto que ellas produjeron en toda España.

Planeó también dos formas de asociaciones religiosas. Una de ellas, la primera, similar a la actual Acción Católica, que aun no existía ni había sido proyectada en ningún lugar de la tierra, fórmula que entusiasmó al Obispo Caixal, pero que rechazó el Arzobispo de Tarragona, y de la que sólo quedó su manuscrito, guardado en el archivo del primero.

El segundo proyecto fué el de "Las religiosas en sus casas, o Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María", inmediatamente aceptado en todo el mundo.

Luego emprendió su viaje demorándose en cada pueblo de España hasta llegar a su destino, porque no pasaba en vano por ningún sitio, sino que en cada uno dejaba su enseñanza y su ejemplo, que era también una enseñanza.

Pero, sobre todo, su presencia en las Islas Canarias fué como una bendición. Transformó todo, haciendo pasar por aquellos lugares como un soplo milagroso.

Se lograron numerosas conversiones y de los más empedernidos pecadores, se legalizaron uniones, terminaron los escándalos públicos y privados, se reconciliaron los enemigos y hasta se hicieron restituciones de dineros mal adquiridos.

La gente se prosternaba a sus plantas en la calle, le besaba el anillo y pedía la bendición; las iglesias se colmaban de público, los sermones eran religiosamente escuchados, y se hablaba de él en todas partes con elogio y devoción. Pero un joven, en medio de aquel entusiasmo, se burlaba del misionero.

Es verdad que era en su casa, entre los suyos, pero lo hacía con ironía, e imitaba sus predicaciones con el dedo en alto, a la manera del Santo, cuando un viento súbito arrancó la puerta de la habitación, y tronchó aquel dedo.

Fué el primer episodio aleccionador que sucedía en aquellas tierras, y que impresionó más todavía, porque en el mismo instante el misionero anunciaba el castigo desde el púlpito, diciendo que se daba para que ninguno tomara a risa la misión.

Iniciaba la gira mostrando su poder sobrenatural, devolviendo la vista a los ciegos, curando a los moribundos.

Tal fué el caso de un niño que estaba gravísimo, que no levantaba la cabeza de la almohada ni podía tomar alimento; y el Santo llevado junto al lecho del pequeño, díjole únicamente:

—"Pronto estarás bueno".

Y el anuncio bastó para que así fuese, y para que el niño que ya no hablaba, pidiera levantarse, y como sus padres aterrados no se animaban a complacerlo, se vistió solo y se fué a jugar al patio, completamente sano y fuerte, como si nada hubiera pasado. ¿No era para encender la devoción dormida de aquellas poblaciones?

Pueblos enteros esperaban turno en su confesionario. Se daban números, se ponían guardias, para mantener el orden y, pacientemente volvían una y otra vez los que no podían ser atendidos.

—"¡Padre, dijo alguno, hace seis días que tengo mi casa abandonada!".

Otros callaban, aunque hubieran cerrado sus casas y sus negocios, aunque dejaran sus cosechas sin recoger, aunque pasaran los días acampados en las plazas con sus canastos de frutas y sus meriendas y a la noche regresaran por la negrura de los caminos con hachas y faroles, aunque fueran castigados por ello, como sucedía a los soldados que por escucharlo, faltaban a sus deberes militares.

Reparó el misionero en alguno de ellos y dijo al guardián:

—"Procure que éste sea mañana el primero, porque lleva esperando once días...

En Agüimes asaltaban su confesonario. En algunos lugares hubo que rodearlo de un andamiaje de madera para protegerlo del entusiasmo popular.

Le llamaban el "Padrito". Afirmaban allí también, que la lluvia no lo mojaba, que el fango no lo ensuciaba, que no dormía, que su voz había sido escuchada por unos pastores a dos kilómetros de distancia. Se decían mil cosas maravillosas.

Y el Doctor Barjau dijo que él vió de cuatro a cinco mil jinetes acompañarlo de una población a otra. Los pueblos lo seguían en procesión hasta mitad del camino, donde otro pueblo lo esperaba de rodillas, con rezos y cantos.

Hacían trizas su sotana para guardar una reliquia suya, por lo cual más de una vez debió exclamar:

—"¡Me vais a dejar sin sotana!"...

Pero, es que ya lo habían visto descalzo por los caminos con una aureola de luz en la cabeza...

Los isleños andaban de sorpresa en sorpresa.

El predijo las cosechas buenas y malas. Anunció que los campos se cubrirían de espinas y que luego esto haría la riqueza de la

isla. Y así aconteció, apareciendo la cochinilla roja, que hizo su prosperidad. Dijo de una gran epidemia que vendría, pronunciando estas terribles palabras:

—"No habrá hijos para padres ni padres para hijos". Y dos años después, el cólera causó seis mil muertes.

Profetizó la "humillante" caída de Napoleón III, y la caída de Isabel II.

Los pueblos lo esperaban engalanados. Su entrada en Araucas fué comparada a la entrada de Jesucristo en Jerusalem.

En Las Palmas se le recibió con aclamaciones, con los niños vestidos de ángeles y con ramas en las manos como a un salvador. En las calles se levantaron arcos triunfales, las calzadas se alfombraron de flores, los balcones se adornaron con tapices, en las plazas se quemó incienso en hornillos y se prendieron fuegos de artificio. La gente gritaba: "¡Viva la Religión de Jesucristo! ¡Viva María Santísima! ¡Viva el Padre Misionero!".

Sin embargo fué en San Nicolás donde hizo el más bello de sus milagros.

Era un pueblo pequeño, ignorante, sin fe, con su iglesia abandonada. Y en aquel pueblo no había hostias. Y el Santo dió la comunión a todos como lo habría hecho Jesús.

Era uno de sus últimos días. Ellos lo se-

guían en una tarde de fuego, como habían sido todas las de aquel verano. Andaban por un camino polvoriento que afixiaba, y no querían volverse aunque el Padre se lo pedía. Los campos estaban amarillos, los arroyos sin agua, y sin quejarse sufrían sed.

Así llegaron a una fuente que estaba desde hacía tiempo agotada, y en la que él dijo que bebieran. Y bebieron todos, porque el agua brotó enseguida abundante, derramándose como si fuera invierno.

—¡Bendito sea Dios que ha usado con nosotros su misericordia; alabada sea la Santísima Virgen que ha interpuesto su poderosa mediación en nuestro favor! exclamaron. Y con palabras fervientes y seguras hablarán de sus milagros a las nuevas generaciones.

Se iba después de llevar a todos a la fe. Pero uno asimismo seguía rechazando su doctrina. Y algún día él mismo explicará su caso a algún sacerdote, y lo narrará de esta manera:

—"Ha de saber que yo vivía mal, muy mal; que tenía pecados ocultos que por nada quería confesar, y que sólo fuí a oir al misionero por curiosidad. El predicaba y el público estaba apiñado en la iglesia. Pero, en lo más fervoroso, dijo, y yo lo oí: que venga el hombre que me falta"...

El hombre comprendió que se refería a él;

pero no fué, porque sólo había ido por curiosidad.

Volvió a oirlo. Y el llamado fué exacto. Pero él no se dió por aludido.

La última noche, ya sin poderse sustraer al interés, volvió a presentarse en el templo. Y la voz clamaba por él.

—"¡Que me voy y el hombre no viene!" decía.

Y confesó el pecador que, al terminar, se sintió obligado a acercarse al sacerdote, y que ambos se abrazaron, "él llorando y yo también", dijo. Y que el misionero emocionadísimo le había dicho entonces:

—"¡Cuánto te he llamado; mas, al fin has venido!".

De vuelta a España volvió a ocuparse de la Librería Religiosa, que dejara en manos de los Padres Caixal, Palau, Soler y Currius, pero que reclamaba asimismo su presencia. Se presentaban problemas que debían ser resueltos por una voluntad enérgica, y nadie mejor para ello, que la de quien había concebido el plan, además de regalar la mayor parte de los libros que se imprimían.

Por otra parte, había pensado ahora que las grandes editoriales, debían intercalar en la producción de cada año, algunas obras católicas. Consultó su proyecto con destacados sacerdotes, y el Padre Balmes, secundándolo, se

apersonó a uno de los editores, proponiéndole escribir él mismo una obra, **la novela ideal,** así decía, que comenzó, aunque nunca llegó a darle fin.

Parece, según muchas versiones, que la producción religiosa de aquel momento, dada en gran escala, estaba revolucionando las costumbres. El mismo, siempre tan parco para hablar de sus cosas, escribía a alguno de sus colaboradores, diciéndole que, cuando debía visitar por algún motivo al Nuncio o al Ministro de Gracia y Justicia, estos abordaban el tema de dichos libros, a los que tenían por un acierto genial.

Y el mismo Pontífice, en algún momento va luego a aplaudirlo y dirá:

"Veo que tus esfuerzos han sido coronados por el más feliz éxito, pues la experiencia de muchos atestigua que las Iglesias de España han reportado de tu obra muy grandes ventajas y beneficios".

Y se recuerda que alguno de los principales del reino, al volver de una larga recorrida por distintas provincias, llegó a Madrid llevando la noticia de una gran mutación de costumbres —tales sus palabras— y que afirmaba que, habiendo preguntado en todas partes la causa del beneficioso cambio, invariablemente se le había respondido que era debido a los libros del Padre Claret. De ahí que en Madrid ya todos quisieran conocerlo y muchos lo visitaran y hasta los mismos reyes le

mandaran ofrecer una audiencia. Y él solamente decía a todo esto: "Non nobis"...

Por otra parte, acababa de recibir la noticia de que en las Islas Canarias, gracias a su influencia, se había fundado la "Confraternidad del Purísimo Corazón de María", similar a la que él estableciera en Cataluña. Y ahora, durante su breve permanencia en España, creará la "Hermandad de la Doctrina Cristiana", y en otro orden de cosas, más espiritual, si así cabe decirlo, dejará establecido el Mes de María.

Pero, su gran obra y, que podrá considerarse su obra cumbre, va a ser el Instituto de Misioneros, Congregación de apóstoles para la que pidió ayuda a la Virgen, ofreciéndole ocupar el último puesto, por considerarse con ello ya excesivamente colmado.

Escribió pues, a Roma, pidiendo poderes especiales para quienes serían sus compañeros de cruzada, los padres Soler, Passarell, Puigllat, Aguilar, Bach, Gonfaus, Sala, Subirana, Batlle y Vincens. Sólo que él pedía gracias que no se daban así a muchos, sino a uno solo, y a él le habían sido otorgadas hacía tiempo, "Ad-honorem", por lo cual se le decía que era ahora él, quien podía dárselas a los otros, en conjunto o separadamente y cuando conviniera y por el tiempo que dispusiese. Pero esta organización debió ser demorada a causa de la guerra civil, y cuando llegó el momento

de iniciarla, muchos de los sacerdotes dispuestos para la fundación, estaban en otra cosa, o se habrían ido, y solamente de ellos estuvo a su lado el Padre Esteban Sala.

Esta obra, su "Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María", en la que volcará sus energías, su inteligencia, su voluntad privilegiada, ese don creador, que tanto lo distinguía y, su devoción a la Virgen, dice por sí sola de su gratitud y de su fidelidad a la Madre de Dios.

En su Autobiografía han quedado algunas líneas que son de promesa y de agradecimiento, y que muestran ya el plan concebido, que fué llevado a cabo en toda su integridad: "Yo me digo a mí mismo:

Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad, que abrasa por donde pasa, que desea eficazmente y procura por todos los medios encender todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, en sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas".

Era un programa precioso y tremendo, alto y difícil, sacrificado y espléndido. Y algún día dirá el Padre Clotet, que sorprendió a to-

dos, porque ninguno, fuera sin duda de ellos mismos, podía explicarse tanta grandeza de propósitos en medio de tan humilde sencillez, de manera que comentaron:

—"Sería un espectáculo digno de la admiración de los ángeles."

El 16 de Julio de 1849 se reunían seis sacerdotes en una pieza de seminarista, con muebles prestados, dos largos bancos, una silla para el presidente, una mesa de pino con un crucifijo, y en la pared, una copia de la "Madre del Divino Amor". Allí estaban con el Padre Claret, los Padres: Esteban Sala, José Xifré, Jaime Clotet, Domingo Fábregas y Manuel Vilaró.

Insistieron en que el Padre Claret presidiera, aunque él no quería. El los había invitado y los había reunido, y obedeció.

Habló con palabra exaltada de esperanzas y de deseos, y dijo: "Hoy comienza una gran obra". Era una obra extraordinaria, que debía extenderse por España y por el mundo, grande entre las más grandes. Y así ellos también lo comprendían. Sus pasos no se detendrían en ninguna frontera, no sabrían de obstáculos, ni de límites.

Sin embargo el Padre Vilaró, se animó a insinuar:

—"¿Y cuál puede ser su importancia, siendo nosotros tan jóvenes y tan pocos en número?"...

—"Si somos pocos —fué la respuesta de aquel fundador iluminado— resplandecerá más grande el poder de Dios"... Y añadió: Usted no lo cree, pero ya verán, ya verán...

Ese fué el comienzo de la fecunda obra. Y desde entonces se inició para ellos la que sería vida de dolores y consuelos, como lo dijo Clotet.

"Quizá la parte humana amortigüe algo el resplandor de la intervención divina; quizá la acción de la gracia, sublime con extrañeza el proceder de la criatura", escribe su biógrafo P. Cristóbal Fernández. Son dos aspectos extremos, que casi se oponen y que sin embargo completan su figura y hacen su armonía.

Vivía Claret en la mayor actividad, planeando, creando, fundando, organizando, en permanente lucha, en permanente espíritu de misión, como escritor, como predicador, como confesor, y de ahí, casi sin transiciones, pasaba a la vida de oración y de éxtasis, vida de recogimiento, vida mística. Se le llamó "combatiente iluminado", "hombre predestinado para la lucha" y en verdad que recibió los consejos de la Virgen y escuchó la voz de Dios.

Inesperadamente para él es nombrado entonces Arzobispo de Cuba. Confiesa que quedó espantado: se consideraba sin ciencia ni vir-

tudes para ello, y además tenía horror a las dignidades; por eso no quiso aceptar.

Y solamente enteró del asunto al Padre Sala. Los demás misioneros ignoraban el caso. No quería entristecerlos inútilmente. Pero desde Madrid se insistía. Llegaban cartas del Nuncio, y del señor Arrazola, que era Ministro de Gracia y Justicia, y aun de otras personalidades. El se excusaba, demostrando, además, que no podía abandonar sus obras. Se llegó a mencionar entonces que en el Instituto de Misioneros podía reemplazarlo el Padre Sala. Y se dijo que, sin pronunciar la palabra "mando", se hacían las más enérgicas insinuaciones. Ya todo parecía perdido.

En algún momento los misioneros llegaron a enterarse de lo que sucedía, y desolados se apersonaron a él. Hablaron como hermanos, y él les dijo: "¿No les parece a VV. imposible que me hayan nombrado arzobispo?"... Pero quedaron más tranquilos, porque él sostenía: ¿Acaso un nombramiento no se puede renunciar?... Y como siguió barriendo los cuartos, como antes, atendiendo a los enfermos, creyeron que no se iría.

Entonces se hizo intervenir al superior jerárquico, el Obispo de Vich, y Claret tomó entonces una actitud de obediencia. Consultó con algunos sacerdotes: con Bach, Sala y Soler. Y se retiró a su celda "a tratarlo con Dios", y como dijo, a resignar el alma para el duro sacrificio. Al fin contestó:

—"Digo que humildemente acepto el Arzobispado de Cuba"...

En la plaza mayor de su pueblo se reunieron para despedirlo, y él volvió a decir allí, que había aceptado sólo por obediencia, y que era una carga pesadísima la que Dios había puesto sobre sus hombros, y que sólo podría llevar si El hacía de Cireneo.

Así se lo oyó decir el Obispo Codina, que tomó nota de ello. Y en verdad ninguno desconocía que significaba para él un sacrificio.

Pero hacía los preparativos sin quejarse, aunque con tremenda tristeza.

"Ayer tuve tentaciones de muerte", llegó a decir.

"Necesito de todas las áncoras de la oración para no naufragar en la tormenta en que me hallo".

Y mientras se ocupaba de prepararlo todo para tan larga ausencia, de todas partes se le pedían reglas, estatutos, planes, disposiciones, pasando cuatro meses en ese ajetreo, mientras las autoridades disponían su partida, y tan apenado, que enfermó gravemente, y estuvo a punto de morir.

Los Hermanos estaban, como él, en gran desolación, y como ellos, todos esos pueblos donde era venerado. Y en ese estado de alma llegó el momento de la despedida.

Era en los días Santos. Estaban en la no-

che del Jueves, reunidos para separarse. Se encontraban, además de sus misioneros, el Padre Bach y el Padre Caixal y los sacerdotes que iban a acompañarlo a Cuba. Después, varios de ellos narrarán las escenas de esa noche dolorosa y solemne.

El pidió que le fuera concedido un favor, el último, y en nombre de todos, lo concedió el Obispo Caixal. Pidió besarles los pies...

No podía consentirse... Pero estaba prometido...

El Santo se arrodilló ante ellos. Su cabeza bajó hasta el suelo. Estaban desolados, avergonzados, y no podían impedirlo. Y con lágrimas dejaron que besara sus pies.

Cuando hubo terminado aquel acto piadoso, el Padre Xifré rogó en nombre de todos, que a su vez se les permitiera hacer a ellos lo mismo con él. Pero solamente consintió que besaran su crucifijo.

Mucho tiempo se acordarán después del sufrimiento que significó para todos dejarlo humillarse. Se acordarán también del ejemplo que les dió.

Muchas veces habrán debido decirse que no habían podido pagar su acto de humildad.

Tuvieron que pensar en Jesús, cuando lavó los pies de los Apóstoles... Pero asimismo estaban tristes.

Sin embargo, aquella humildad no podía

ser para ninguno, una sorpresa. Como dice Pío Zabala en su obra, él la observaba en los doce grados que quería San Benito, interior y exterior.

Pocas eran así las palabras que pronunciaba, siempre en voz baja y conformes a la razón; no empleaba, ni tenía evidentemente, facilidad ni prontitud de risa; callaba hasta ser preguntado y se tenía por el peor de todos; conocía sus defectos y los confesaba; estaba pronto siempre para obedecer en las cosas duras y tenía paciencia en las ásperas; se sujetaba al mandato de sus superiores y no hacía nunca cosa alguna por voluntad propia; pero, sobre todo temía a Dios y obedecía su Santa Ley.

Como Arzobispo de Cuba iba atravesando tierras españolas para llegar a su destino, cuando en una de las ciudades en que se detuvo, el azar hizo que lo conociera el que va a ser luego, biógrafo suyo, Monseñor Aguilar.

En el colegio en que había pasado la noche, se había designado a un estudiante para que lo acompañara hasta la estación del ferrocarril, y el muchacho tomó aquel paquete de ropa, que constituía todo su equipaje, y anduvo a su lado, sin saber con quien iba.

Y dice así Monseñor Aguilar: El cura llevaba una sotana y un balandrán muy usados y hasta con algunos remiendos, aunque muy limpios. Pero se veía que era pobre y sencillo.

El, sin embargo, por cortesía, al llegar a

la estación, preguntó al sacerdote en qué clase viajaría. Y aquél no pudo informarlo. "Me han dado seis reales", fué lo que dijo. Porque viajaba de limosna, y quién sabe si subía por primera vez a un tren. Por lo cual el estudiante, que no era rico tampoco, sacó un billete de tercera.

Y él explica, que, sin saberlo, acompañaba en ese momento a Antonio María Claret, que ya era Arzobispo de Cuba, y el cura más venerado de los pueblos de Cataluña y de Canarias, y famoso ya en toda España.

Unas horas después, las iglesias de Barcelona estaban repletas de público. Se le quería escuchar una vez más, y se le escuchaba ahogando los sollozos y con la garganta anudada.

Partía para una larga misión. Iban con él nueve sacerdotes, cuatro civiles y diez y ocho hermanas de caridad. La despedida fué grandiosa. Un gentío compacto invadió las calles y los muelles, rezando en alta voz, arrodillándose a su paso y agitando luego los pañuelos hasta perderlo de vista.

Los viajes tenían todavía algo de aventuras, y en la ciudad quedó flotando una gran inquietud. Dos meses, por lo menos, tardaría en llegar a su destino, según los vientos, según las tormentas. Bailaría el barco peligrosamente batido por la furia de las olas, o quedaría días y días, con sus velas lacias, en un mismo punto.

El empleó aquel tiempo en llevar almas a Dios. Predicó, dió conferencias teológicas, morales y ascéticas; se celebraron dos misas cada día. Se rezaba el rosario a la tarde. Dió misiones a los marineros, éstos se confesaron y comulgaron todos. Y tuvo el viaje un tono de religiosidad perfecta.

Cuando llegó a Cuba, esa isla rica que atraía a los aventureros con sus cuantiosas posibilidades de fortuna, comprendió que debía cumplir una misión social, además de la religiosa. Se había constituído allí una sociedad cosmopolita, que desdeñaba a los nativos, que se servía de ellos como de animales domésticos, que los tenía doblegados bajo sus voluntades injustas, que los negociaba como a objetos, que los hacía trabajar a latigazos y los dejaba vivir en una absoluta miseria. Y esta gente poderosa tenía la complacencia o la tolerancia de las autoridades, cuya política era también recia y de incomprensión. Y no recibía tampoco la sanción del clero, porque en aquel ambiente inmoral, los sacerdotes recibían las dignidades eclesiásticas sin estudios ni merecimientos. comprando los títulos, o con títulos regalados, y lógicamente ninguno sabía cumplir sus altos deberes.

Así, desde el comienzo, el Santo encaró aquellos tremendos problemas, sobre todo, el de la esclavitud, el de la inmoralidad y luego la reforma del clero.

Atacó valientemente a los culpables de la depravación, sin preocuparse de sus fuerzas ni de los odios que iba a despertar. Defendió a los oprimidos, y habló de libertad y de derechos humanos, en medio de quienes pisoteaban esos derechos y negaban todas las libertades. Se ocupó de los niños abandonados, que allí existían en proporciones no halladas en ningún otro lugar. Hizo la defensa de las mujeres negras, de esas víctimas de los aventureros europeos, hombres blancos que formaban con ellas hogares de paso, pero despreciándolas y abandonándolas sin legalizar sus uniones, sin reconocer a sus hijos, y creando con ello el problema de la raza mestiza, ignorante y miserable, y a la que el hambre terminaba por llevar a la delincuencia. La acción del sacerdote indignó a quienes no querían que se pronunciara la palabra "igualdad", y a quienes no convenía que se iniciara la justicia. Sublevó que hiciera codear en su confesionario a los ricos lugartenientes y a las damas encopetadas, con sus propios esclavos. Y fué mal vista y comentada su respuesta a una señora que le pidió su apoyo pecuniario para comprarse una esclavita, y a quien él respondió

—"Señora, yo no tengo esclavos, ni dinero para comprarlos".

El Arzobispo adoptó una posición que significaba romper con las costumbres locales, que era iniciar su misión contando sólo con la bue-

na voluntad de los débiles, y con el más fuerte sector social, no ya solamente resentido y disgustado, sino en abierta lucha con quien no hacía caso de sus intereses.

Pero su voluntad era firme, sus sentimientos piadosos, su conciencia clara, y comenzó dispuesto a hacer la defensa de los miserables, costara lo que costase.

Su campaña fué intensa en fundaciones y en prédicas y para cumplirla, dió lo que se necesitaba y dijo lo que había que decir.

Asimismo muchos persistían en su error y sostenían pruritos de clases. El trataba de convencerlos, aunque en algunos, los intereses dominaban siempre a la razón. Y al conversar un día sobre el punto con un magnate, dueño de grandes ingenios y numerosos esclavos, éste le echó en cara esa benevolencia para con los negros, que no podía explicarse. Sus puntos de vista eran opuestos y ciertamente no podían entenderse. Entonces, en un momento, el Santo tomó dos pedazos de papel, uno blanco y otro negro, los quemó a la vista del plutócrata y después de mezclar las cenizas, le dijo a quien acaso nunca pensara en la igualdad de la muerte:

—'Así, ante Dios, somos todos iguales".

Y para hacer efectiva esa obra social que cumplió, y desde luego, su misión apostólica, el Santo recorrió la isla cuatro veces en los seis años que la habitó. Y lo hizo sin darse des-

canso, ni detenerse nunca ante ningún obstáculo.

Y allí se añadía al problema de los hombres, el de esa tierra áspera, a veces casi virgen, con zonas apenas holladas, con enormes despoblados, y por ello tan grandes distancias entre pueblo y pueblo, que con frecuencia la luz no le alcanzaba para llegar a su destino, por lo cual pasaba las noches tirado sobre el suelo de los caminos. Llegó a cruzar un río treinta y cinco veces, a causa de sus vueltas, y su misión fué cumplida asimismo, porque las dificultades no impidieron que llegara a aquel pueblo perdido en la maraña, quién sabe si para salvar diez almas, o dos, o una...

No lo detuvieron nunca ni los soles abrasadores, ni los vientos que soplaban aires de horno, ni la atmósfera irrespirable, con grados no alcanzados en los termómetros españoles, ni las lluvias implacables, ni esos cielos que parecían volcarse en rayos, ni la amenaza tropical de las fiebres y las pestes, ni la luna maléfica.

"Fuego y calor, bendecid al Señor; frío y calor, bendecid al Señor", así se habrá dicho al llevar el Evangelio a todos los lugares, al escalar montañas, o al bordearlas a mitad de altura por senderos estrechos en los que nadie podía arriesgarse, sin hacer sonar antes un cuerno marino y esperar la respuesta, porque un encuentro era allí la muerte. Por amor a Dios y para hacer amar a Dios, cruzó bosques

espesos como muros, penosos a la marcha, desgarradores a causa de sus ramas, de sus espinas, inquietantes, y que guardaban siempre la posibilidad bárbara y desconocida.

Estaba en una de sus primeras misiones. Lo acompañaban algunos de sus sacerdotes y una pequeña comitiva de fieles isleños, cuando fueron detenidos por un río desbordado. Las tartanas no podían cruzar las aguas turbulentas, los mayorales se sentían responsables y querían dar vuelta y los mismos caballos, presintiendo instintivamente el peligro, se encabritaron. Y sin embargo el Arzobispo, dijo que tenía que seguir, que lo esperaban.

Pero el río corría impetuoso llevando troncos y ramas, y hubiera sido la muerte entrar en su corriente.

—"¡Es preciso pasar!" fueron las palabras que pronunció de nuevo, insistiendo. Y sin embargo, no se movían las tartanas, los caballos parecían clavados en el suelo, los mayorales temían.

Entonces se oyó un ruido fortísimo como de cascabeles, y sin explicárselo, de pronto, milagrosamente, se encontraron todos en la otra orilla.

Y así siguió su apostolado.

Predicó con energía. Corrigió, censuró y ayudó. Empezó por dar moral al clero, a esos

sacerdotes que no tenían sentido de su misión, que vivían en familia, que no llevaban hábitos, que oficiaban en cualquier comercio, en cualquier choza, y dejaban cerradas las iglesias. Y les dió ejercicios, les enseñó dignidad y los llevó al camino de la Ley.

Eran indolentes, ignorantes, lerdos para entender, acaso porque habían tomado el sacerdocio como un oficio cualquiera. Muchos aprendieron y cambiaron de hábitos; otros, sin embargo, siguieron en lo mismo, y así, al entrar una tarde a una iglesia, encontró que un simple sacristán dirigía el rosario.

El se arrodilló junto al buen hombre y rezó lo que correspondía al cura. Lo hizo sin decir una palabra, sin hacer un gesto. Luego, al terminar, mandó decir al cura que cuando sus ocupaciones fueran tantas como debían serlo en aquel momento, le mandara avisar, porque él, con mucho gusto, lo reemplazaría.

Comprendió no obstante que había que dar a los sacerdotes una formación sólida, que había que reorganizar para ello el Seminario, donde muchos estudiaban, no con intención de seguir el sacerdocio, sino para aprovechar sus lecciones; preparó un programa nuevo, un completo y fundamental plan de estudios, poniendo allí a profesores de condiciones y dando la dirección de todo al Padre Barjau.

Además fundó escuelas de primera y segunda enseñanza; escuelas especiales para ni-

ñas; otras escuelas en las casas de caridad para la gente que protegía, y además, escuelas en las cárceles, en las que se enseñaba no sólo las materias primarias y religión, sino también oficios mecánicos.

Fundó Cajas de Ahorros para mujeres pobres, viudas y solteras. Y creó el primer establecimiento de previsión social de la América Latina, como se ha dicho.

Fundó bibliotecas y repartió gratuitamente y a su costo, numerosos libros, para ayudar a dar buenas lecturas, sacando de la circulación los libros perniciosos, que quemaba en fogatas públicas.

Por otra parte, fundó cofradías, construyó capillas y reconstruyó iglesias, corriendo con los gastos de todas sus obras.

Su apostolado, que extendía en tantos sentidos y de tantas maneras, iba tomando proyecciones alentadoras. En algunos pueblos se confesaban ya quinientas personas por día. En otros más numerosos se utilizaron ya hasta cuarenta sacerdotes, los que sin embargo, no alcanzaban para confesar, aunque lo hacían de la mañana a la noche. La gente pedía confesión hasta en la calle. Y el Padre Vilaró dejó constancia en su diario íntimo, de que alrededor de cada uno de ellos se formaba un muro humano que no los dejaba caminar.

En el Cobre, una población de tres mil habitantes y, adonde, a su llegada existían úni-

camente diez o doce matrimonios legítimos, se casaban ahora de treinta a cuarenta parejas por día, de modo que como se comentaba, a un tiempo se casaban los hijos y los padres.

En Morón, otro de los pueblos, llegó a dar miles de comuniones no sólo a los habitantes de la villa, sino también a los campesinos que acudían a escuchar la palabra santa, y más de una vez tuvo que interrumpir los sermones para consolar a la gente que lloraba arrepentida.

En Bayamo, la comunión duraba toda la mañana, y de tal modo la población había cambiado de costumbres, que el Padre Vilaró escribía con gracia y verdad: "Se ha verificado en ésta una revolución religiosa".

Y ahora, como en Cataluña, como en Canarias, los pueblos salían con músicas y palmas a su encuentro, y al irse lo acompañaban a pie durante leguas y a veces formándose cortejos de miles de jinetes.

Sin embargo, algunas de estas jornadas fueron distintas y hasta bravas. En Puerto Príncipe, por ejemplo, acaso porque acababa de ser sangrientamente sofocada una revuelta, no se demostró interés por escucharlo. Estaban llenos de indignación, anhelaban la guerra de independencia, y en cambio la doctrina del Santo era precisamente de paz. Por eso lo miraron como a un enemigo. Estaban exaltados por las medidas que había tomado el Go-

bierno español, encarcelando a muchos y dictando sentencia de muerte contra los jefes.

Pero poco tiempo después el Arzobispo escribía a Caixal: "Sin advertirlo he desarmado a los revolucionarios".

...Había pedido clemencia para los que iban a morir e insistido en que no se llevara a cabo la condena, que se aplazara para hacer una solicitud a la Reina. Porque creía, que una vez terminado el levantamiento, una pena así, tendría más visos de venganza que de justicia, y hacía esta advertencia: "Si se ejecuta la sentencia, los ánimos quedarán para siempre rencorosos, y nunca jamás sus corazones permanecerán españoles.

Y me atrevo a decir —agregaba— que si se pasa adelante en la ejecución de esta sentencia, día vendrá en que la nación española perderá esta rica isla".

Pero el Gobernador, sin dejarse impresionar, se mantuvo en la rígida posición que adoptara. Y cuando el Santo vió que nada podía hacer por las vidas de los prisioneros, quiso al menos, salvar sus almas y se fué a ellos para hablarles de Dios.

Después logró que fueran perdonados los que habían tenido en el movimiento una parte de menor responsabilidad. De ahí que el pueblo dijera: "De haber estado aquí el Arzobispo, no habría pasado nada". Por eso cada noche, al retirarse, cientos de personas lo seguían hasta su casa, y un testigo ocular es-

cribió: "Qué hermoso espectáculo. La noche serena, la luna clara, un farol que no luce y una masa de gente que no habla alrededor de su Prelado".

No significa esto que no tuviera enemigos, porque algunos allí mismo sostenían:

"Ninguno nos ha hecho tanto daño ni causado tanto miedo como el Arzobispo".

Es que según el Padre Cruz Ugalde, el empeño con que combatió el tráfico de negros, lo hizo odioso a los que negociaban con ellos. Porque en verdad él actuó en esta emergencia con extraordinaria energía, sin preocuparse de venganzas, sin hacer caso de amenazas. Y hasta publicó un Bando de Buen Gobierno y las Leyes de Indias relativas a la esclavitud. Más adelante, el Conde de Cheste que será algún día Capitán General de Cuba, a su regreso a España, habló de esto diciendo:

—"Me consta lo mucho que se esforzó por suavizar la mísera condición de los esclavos hasta alcanzar su libertad". Y agregó que a esa empresa santa había dedicado todo su corazón.

Desde el año 1524 Europa negociaba con los negros. Los vendía para que cumplieran los más pesados trabajos, sin dejarles siquiera el derecho a instruirse y Pío Zabala menciona en su obra las protestas que a este respecto hicie-

ron los Papas y como no habían sido nunca escuchados. Habían alzado su voz ya Paulo III, León X, Urbano VIII, Benedicto XIV, Pío VII y Gregorio XVI. Pero, al llegar el Arzobispo Claret seguía igualmente arraigada y protegida la inícua explotación. Y de tal modo estaba generalizada, de tal manera eran poderosos los negreros, que en Dátil, uno de los negociantes que poseía más esclavos, les había prohibido asistir a las misiones, haciéndolos vigilar por un mayoral, y con orden de dar cuarenta azotes al que desobedeciera.

Pero se dice asimismo que muchos se escapaban para escuchar las palabras del sacerdote, diciendo que éstas les daban ánimos para sufrir los castigos.

Estaba de nuevo en Bayamo, en el año 1852, y rezaba en la Capilla del Santísimo Sacramento, cuando se levantó agitadísimo, emocionadísimo, diciendo a los que estaban con él:

"Roguemos por nuestros hermanos de Santiago, pues se hallan en gran tribulación".

Santiago quedaba a dos días de viaje. Y él habló así en el preciso momento en que comenzaban los terremotos.

Partieron enseguida.

A su llegada, ya una enorme multitud lo esperaba en un puente de los alrededores. El iba a hacerse partícipe de sus penalidades, a sufrir con ellos. Iba a correr voluntariamente sus riesgos. Y estuvo días y días, noches y no-

ches, sin reposo, atendiendo a los que necesitaban de él, de sus consuelos, de sus limosnas. Dijeron que había sido un ángel tutelar. Tomaba las confesiones en la calle, daba Extremaunción en medio de los temblores, aunque las piedras cayeran a su lado, cuando los muros se derrumbaban. Dirigía los auxilios, porque los males y los peligros iban en aumento. Infatigable siempre, se mantuvo sereno entre tantas gentes enloquecidas por el terror, desesperadas por las desgracias.

Entre aquellas noches terribles, hubo alguna más tranquila, así lo iba pareciendo. El paseaba entonces por el claustro y hablaba de las misiones en China. Mientras hablaba se sintió un ruido subterráneo, que a todos pareció más fuerte que los anteriores. Pero él no interrumpió su disertación. Sólo que, al poco rato, observó que "yo" —dice alguno— no lo escuchaba. "No tema usted" fué lo que dijo, aunque temían los fuertes también. Pero agregó entonces el Arzobispo: "Yo considero estas circunstancias, es decir el cólera y los terremotos, como misioneros eficacísimos que Dios nos envía en su misericordia".

Pero ya los demás apenas escuchaban.

Sólo él seguía tranquilo hablando de los que se arrepentían en el dolor, en las tribulaciones y en el miedo a la muerte.

—"Algunos pecadores son como los noga-

les —agregó— que no dan frutos sino a palos"...

Debía ahora ganar las almas que en la bonanza y en la felicidad permanecían empecinadas, desdeñosas a su voz.

Y en aquellos días, que fueron tantos, hizo levantar una capilla de toldos en la alameda, como dijera más tarde, recordándolo, un diario local, "junto al sordo murmullo de los mares y al seco choque de las olas, en medio de la conmoción de la naturaleza toda, cuyas entrañas se estremecían, cuyos horizontes se alborotaban". Y de hinojos en el paseo, hasta muchos sin poder guarecerse bajo los toldos, soportando lluvias, asistían a su misa, a sus prédicas, y pareció a todos, como un profeta de Israel, que consolaba a los hombres, o les anunciaba nuevas desdichas.

Hasta dijeron que, "a algunos no causaba menos estupor la serenidad de su alma que las conmociones de la tierra". Y los que pudieron valorar esa calma, esa indiferencia de sí, tan excepcionales, creyeron que no podrían comprenderla en toda su grandeza, sino los que hubieran experimentado terremotos.

En una de las madrugadas más lívidas, después de una terrible noche, los mismos sacerdotes, tan acostumbrados a su serenidad, quedaron ellos también admirados. Habían pasado una de las peores noches, y él salió de la pieza tranquilo y complaciente, como cual-

quier día, y con su acostumbrada calma, dijo a quienes lo esperaban.

—"Vamos a dar gracias a Dios."

Alguno de ellos, escribió:

—"A ninguno nos pareció natural lo que estábamos viendo. Comparábamos su paz con nuestra zozobra. Nunca como ese día comprendí tan bien su santidad".

Pasaron luego días de calma, que aquellos desgraciados sin hogares tomaron por definitiva. Y quisieron empezar a reconstruir la ciudad, como si ya vivieran los días del perdón. Había prisa por deshacerse de aquellas ruinas, de tanta desolación, y los picos darían para ellos el cántico de la esperanza. Pero él les dijo que no lo hicieran, que vendrían nuevos terremotos, y que todo sería inútil. ¿Cómo había comenzado entonces hacer él las obras del Palacio Arzobispal? —Lo hago para dar trabajo a los que vinieron de La Habana —respondió— pero sé que todo es en balde".

Y esperaron entonces entre escombros, y aterrados por lo que iba a venir, porque sabían que todo volvería a caerse.

Y fué así como lo había dicho. Porque nuevos terremotos, aun más fuertes, hicieron temblar las casas y los palacios, y lloraban todos como si hubiera llegado ya el fin del mundo.

Pero ahora iban a poder reconstruir sus habitaciones. Y él hizo comenzar las obras de

la Catedral, porque no se producirían sino terremotos leves, que no harían mal.

Varios meses antes de ocurrir estos sucesos, y estando en Manzanillo, él ya los había anunciado, así como otras desgracias, en las que acaso no pensaban: él les había dicho también de pestes y guerras.

Después van a acordarse de estas otras predicciones. Había dicho a los españoles que serían perseguidos de muerte, "como los conejos en los bosques"... Pero ellos se creían seguros y entonces lo estaban.

Los Padres Barjau y Currius también lo habían oído.

—"Tiempos pasados Dios me dió a conocer tres castigos que habrían de venir: el primero, temblores; el segundo, enfermedades; el tercero... éste ya se está acercando y será terrible"...

En noviembre de 1852 escribía también al Padre Sala acerca de la futura pérdida de Cuba para España, que ocurrió efectivamente en 1898. Y al terminar la carta, añadía, que pensaba que ésta no tardaría en suceder y que esperaba ya no estar allí. Y se dijo que muchos de los españoles que fueron muertos en la guerra, habían escuchado sus proféticas palabras.

Estaba de misiones cuando comenzaron las pestes, y enseguida se trasladó a Santiago.

Era el cólera morbo, que aun no se conocía, y que él había anunciado. La ciudad acababa de ser reconstruída, y a todos pareció ahora que aquéllo era peor que los temblores. No alcanzaba el tiempo para sepultar a tantos muertos; más de una calle quedó en dos días sin habitantes.

El estuvo junto a los enfermos, cuidándolos, consolándolos, dándoles los sacramentos, y se dijo que ninguno murió sin ellos.

Ni él ni sus misioneros vacilaron ante el sacrificio. Y uno de ellos pagó con su vida el desvelo. Porque para eso, para cumplir, habían ido a aquel infierno.

—"¡Bendita y alabada sea la bondad y misericordia de nuestro buen Padre por toda su clemencia y su consolación".

Fué una hora heroica.

Y más adelante en Roma al hablar del "egregio" arzobispo y de sus "prodigios de conversión", se dijo que en el momento de las calamidades "a todos pareció un San Carlos Borromeo redivivo, para consuelo de la humanidad doliente".

El Padre Puigdessens destaca el carácter humano de su santidad. Y habla de una fuerza triunfadora llevada a campos de acción cada vez más dilatados. Distinto a la mayor parte de los santos, llevaba una vida de actividad incesante, sin desdeñar el cuidado de las cosas de la tierra, la salud, los derechos, las necesi-

dades de los hombres, al extremo de no poner en práctica un bello propósito, por no desamparar a los que vivían de sus beneficios.

Había reunido a sus familiares, como llamaba a los sacerdotes que le acompañaban en la Misión, y les consultó sobre su deseo de renunciar a las rentas arzobispales, que sumaban veinte mil escudos, para vivir de limosna...

Hacía tiempo que estaban con él, que lo conocían; sin embargo sus pensamientos les sorprendían continuamente. Y ahora les hablaba de una cosa desacostumbrada. Pero en realidad aquellas rentas habían sido dadas siempre a los pobres, a las iglesias, y servían para sostener el culto y para obras piadosas. ¿Acaso gastaba algo en él?...

Andaba como en su juventud, con la ropa remendada, como en los días en que las monjas ocupadas de su lavado, le cambiaban las prendas sin que él lo supiera. Tenía el sombrero viejo como aquél que los sacerdotes de Santa María del Mar, habían escondido poniendo otro en su sitio, para que no lo usara más. Su reloj estaba siempre de arreglo en arreglo y nunca en hora. Como en Cataluña, los zapateros podían ahora también reemplazar los zapatos que mandaba componer, porque de tan viejos, ya daban lástima. Y entre sus gastos, figuraba como muy principal, el regatón de su bastón...

Como antes, y como siempre, su cuarto

era de una severidad y pobreza que admiraba. Sólo tenía un catre, una mesa tosca, con una silla, y un estante con libros. Y su comida era escasa y aun ordinaria, porque no quería darse ningún placer.

Eran las diez de la noche, no se sabe el día, el mes, ni el año... Algunos de los autores que tratan el episodio, dicen que, por algún fenómeno místico que no se especifica, el Padre Claret vió la representación, o consideró de extraordinaria manera el contenido de los seis primeros versículos del capítulo X del Apocalípsis.

"Otro ángel fuerte bajaba del cielo envuelto en nubes, con el iris sobre la cabeza, su rostro como un sol, sus pies como dos columnas de fuego, con un libro abierto en la mano. Hundiendo su pie derecho en el mar y asentando el izquierdo sobre la tierra, gritó con voz potente como rugido de león, reproducida luego por el eco fragoroso de siete truenos. Apenas se habían extinguido éstos, San Juan se disponía a copiar sus conceptos, pero se lo prohibió una voz de lo alto que decía: "Sella lo que han hablado los siete truenos y no lo escribas". Y el ángel que estaba sobre el mar y sobre la tierra, levantando la mano al firmamento, juró por el que vive por los siglos de los siglos y creó el cielo, la tierra y el mar con todo lo que contienen, **que el tiempo se acaba ya".**

La impresión que recibió fué tremenda. La visión lo llenó de inquietudes, y era como si aquéllo debiera tener con él una relación que no comprendía.

Al día siguiente la Virgen le habló que no dudara. Pensó en San Juan, se acordó de San Vicente Ferrer, que habían recibido la visita del ángel. Pero la visión no podía dirigirse a él. Hubiera sido desproporcionada.

"Sólo que yo sea un instrumento", se dijo.

Veía su pequeñez. Le parecía imposible que él fuera un elegido de Dios.

Pero pensó que asimismo podía ser, como aquél a quien toca representar un papel de rey, siendo un infeliz.

Y seguro ya de que era así, habló de la visión con Currius, su secretario, y con González de Mendoza, a fin de que lo ayudaran a encontrar una explicación.

Quizá debiera emprender alguna obra grande. Y creyó que podría ser la reforma del clero.

Pero el Santo tenía que seguir misionando en Cuba. Acababa de predicar en San Isidro, donde los fieles, fervorosos, gritaban: "¡Viva el santo Arzobispo! ¡Viva el Padre Claret! Y se disponían ya a sacar los caballos de su coche, para llevarlo ellos mismos hasta el pueblo vecino.

No captaban evidentemente aquella humildad suya tan de adentro, aquella sencillez tan sincera y distinta a la corriente. No podían saber desde luego, que poco antes, al pasar por un convento, había pedido como un favor, que lo dejaran servir la mesa.

Querían hacerle un homenaje. Pero a él le molestaban los aplausos y las dignidades, y ni siquiera había querido ser arzobispo.

De ahí que su secretario, que vivía en constante admiración por sus virtudes, exclamara:

—"No sólo no noté en él un hecho menos edificante, sino que cuanto más me acercaba al hombre, más de cerca veía al santo".

Muchos, al contrario, lo atacaban. No comprendían su posición. Sin embargo, él estaba allí en aquel alto cargo, sólo para hacer amar a Dios, como dijo, y para ayudar a los hombres.

"El día en que vea que se pone el menor tropiezo a mi misión, el día que vea que se me atan las manos para hacer el bien o que no se escuche mi voz cuando mis pretensiones se funden en la justicia y en la misma caridad, que son los únicos estímulos que para obrar bien reconozco, ese día dejaré mi puesto y nada perderé por cierto en cuanto a mi persona, porque el carácter de misionero me basta para ser pobre, para amar a Dios, para amar a

mis prójimos y ganar sus almas al tiempo que la mía".

Y si esa conducta tan bella y recta, disgustaba a algunos, en cambio Pío IX, empleaba al escribirle estos términos:

"...Levantando los ojos al Señor, hemos tributado bendiciones a Aquel que en la suma necesidad en que se hallaba esa Iglesia, le ha suscitado clementísimamente un pastor según su corazón. A ti y a Nos, Venerable Hermano, nos damos el parabién por esa tu clarísima voluntad con que cumples los deberes del cargo episcopal".

Una mañana predicaba en la Catedral. Junto a los parroquianos, oían su misa los marinos de una fragata española que estaba anclada en la bahía de Santiago. Pero, estando aún él en el púlpito, el comandante del buque dió una orden imperceptible, que hizo que inmediatamente los marinos se retiraran.

Claret conceptuó que tal acto significaba un desaire, acaso una ofensa a la palabra sagrada, y uno de los oficiales creyó entreoir una insinuación.

Sin embargo se había dado esa orden, para que pudieran asistir a la misa siguiente, los tripulantes que habían quedado a bordo. No había existido otra razón. Y al saber que se le daba una interpretación distinta, el Comandan-

te envió sus excusas al Arzobispo, y éste, al recibirlas anunció una visita al barco.

La oficialidad de la fragata lo esperó para tributarle los honores correspondientes, presentando armas: pero, apenas él pisó la cubierta pidió de rodillas perdón al Comandante por la ligereza con que juzgara el hecho.

Fué un gesto inesperado y emocionante, que empañó los ojos de los marinos. Y se prometió la asistencia de la tripulación para el próximo sermón. De ambas partes se hicieron cortesías. Pero, lo que es más raro, es que el Arzobispo, en la iglesia se excusó de nuevo con palabras que nunca son cómodas de decir, y que él, pronunció desde el púlpito.

Pero su actitud no significaba blandura sino humildad, ya que era un hombre fuerte cuando había que serlo. De ahí que no vacilara en excomulgar a un rico comerciante, cuya conducta vergonzosa era un permanente motivo de escándalo. Y quién lo oyó aquel día, habló de su "voz de trueno", diciendo que ella "erizaba los cabellos".

Y luego, como evocando la visión magnífica, añadió:

—"Temblaban las columnas del templo...".

Como Jesús, cuando sacó a latigazos a los mercaderes del templo, este Santo arrojaba del seno de la Iglesia a quienes se cubrían con sus

prácticas, llevando asimismo una existencia de infamias. De ahí que ese mal católico a quien él excomulgara, tratara en vano, que se levantara su condena, pero cuando se convenció de la inutilidad de sus gestiones, su cólera ya no tuvo límites y, con quienes estaban en posiciones semejantes, buscaron vengarse.

¿No sería ahora el momento de su desquite? ¿No tratarían de dar muerte al Arzobispo? El lo sabía.

Sin embargo conversaba tranquilamente en la casa parroquial, mientras llegaba la hora de ir a pronunciar su sermón. Y de pronto, sin que ninguno supiera por qué, en algún momento, preguntó a sus acompañantes, si ellos habían visto algo.

Dijeron que no habían visto nada.

Y él, sin dar explicaciones respondió: Eso es lo que quería saber.

Narraba a su auditorio hechos de su vida, acordándose de que la Virgen lo había salvado en distintas oportunidades, y exclamó:

—Y, ¡quién sabe si esta misma noche no me salva de algún peligro!

Sus enemigos no se darían tregua y andaban ya a su alrededor. Y ahora, un hombre que él había hecho sacar de la cárcel, por lástima a la familia, que había ido a rogarle por

él, a llorarle, lo venía siguiendo desde el pueblo vecino.

Se ocultaba, pero sin perderlo de vista. Se sabía que iba a aparecer en las esquinas, en los recodos.

Era en Holguín, un pueblo que el Santo había ganado para el cielo.

Sus acompañantes, nerviosos por aquella persecusión, miraban disimuladamente, y como si no lo vieran. Quizá temían precipitar algún hecho.

Y lo presentían más bien; sabían de su presencia cuando se acercaba.

El individuo entraba con ellos, con él, a las iglesias; se quedaba en la puerta de los hospitales, entre las tumbas de los cementerios.

Lo esperaba, y después volvía a seguirlo con pasos calculados y siniestros.

Pero Claret serenamente continuaba el camino de sus obras, repitiendo las palabras de San Francisco de Sales:

—"No es necesario que yo viva; pero sí es necesario que yo cumpla mi deber y mi ministerio".

Al salir de la iglesia anduvieron por calles de tinieblas. Llevaba a su lado al vicario foráneo y a su capellán y el pueblo entero lo seguía. Un sacristán, un poco más adelante, mostraba el suelo con un farolillo.

Hombres y mujeres se arrodillaban a su paso, y ligeramente le besaban el anillo, creando en la calle como una atmósfera de templo. Pero quién sabe si alguno entre tantos, si quizás aquél, se acercaría para darle el beso traicionero de Judas.

Pudo ser su hora. Pero el que se acercó, se incorporó sin rozar siquiera su mano. No se veían las caras. Pero estaba a su lado. Y con su sevillana intentó degollarlo.

Algún movimiento casual impidió el propósito. Sin embargo hundió el arma con furia y cortó la mejilla hasta llegar a los huesos, y aún tajeó el brazo.

El pueblo, en olas enfurecidas, avanzó para dar muerte al individuo; pero los soldados se interpusieron, a fin de entregarlo a la justicia.

El iba desangrándose, mientras apresuradamente era llevado hasta una farmacia para ser atendido, y ya por la calle, antes de aquella primera cura, pedía perdón para su asesino. Y volvió a pedirlo mientras se le curaba.

En medio de la confusión y agitación de todos, él sentía que había llegado la hora tan deseada de derramar su sangre por Jesucristo. Y en el drama se halló colmado. Así lo afirmó el Padre Carmelo Sala, su capellán, que estaba junto a él y dijo: "Era tal y tan grande el contento y satisfacción de su alma y de su cuerpo,

que todo su ser se hallaba como sumergido en un baño suavísimo de dulzura, que penetraba sus potencias y sentidos", y afirmó que le había oído decir: "que sólo en el cielo podía experimentarse un gozo semejante, y que aunque no fuese más que por golosina, pudiera uno dejarse acuchillar con frecuencia"...

Agradecía las heridas y sufrimientos como un favor que hubiera recibido, y en cuanto pudo escribir, expresó a sus misioneros de Vich el deseo de que ellos también dieran gracias a Dios por ese beneficio.

Y más tarde en su Autobiografía, escribirá:

—"No puedo explicar yo el placer, el gozo, la alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseara, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas".

"Cuando la sangre manaba de mis heridas, parecía que se me abrían los cielos".

Luego escribió al Gobernador para pedir la libertad del asesino. Y se ofrecía a costear el traslado de éste a un país lejano, a fin de sustraerlo a la condena de quienes villanamente lo habían utilizado y no le perdonarían la torpeza de su brazo. Pero si consiguió lo primero, en cambio no llegó a salvarle la vida. Y la venganza cayó sobre aquél.

Durante su convalecencia proyectó algu-

nas obras, entre ellas, la muy importante de la Academia de San Miguel, que debía ser una asociación de escritores y artistas unidos al servicio de la religión. Y escribió entonces una página explicativa, dando su plan, y que tan buena acogida tuvo en España. Así, gracias a su iniciativa quedó pronto constituído ese centro, del que partieron luego muchas obras, y que dió numerosas producciones tanto en las letras como en las artes.

Se ha dicho que tenía el genio de la propaganda. Su mentalidad ágil, segura, práctica, clara, era propia para abrir caminos e inducir a hacerlos recorrer. Algunos han creído ver en esto la influencia de San Ignacio. Y en verdad pocos santos han hecho una obra tan nutrida y tan llena de hechos, de actos, de iniciativas, y tan tonificante y enérgica.

La Academia de San Miguel, en la que pensara en ese momento de obligado reposo, dió, gracias a su entusiasmo, a su empuje, infinidad de obras, ya suyas, ya de otros autores. Publicó una biblioteca predicable, con sermones y pláticas dominicales de los más importantes sacerdotes, desde Granada, Santander, Bossuet y Masillón, hasta los modernos. Creó con los artistas que lo siguieron, una corriente más pura y como un clima religioso, que dió a España muchas obras de gran valor. Y durante muchos años esta Academia impuso también por medio de sus escritores, un estilo puro, elevado, que

tuvo influencia en los distintos núcleos sociales.

Inmovilizado por la terrible herida, el Arzobispo estaba todavía en Holguín, sin poder continuar sus misiones, ni presentarse en el púlpito. Así, cuando se anunció que, ya repuesto, iba a rezar un Te-Deum, en acción de gracias, fué un día de júbilo para el pueblo.

Desde temprano se habían abierto todas las puertas, repicaban las campanas, y con sus trajes de fiesta, hombres y mujeres invadieron las calles, con sus almidones, con sus terciopelos, con sus mantillas, que se dirían florecidas de colores.

Bajo el palio, el Santo entró a la catedral alfombrada y resonante de voces, y llevaría de ellos este recuerdo alegre y fervoroso. Ahora todos se sentían aliviados del peso del crimen, cometido allí entre ellos, aliviados también del miedo que habían tenido de perderlo.

Pero a la noche, cuando fueron a despedirlo, los embargó de nuevo el pesar y lloraban todos en un desolador acompañamiento de velas encendidas, de manos que temblaban, de pañuelos en la cara, de pasos tristes.

El tenía que seguir su destino misionero por las destrenzadas sendas de la isla, pero la persecusión continuaba. Así al pasar por Alta-

gracia, adonde debía detenerse, vió que la casa que iba a albergarlo ardía por todas partes.

El Dios de la Justicia impidió aquel nuevo crimen que se preparaba, deteniéndole a tiempo, demorando su marcha. Pero la casona en la que pasó luego unas horas, fué hecha cenizas al día siguiente.

Desde entonces, él ya no aceptó hospitalidad alguna. Sabía que sus enemigos no se darían reposo. Que lo habían condenado. Pero en Santiago, adonde habían seguido con indignación y angustia las vicisitudes del viaje, arrebatados por el entusiasmo de su llegada, lo vivaban, gritando:

—"¡Ya lo tenemos aquí! ¡Ya lo tenemos aquí!"

Hasta los Cabildantes fueron a recibirlo como en los grandes acontecimientos, con sus casacas color coral y todas sus cruces prendidas. Y en el salón arzobispal, le fué entregado un cáliz de oro y un pergamino lleno de firmas, en el que se leía que el Padre Claret, al igual que Isaías, podría decir a Cuba:

—"¿Qué habría que hacer por ti, que yo no lo haya hecho?"...

Aquellas horas que parecían allí sólo de agradecimiento, coincidieron con el final de los ministerios moderados españoles, y la subida de Espartero al poder, volvió a dar a la campa-

ña contra el Arzobispo un tono aun más violento, llegando a hacerse cargos a sus misioneros, y debiendo él tomar su defensa ante la Justicia. Personas autorizadas dijeron que el informe que presentó entonces, voluminoso y detallado, estudiaba el asunto bajo su faz social, jurídica, civil y religiosa, como cuestión de hecho y de derecho, y que era una enérgica defensa de la sociedad y del individuo, de sus libertades, y de los derechos humanos.

Y en el libro que escribiera el Padre Clotet, llamado "Resumen de la admirable vida del Excelentísimo señor Claret", en una de sus páginas se recogen noticias dadas sobre este asunto por un padre de la Compañía de Jesús, que entonces estaba en La Habana, y que dicen: "Sé por juez competente en tal materia, que fué alegato tan bien escrito, que además de dejar asombrado al señor Regente (y eso que le era hostil) que éste pidió licencia a su autor para copiarlo como modelo, pues dijo que merecía que se propusiera como obra maestra; habiendo quedado en su virtud absueltos en el tribunal Prelado y Misioneros".

De su parte habían estado siempre los elementos sanos de aquella isla. Y hasta el Arzobispo de La Habana, que había discrepado en ciertos puntos con él, dijo entonces:

—"Ayudémosle todos en su santa obra y demos gracias al cielo que nos ha concedido tan buen pastor".

Quedaban, sin embargo, de pie los irre-

conciliables enemigos de la Iglesia. En Puerto-Príncipe, donde su asilo estaba terminado, el comandante de las milicias que acababa de llegar, exclamó al visitarlo:

—"¡Magnífico! ¡Magnífico para un cuartel!"

Así, con ese sarcasmo, daba destino a la gran obra del Santo, a aquel asilo que significaba su mejor esfuerzo.

Durante años, esforzadamente, había sido levantado, con sus pabellones para ancianos y sus pabellones para huérfanos, con sus tierras para labrar, con sus instrumentos apropiados, con su granja experimental, con su gabinete de física y su biblioteca, y sus salones de clase, y el bello plan terminado.

Y él había dado a esa obra sus dineros, su inteligencia y su tiempo.

Pensó entonces que debía retirarse de Cuba, renunciar a su cargo. Pero no lo haría sin consultar con la Santa Sede, y escribió enseguida.

Meditaba en la conducta que habían seguido otros sacerdotes en situaciones análogas, en la posición que adoptaron ilustres obispos... Bartolomé de los Mártires, Arzobispo de Braga, se había opuesto, en situación también muy dificultosa, a que renunciara San Carlos, Arzobispo de Milán, y éste no renunció. Se acor-

dó de San Anastasio, a quien se presentó una situación similar a la suya... Pensaba en San Juan Crisóstomo...

La respuesta del Vaticano decía:

"Grande es por cierto el gozo que sentimos, viendo ¡oh venerable Hermano! con cuánto esmero trabajas asiduamente en cumplir en todas sus partes el oficio de buen Pastor". El Pontífice aludía después al atentado, diciendo que él también "había dado gracias al Dios Altísimo e infinitamente bueno, por haberlo sacado benignamente de tan grande peligro de vida".

Elogiaba luego su actitud piadosa frente al asesino: "No ignoramos Nos la singular virtud que en ti resplandece"... Y ese era el tono de todo el mensaje. Alabanzas y aprobaciones por la manera como profesaba la santa doctrina y la llevaba a la perfección. Hacía notar que imitaba los ejemplos del Divino Redentor cuando con obras y palabras enseñara a amar a los enemigos... "Arrebatan nuestro espíritu los eximios y religiosísimos sentimientos de que está llena tu carta, con lo cual vemos confirmarse el buen concepto que de ti habíamos formado", y le pedía que continuara en Cuba.

La aprobación de Roma debía ayudarlo a resistir las duras pruebas a que lo sometían los hombres. Seguiría en la isla. Tal vez fuera su deber morir allí.

Había evangelizado cuatro veces cada pueblo, y aun continuaría.

Así, misionando, esperaría los días terribles que se aproximaban.

Y fué entonces cuando le comunicaron que acababa de ser declarado dogma de fe el misterio de la Concepción Inmaculada de María.

Daría ahora a la Virgen su palabra encendida y fervorosa. Su estado de alma era emocionado y a un tiempo doloroso, pues si había estado en trance de morir por la religión, y por la religión estaba siendo perseguido, por otra parte acababa de recibir el apoyo y la bendición del Santo Padre.

¿Cómo no escribir en esa hora y circunstancias la más bella de sus bellas pastorales? Y así lo hizo. Y su pastoral fué luego impresa en Barcelona y, más tarde, dada a los moldes en París y Madrid.

Escribió transportado de fe y de agradecimiento, y cuando puso su firma, quedó en éxtasis.

Entonces oyó una voz clara, clarísima, la voz de la Virgen, que dijo:

—"Bene escripsisti"... Has escrito bien.

Casi todos los sacerdotes que llevara a Cuba estaban ahora en otros destinos, y el Padre Lobo había entrado, en ese momento, en la Compañía de Jesús. El Santo no lo había des-

animado, al contrario, aprobó su resolución, pero el Papa la censuró, diciendo:

—"Más gloria daría a Dios peleando en un campo de batalla, que combatiendo desde una fortaleza"... Sabía que Cuba era un campo de batalla y que allí se precisaban buenos sacerdotes.

Pero el Santo respetaba sus vocaciones y dándoles consejos, los ayudaba a partir. Sin embargo con cada partida se aumentaba su soledad. Así, al salir de unos ejercicios exclamó con melancolía:

—Vae soli...

Y agregó las palabras de Job:

—"Dios me los había dado, Dios me los ha quitado, bendita sea la voluntad de Dios".

Pronunciaba un sermón en Baracoa, en la cátedra del Espíritu Santo, cuando le fué entregada una urgente esquela, que él guardó sin abrir.

El Capitán General de la Isla le comunicaba:

"S. M. la Reina desea que V. E. pase inmediatamente a Madrid".

Y por su cuenta agregaba aquél:

"Creo que será para hacerlo Arzobispo de Toledo".

El cargo había quedado vacante, y la su-

posición era así bien fundada. Pero Claret no deseaba ser Arzobispo de Toledo, ni quería ascenso alguno: prefería quedarse en su cargo de combate.

Pero ya había sido puesto a su disposición un barco de guerra.

Consultó con sus familiares. Estos opinaron que una invitación de la Reina era, en verdad, una orden. ¿Podía vacilar?

Alguno de los sacerdotes le hizo notar que una desatención podría causar graves daños a la Iglesia, con lo cual ya no dudó.

—"Pues basta, ya está resuelto." Y habló de irse enseguida, de embarcarse al día siguiente.

No pasó por su mente la idea de que no debía presentarse en la Corte con aquella sotana descolorida y remendada que llevaba puesta, con la que había hecho sus misiones, que habían empapado los arroyos y desgarrado los montes. Y costó convencerlo que esperase dos días a fin de que le confeccionaran una nueva.

Y es singular que sea este sacerdote, al que despreocupaban las apariencias mundanas, el que fuera llamado a los círculos aristocráticos, a relacionarse con la nobleza, que tendría entrada en todos los palacios y acaso sería huésped de los propios reyes...

El Arzobispo partió de Santiago el 22 de

febrero de 1857. Con pena dejaba su diócesis y la ciudad quedaba en duelo.

Iba hacia La Habana, y allí se embarcaría en el Pizarro con destino a Cádiz. En La Habana, durante su breve estada pronunció algunos sermones que comentó elogiosamente la prensa, y que llenaron de fieles las iglesias.

Durante la travesía, bastante accidentada, redactó sus "Apuntes", que así llamó al programa que se había propuesto seguir cuando se le presentó el ángel, pensando de nuevo, que su llamada a la Corte, pudiera estar relacionada con el ansiado mejoramiento de la clase sacerdotal.

Y al llegar a Cádiz, se los dió a leer al Obispo Arbolí, obteniendo de éste una entusiasta aprobación. "No debe tocarlos ni corregirlos", fueron sus términos. "Esa es la doctrina que todos debemos esforzarnos por seguir".

El Obispo Caixal, que leyó el proyecto también, lo consideró de tal modo valioso, que lo mandó imprimir sin pérdida de tiempo. Y luego el Padre Claret, para llamarle alguna vez como él deseaba que se le llamase, envió los apuntes a todos los obispos, a modo de consulta.

Y esa manera hábil de difundir sus ideas, hizo exclamar al Padre González de Mendoza:

"Solamente Dios pudo haberle inspirado la ingeniosísima idea de darlos a leer a los señores obispos por vía de consulta, pues, una vez leí-

dos, no podrán menos de causarles grande impresión, despertándoles del letargo en que algunos se encuentran". Y así fué.

Los obispos respondieron en términos elogiosos y en absoluta conformidad, menos algunos que quisieron mostrarse prudentes, pero diciendo asimismo que todo estaba bien.

Con ello emprendía una obra de gran trascendencia, porque la reforma, con sus reajustes y sus exigencias, dió a la Iglesia Española un grado de virtud extraordinariamente alto, que llegó a llamar la atención en el propio Vaticano.

El 26 de mayo estaba ya en Madrid.

En las esferas de gobierno se sospechaba también que había sido llamado para que ocupara el Arzobispado de Toledo, y quién sabe, si se temía que así fuese... Algunos decían que, cuando debió ser presentada a la Reina la lista de los obispos españoles, con motivo de esa vacante, la recorrió, y pidió luego que se le diera la de los obispos de Ultramar, y que, al ver su nombre, se detuvo sonriente, y que enseguida ordenó que se le llamara.

Pero los políticos no lo querían. Precisaban sacerdotes más fáciles de manejar o de convencer, sin su rigidez, capaces de hacer concesiones, y en cierto modo también, hombres de mundo. Por lo tanto, si llegaba a plantearse el nombramiento, ellos se opondrían.

Se oponía también a esa posibilidad, aquella extraña confidente de la Reina, Sor Patrocinio, que por todos los medios a su alcance lo evitaba, ya fuera hablando de otros con elogio, ya objetando que por ser éste catalán, no sería nunca del agrado de los madrileños.

Y, en cuanto a los ministros, manejaron las cosas con tal habilidad, que el Arzobispo de Burgos pasó a ocupar el cargo en Toledo.

Todo esto sucedía mientras Claret iba haciendo la travesía, sin aspirar al cargo, presentándose únicamente por obediencia, y no por ambición.

Pero, ¿por qué se pensó en él?

Algunos creyeron que su nombre debió ser pronunciado por la Nunciatura, debido al concepto que de él se tenía en Roma. Pero la Reina negó esa intervención, y dijo que lo había hecho llamar porque recordaba que hacía tiempo había oído alabar sus virtudes, y sabía de algunos de sus milagros.

Esta vez los políticos habían vencido a la Reina y habían desbaratado sus planes. Por eso fué que ella resolvió hacerlo su confesor. Pero no dejó que su proyecto trascendiera y sólo habló del asunto con Madre Micaela del Santísimo Sacramento, la que será más tarde fundadora de la Congregación de las Adoratrices, y a quien ella pidió que la preparara pa-

ra hacer confesión general con un sacerdote que había mandado llamar.

Pero a pesar de sus precauciones, se quiso impedir que lo designara y ella tuvo que sostener con energía que la penitente debe elegir su confesor, como el enfermo elige su médico; así, al recibir al Arzobispo Claret, le ofreció el cargo.

—"¡Qué sorpresa! ¡Qué confusión!", con esos términos escribía al Obispo Caixal.

Y le decía:

"Yo no soy a propósito, yo no tengo genio palaciego"...

Pero aún no sabía a lo que se exponía. Esa penitente, además de ser reina, era una mujer ingobernable, que llevaba en las venas sangre de aquella Princesa de Parma, su abuela, la esposa de Carlos IV, de vida tan ostensiblemente pecadora; era hija de Fernando VII, el príncipe que no vaciló en acusar a su padre y a su madre ante el pueblo y ante un monarca extranjero, para conseguir el trono; era hija de María Cristina de Nápoles, princesa de temperamento arrebatado, y que, en las horas de la Regencia, levantó las iras españolas; y era impulsiva y ligera ella también. Y en ese momento tenía un amante.

De físico opulento como el de una figura de Rubens, muy blanca de tez, de ojos claros, rosada, alegre, divertida, frívola, lógica-

mente festejada y mimada, tal era a grandes rasgos la futura penitente del Santo.

Y él seguiría humilde, sencillo, virtuoso, él que sólo amaba la pobreza, él que sólo pensaba en Dios. ¿Sería escuchado por los corazones orgullosos de aquella corte? ¿Tendría influencia con aquellos hombres indolentes para la piedad, desobedientes a los mandamientos de la Iglesia?

¿Qué podría hacer entre ellos quien todavía no había aprendido a mirar de frente a las mujeres, y acaso ni a persona alguna?

De él se contaba que, cierta vez, que andaba recorriendo pueblos, una mujer le detuvo preguntándole:

—¿No me conoce?...

Nunca la había visto, ni la veía tampoco en ese momento.

Yo soy el ama de la casa del cura de tal pueblo, adonde usted estuvo haciendo misiones...

Y por única respuesta, él dijo:

—Y ¿el señor cura está bueno?...

No eran las suyas, evidentemente condiciones para figurar en una corte, ni para encontrarse cómodo, ni acaso para resultar a los otros agradable.

Fué instado a aceptar y para ello se le exo-

neró de su cargo en Cuba. Pero él impuso condiciones. Exigió que no se le hiciera intervenir en política; que cumplida su misión, quedara libre para ocuparse de sus obras; que no viviría en Palacio, como lo hacían sus antecesores; y aún, que no se le obligaría a hacer antesalas. ¿Hubo error en aceptar?...

Las autoridades eclesiásticas pidieron que aceptara por el bien de la Iglesia, y se cree que hasta el Sumo Pontífice le escribió. Se pensaba que su virtud y su piedad tendrían allí campo más ancho para defender la religión.

Pero el cargo era muy delicado. La complicada situación política, con un gobierno adverso a la Iglesia volvía en extremo difícil la misión. Asimismo todos sus biógrafos han sostenido que supo manejarse bien. Y Monseñor Buenaventura Monzón, Arzobispo de Granada, que estudió después su actuación de entonces, demostró cómo las supremas autoridades apreciaron favorablemente la que él llamó "sabia conducta", diciendo que "en su comprometida situación gobernaba lo mejor posible la conciencia de la pobre Isabel, presa y juguete de las ambiciones políticas. Y creyendo que fué elegido "providencialmente" dijo que "fué un excelente confesor y director, no sólo de la Señora y de la Dama, sino también de la Soberana y de la Reina, como no podían en concreto separarse". Sostuvo que "supo como pocos, y quizá como nadie, conciliar la sencillez de la paloma con la astucia necesaria de la ser-

piente, para no enredarse nunca ni dejarse enredar ni por las secretas tramas palaciegas ni por las intrigas de los partidos políticos que se disputaban el Poder y se quitaban de las manos las riendas del gobierno, y para conservar íntegra e inviolable la santa libertad e independencia de su sagrado ministerio". Y en su larga exposición, en aquella defensa del prelado, decía también:

"Yo creo que el señor Claret, en el dificilísimo cargo de confesor de Su Majestad la Reina no procedió ni se gobernó por las solas luces de la razón y por las solas reglas de una prudencia meramente humana, sino que... procedía impulsado por el divino Espíritu que moraba en su corazón, y dirigido por las luces sobrenaturales de la prudencia infusa, que sin duda le comunicó el Señor que lo eligió para aquel cargo y lo obligó a permanecer en él hasta el fin"...

En verdad su presencia repercutió en la corte y en Madrid de manera muy sensible. Se habló de muchas conversiones, de que las iglesias estaban ahora concurridísimas, que en los hospitales se le esperaba como a un ángel, —tal la palabra pronunciada;— se dijo también que quinientos sacerdotes habían concurrido a los primeros ejercicios que dió en la casa de los Padres Paúles, y muchos más, en los siguientes.

Los opositores, advertidos, maquinaban maneras de alejarlo. ¿Qué mejor que simular ante la Reina el propósito de una reparación, y proponerle que le ofreciera el Arzobispado de Zaragoza?... Y ella, sin estudiar el asunto, satisfecha con lo que parecía ofrecerse, se lo dijo. Pero, ¿acaso podía ocupar honestamente un cargo en Zaragoza y, a un tiempo, otro en Madrid? Ella no vió la incompatibilidad, ni que era para comprometerlo y para alejarlo.

Para él, es cierto que hubiera sido la liberación y así respondió que, si ella lo deseaba, iría, pero para quedarse allá y no ser ya su confesor.

Fué entonces cuando Isabel comprendió lo que se quería, y qué sentido tenía lo que llamaban reparación. Y él tuvo que seguir en Madrid, que era entrar definitivamente en la tormenta.

Su penitente oía misa a las siete, comulgaba a menudo, parecía arrepentida y prometía cambiar de conducta, realizando, además, obras piadosas; pero próximo ya el nacimiento de quien iba a ser Alfonso XII, daba motivos todavía para que se murmurara.

El Gabinete había intervenido y hasta amenazado con una dimisión colectiva. El Nuncio tuvo con ella infructuosas entrevistas. Su confesor, que la había amonestado ya, anunció su viaje a Roma, previniendo que no

volvería a la corte. Ella se mostró dispuesta a enmendarse, y llorosa le pidió que no se fuera. Pero en la Reina todo era contradicción. ¿Cómo creer entonces en sus palabras? El Padre Claret exigió que el oficial que motivaba el escándalo saliera inmediatamente de Madrid. Y se le dieron a aquél sus pasaportes.

Era una batalla ganada. Hubo como una pausa de cordura, de recuperación moral, de sentido de su responsabilidad. Pero unos meses después, normalizada su vida, volvía a su actitud desafiante, y hasta despreciativa para su pueblo, que exigía una dignidad real.

Narváez y los demás ministros tenían resueltas ya sus renuncias. El Padre Claret no iba a Palacio, y había cancelado hasta las lecciones de la Princesita, y preparaba su partida. Solamente un diplomático, como lo era Monseñor Antonelli, Nuncio de Su Santidad, podía creer en soluciones y buscarlas. Y él fué quien concertó una entrevista de la Reina con su confesor, que se llevó a cabo, y que éste calificó de muy severa.

En ella el Padre impuso exigencias y previno que se alejaría hasta que ellas se cumplieran.

La Reina tuvo para ello, un término. Debía cohabitar con el Rey, el favorito tendría que salir de Madrid y debía ser alejada de la corte la camarera infiel, que había ayudado al deshonor de la Reina.

"Dichosos los que caminan sin mancilla,

los que andan en la Ley del Señor". La vergüenza no los toca ni tendrán asco a los recuerdos.

El meditaba en el perdón de los pecados. Pero a pesar de su piedad, sabía que aquella pecadora se arrepentía y volvía a sucumbir.

Por eso ahora seguía en Vich.

Había regresado a los suyos y recomenzaba las evangelizaciones. Como al principio estaba rodeado de conciencias puras. Y daba otra vez ejercicios.

De todos los conventos acudían ahora para pedirle reglas.

Los suyos querían imitar su virtud, copiar sus sacrificios, trataban de dormir apenas, no querían comer. El tuvo que decirles:

"Si el Señor me ha concedido la gracia de poder vivir sin comer, no es necesario que la haga a los demás", y quiso que tomaran también el indispensable descanso. E hicieron como él mandaba, porque ya para todos era un Padre.

Mientras tanto seguían llegando de Madrid insistentes cartas. Le decían que el oficial que él exigiera alejar, estaba en Venecia; que el Rey había sido visto repetidas veces en Pa-

lacio; y la Reina pedía recomenzar los ejercicios espirituales. ¿No debía volver?

El nunca la había acusado totalmente. La tenía lástima. Sabía sus dificultades. "¡Qué peligros hay en los palacios para salvarse!" decía.

Y "el ángel del Buen Consejo", como lo llamó alguno de los Papas, consideró que debía volver a la zona de fuego.

En algún momento el Santo había dicho:

"Dios se sirve de los mundanos para pulir nuestra alma". Comprendía las tentaciones que ofrece el mundo y que hay que rechazar, que obligan a estar en guardia. No era igual que vivir en los campos o en las aldeas. Pero, no por ello había que sucumbir.

Al llegar a Madrid encontró a un sacerdote, que andaba por las calles disfrazado de civil. Dicen que lo miró de tal manera, que, sin palabras, lo condenó. Y el sacerdote, que había cedido un instante a aquel medio turbador, decía:

—"¡Oh la mirada del Padre Claret! No la puedo olvidar. Parecía que leía los repliegues de mi corazón"...

Sin embargo la alta sociedad madrileña veneraba ya al Santo, como lo veneraban los

campesinos y los aldeanos. En Santo Tomás, la gente "se apiñaba" para escucharlo. La prensa comentaba que la Corte había cambiado de costumbres y que se notaba en ella una organización "casi conventual". Era ya el confesor de la mayor parte de las camaristas y de las azafatas, y la Reina había mandado imprimir para ellas, ediciones de lujo, del "Camino Recto" y de los "Ejercicios Espirituales".

También llamaba la atención que la Reina no asistía ahora a las actividades puramente mundanas, que los teatros daban piezas morales, que no se gastaba tanto en "convites", como él pidiera y que empleaban grandes sumas en obras piadosas.

Pero ni sus gustos ni su modalidad eran a propósito para la corte, aunque muchos ignoraran hasta qué extremo esa vida le era penosa.

Pío Zabala dice que resignadamente aceptaba aquellos sinsabores como amargos sorbos de un cáliz de pasión.

Algunos conocieron el fondo de su amargura, de su secreta desesperación, si esta palabra puede emplearse. Hay cartas suyas reveladoras de aquel estado de ánimo tan sacrificado. En una, a la Madre París, aquella monja fundadora, expresa que "estar en la Corte era el mayor contratiempo de su vida, y que a ve-

ces le daban ganas de salir corriendo como un loco".

A muchos habló de su desagrado, y de que si no hubiera tenido tanto que hacer, se habría muerto de pena.

Le confesó al padre Sala que se encontraba como un perro atado a cadena... Y a la Madre Sacramento escribía también en términos angustiados: "Me siento como enclavado en la cruz", agregando, "Ayúdeme a desenclavarme!" Era su destierro, según decía; era su suplicio. Y hasta dijo: "Si oye que me he escapado, no se extrañe"...

"Dios me ha mandado a este destino para que sea mi Purgatorio"... Y en cierto momento confidencial murmuró a los oídos del Padre Currius que oir a la Reina era para él una penitencia...

"Siempre estoy suspirando por salir; soy como un pájaro enjaulado que va siguiendo las varitas para ver si puede escapar"...

¡Hasta llegó a desear, así consta, que se produjera una revolución que lo echase!

"Yo mismo no sé que razón darme". Pensaba que debía ser una gracia que el Señor le otorgaba para que no pusiera afición en las grandezas, honores y riquezas del mundo.

"Reconozco que esta repugnancia que sien-

to es un gran bien para mí, y todos los días hago votos de resignación a la voluntad de Dios" porque constataba: "Sólo me agrada que nada me agrade"...

"Estoy convencido Señor, que así como al agua del mar le habéis dado el salobre y la amargura para que se conserve pura, así a mí me habéis concedido la sal del disgusto y la amargura del fastidio en la corte para que me conserve limpio del mundo".

Así, se daba en lo posible a su vida de iglesia, de prédicas, de ejercicios, de oración". Hoy a la una —decía en algún momento— celebraré de Pontifical en la Capilla Real del Palacio a la que asistirán los reyes y los príncipes; a las seis empezaré la novena que predicaré en los Italianos; a las diez rezaré las vísperas de la Purísima; luego los maitines; y a las doce en punto cantaré la misa Pontifical...

El Obispo de Avila, admirado en cierta ocasión de esa actividad suya, no tenía palabras para elogiarlo, y afirmaba que desde el 6 de diciembre en que había empezado a confesar, hasta terminadas las ceremonias del 8, no había tomado ni un vaso de agua. Y esa era su vida en la corte. De ahí que hasta en la prensa se comentara "su fecunda incansabilidad". Se dijo que habiendo tantos confesores reales, desde el tiempo de los Ramones Nona-

tos y de los Vicentes Ferrer, ninguno podía compararse con el Padre Claret en ese ministerio no interrumpido, en el que pasaba de la predicación al confesionario, y de las pláticas o ejercicios a las Hermandades, de las visitas a los enfermos y a los hospitales, a las cárceles y a los indigentes, y de los ejercicios a los niños, a su obra de escritor, y, que en dos años, se había hecho moralmente dueño de Madrid. "El Nuncio exclamaba: "Es una bendición de Dios para Madrid el que a ella haya llegado el egregio Arzobispo: por él se aviva el espíritu católico, los eclesiásticos que desean cumplir su ministerio tienen un guía y un maestro; la palabra de Dios fructifica y convierte a descreídos y corrompidos".

Don Juan Vargas, Canónigo de Puerto Rico que recién lo había conocido, lamentaba no haberlo encontrado antes. Consideraba que "era angelical", tal su término. Y que asimismo, aunque fuera tarde para él, podría "todavía seguir sus máximas", ya que no podía imitarse su ejemplo, como decía, por ser inimitable.

No había hora para cumplir con la gente que asistía a su confesionario. Se dijo que en esa última Semana Santa se habían confesado, gracias a sus prédicas, más penitentes que en toda la Cuaresma del año anterior; que la misa de las Agustinas, que celebraba a las tres de la madrugada, estaba concurridísima y que en las calles se embotellaban los coches pertene-

cientes a todos los que a esa hora esperaban confesión.

Pronunciaba ya entonces hasta tres sermones diarios. Los periódicos elogiaban sus "sublimes discursos"; hablaban hasta de su manera de santigüarse, de prosternarse, y se decía que tenía conmovida a toda España. "Mosén Claret está en los dinteles del cielo", se escribía. Hasta la prensa de París hablaba de él, diciendo "que había que llamar a la fuerza pública, por los tumultos que se hacían en las calles, de tantos que acudían a escucharlo. Dijeron también que los oyentes entusiasmados lo vivaban; y que, como en Cuba, habían sacado los caballos de su coche.

"Parece un Apóstol de los tiempos pasados"...

"La voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú", dijeron, acordándose de aquella definición del Patriarca Isaac, y afirmaban que la voz era humana por el sonido, pero que las palabras eran divinas... "Voz de Dios y no de hombre; jamás ha hablado hombre alguno como este hombre"... Cuando apoyó la obra de San Vicente de Paul, se sostuvo que ésta había recibido los cariños de Dios... "Es uno de los ángeles humanizados"... "Desarmaba los odios"... Hasta se dijo que por él se había desistido de llevar a cabo una revolución, que estaba pronta a estallar...

Y la Reina pidió al Nuncio, que, de ser

posible nombrar otro cardenal español, se le designara cardenal.

Todo eran alabanzas. Sólo se escuchaban elogios. Y según el Conde Cheste, recibía grandes muestras de respeto, pudiendo ser confirmación de sus Palabras, el relato de un episodio de Palacio, contado por un testigo presencial.

Estaban en las antecámaras reales como unas trescientas personas esperando pacientemente su turno. Entre ellas pasaban los importantes personajes políticos y militares y los nobles allegados a los reyes. Pero nadie se inmutaba y a su paso no se hacían muestras de aprecio ni de admiración. Se seguía esperando. Pero cuando fué anunciado el Confesor, todos, precipitadamente y contraviniendo órdenes, dejaron sus sitios y fueron hacia él para besarle el anillo, y dicen que, de no poder hacerlo, besaban los extremos de la muceta y la manteleta de sus capisayos. Y que se había dicho entonces que así era siempre.

Pero él huía a esos ambientes amables y mundanos. Asistía a las fiestas oficiales que le era imposible rechazar y se advertía el sacrificio.

Se sentaba a la mesa de los banquetes sin

apartarse de su línea de privaciones, sin probar carne, ni aves, ni pescado, ni manjar alguno, ni tampoco vino, y pasaba el tiempo jugando con el tenedor para disimular.

Sin embargo, en una ocasión, hizo una protesta formal. ¡Cuántas veces había callado cosas que juzgaba inconvenientes! Pero ahora una dama principal, que ocupaba el asiento frente al suyo, llevaba un vestido en extremo escotado, que él consideró escandaloso. Miró entonces a la Reina con severidad. Pero el vestido se encuadraba en las normas de la etiqueta palaciega... La Reina, nerviosísima, vacilaba. No sabía que actitud asumir. Posiblemente no podía asumir ninguna. Pero él insistió con una mirada severa.

Por los asistentes pasó como un escalofrío. El conflicto estaba planteado. Y en medio de una gran inquietud y de aquella incertidumbre, dijo lo suficientemente fuerte para ser oído: —"O se cubre, o se marcha, o me marcho". Y la dama ofendida se retiró, quedando en los comensales esa serenidad que adquiere el mar después de los temporales, con una capa lisa sobre la turbulencia de adentro.

No iba a perdonarse sin embargo a este sacerdote, el dominio que tenía sobre la Reina y también sobre los pueblos.

Además, le había tocado actuar en uno de

los momentos más difíciles de la España católica, y lógicamente fué el centro de todos los odios y de todos los ataques que a ella se hacían. Un violento laicismo, consecuencia, aunque tardía, de las ideas de la Revolución Francesa, había invadido a España, y desde 1835 el clero venía siendo tenazmente perseguido. Los librepensadores, con osadas directivas, arrastraban a elementos irrespetuosos, y lo presionaban con su campaña virulenta. Y lo grave es que Isabel tenía que gobernar con ellos, con sus adversarios, y éstos eran los que le hacían la guerra. No iban por cierto contra ella, que era fácil de someter y de engañar. No preocupaba tampoco la monarquía, porque el pueblo español amaba la monarquía y los republicanos aun contaban poco; pero había que deshacerse del Arzobispo Claret, que era una de las cumbres de la Iglesia de aquel país, y que muchos tenían ya por "el hombre moralmente más fuerte del siglo XIX".

Se le calumniaba precisamente porque molestaba su ética, y para destruir la impresión que provocaba en tantos. Se quería terminar con su prestigio, derribar su pedestal. Y la campaña fué implacable. No se vaciló ni en esgrimir la infamia, ni el veneno, ni el puñal. Porque el hecho de que no interviniera en política, de que no censurase actos, ni siquiera se inclinara a hombres, ni pronunciara una palabra a favor de ninguno, ni para la obtención de un simple empleo, no bastaba a sus enemigos, y

aunque se mantuviera aparte de las cosas del mundo, se sabía que su sola presencia marcaba normas.

Bajaba los escalones del púlpito en la iglesia de San José, cuando un hombre conmovido corrió hacia él, y lo abrazó llorando, lo besó, y repetidamente le pedía perdón. Se había comprometido a asesinarlo. Le habían dado cuarenta días para cumplir su juramento. Y he aquí, que al ir a poner en ejecución el plan, se había arrepentido.

Como éste, otro llegó a su casa, diabólicamente enviado, y frente a él no pudo actuar. No podía decir a qué iba, y ante las bondadosas preguntas del prelado, como respuesta, entregó su arma.

Muchas veces fué así.

Un gentilhombre de Palacio, cuyo nombre no importa, contaba que oyó cómo Claret saliendo del confesionario, dijo enérgicamente a un hombre de blusa, que se acerca como penitente:

—"¡Arroje usted ese puñal!" Y que a su vista, el otro lo había tirado. Eran los posibles ejecutores de los solapados planes de sus enemigos. Ninguno de ellos iba a obrar por sí mismo, y esto es lo que interesa saber.

Y ahora la Reina lo designaba Protector

de la Iglesia y del Hospital de Monserrat, reliquias históricas, que había que salvar de la desidia y del abandono en que iban quedando. Eran edificios construídos en 1616, y que estaban por desmoronarse. No podía celebrarse acto alguno en la iglesia y el hospital estaba cerrado.

El lo hizo todo. Dirigió la reconstrucción arquitectónica, mandó apuntalar los muros, afirmar las torres y cambiar las tiranterías y los pisos. Después ensanchó la sacristía que casi no tenía espacio. Mandó remozar los altares. Compró un órgano. Encargó casullas, dálmáticas, capas pontificales y cuanto era necesario. Y todo quedó pronto y los actos religiosos empezaron a cumplirse como al principio.

Después se ocupó del hospital, desde el edificio, hasta las camas, hasta las ropas, hasta la farmacia. Escribió sus reglamentos y puso al frente del establecimiento a las Carmelitas de la Caridad.

Estudió luego el archivo de la Iglesia, que también reorganizó y estableció clases para mujeres y niñas.

Este Santo de vida tan devota, de oración y de éxtasis, llevaba esa existencia activísima y de lucha, de iniciativas y de obras difíciles. Pero el día que no pasaba trabajos, él, como

Santa Teresa, se quejaba a Dios, exclamando: —"¡Señor! ¿Qué os he hecho hoy para que no me favorezcáis? O sufrir, o morir; no morir, sino sufrir. Dios haga de mí que soy un mal sacerdote, un buen mártir".

Y Dios lo oyó, porque su vida fué un permanente martirio.

¿No se le llamaba ya entonces, "el gran perseguido"?...

Sólo que ese perseguido era también un combatiente.

El ángel se le presentó de nuevo en Madrid. La aparición era igual, pero ahora supo mejor lo que debía combatir. Lo instruyó con palabras más precisas, designando como peligros el comunismo, y los cuatro archidemonios que traerían, el amor de los placeres y el amor al dinero, en primer término. Habló de las guerras que vendrían y de sus consecuencias, y de que él y sus compañeros debían imitar a los Apóstoles Santiago y San Juan, en su celo, en su castidad y en el amor a Jesús y a María.

Ahora sabía claramente cual debía ser su misión y que debía enseñar a sus misioneros también a cumplirla y a mortificarse. Y la Virgen se le presentó después de la aparición y cuando tenía ya hecho su propósito y le dijo:

—"Así harás fruto, Antonio".

¡Con qué fervor cumplía ahora su misión, en Madrid, en La Granja, en todos los pueblos, en todas las ciudades!

Nada lo distraía, no perdía un segundo en cosas vanas. Al visitar San Sebastián, alguien se ofreció a mostrarle las bellezas urbanas, el puerto, los alrededores. Su respuesta suavísima, de agradecimiento, de excusa, fué sin embargo, definitiva:

—"Yo sólo quiero almas"...

Y él iba recogiendo almas.

Un día predicaba elocuentemente en una iglesia nueva. De pronto quedó absorto, como en contemplación de cosas únicamente visibles para él. Y un momento después, con voz segura, terminante, dijo que un alma acababa de convertirse.

Los que llenaban la iglesia quedaron interrogantes y deslumbrados. Pero él no los veía. Solamente veía aquella alma. Y dijo:

—"¿Me oyes pecadora?"...

Y se dijo que en el impresionante silencio

de la espera, se escuchó un sollozo, y tembló un "sí", que hizo llorar a todos.

Las multitudes lo seguían como antes. Iba ahora por un pueblito montado en un pollino, como Jesús, y al modo de los apóstoles lo acompañaban varios sacerdotes. Y la gente no lo dejaba andar, porque todos querían recibir su bendición, y se cruzaban por ello en su camino.

Revolucionaba a los pueblos, los conmovía, los transformaba. Tenía sobre ellos el ascendiente que alcanzara con las primeras evangelizaciones.

Cuando fué a Segovia, se leyó en los diarios: "Aunque la jornada de SS. MM. al sitio Real de San Ildefonso no nos hubiera reportado otras ventajas que la venida del Excelentísimo Señor Arzobispo don Antonio Claret, deberíamos estar agradecidísimos a la misericordia y admirable Providencia de Dios".

Se dijo que allí los sacerdotes combinaban las horas de sus ocupaciones para poder escuchar los ejercicios que daba, y que en la iglesia de San Esteban, repleta siempre, podía oírse la respiración...

"Ha pasado el invierno —se decía— ha desaparecido la frialdad, la pereza, el pecado que tanto ofende a Dios", porque se realizaba como un renacimiento y todo se despertaba a su paso, que daba a los pueblos una vida nueva,

y que era como un soplo de esperanza y de fervor.

Y fué así en Aranjuez, en Córdoba y en todas partes.

La Reina, con su comitiva y el Arzobispo estaban ahora en Arévalo, y allí las autoridades y vecinos de Avila se presentaron para pedir que fuera restablecido el culto en El Escorial.

En 1847, don Pedro Egaña, había hecho esa misma gestión sin resultado alguno. Poco tiempo después era el Marqués de Miraflores el que se presentaba con igual solicitud y también sin resultado. En 1854, por una Real Orden, se había establecido una comunidad de Jerónimos, que un mes después, un cambio de gobierno hizo reemplazar por seglares, y desde entonces el Monasterio de San Lorenzo se hallaba abandonado.

Ante este pedido, la Reina, con esa espontaneidad característica suya, se volvió hacia su confesor, mandando:

—"Usted se encargará de esto".

Y esa misma noche el Padre Claret permaneció en el monasterio hasta el alba para informarse y estudiar todas las posibilidades.

La obra que se le daba para restaurar, era

nada menos que el monumento que se tenía por la Octava Maravilla del mundo. Construído por Felipe II, en sus horas de esplendor, era palacio y tumba de reyes, iglesia, monasterio, museo, biblioteca y archivo. Y todo había quedado abandonado y estaba ruinoso.

Había soportado temblores de tierra; cuatro rayos habían atravesado sus techos; un incendio mantuvo ardiendo durante quince días una de sus alas y había sido saqueado repetidas veces, robadas valiosas joyas, importantes obras de arte. Y a todo había que restituir su vida y su belleza.

Ya no se abrían las ventanas; estaban mudas sus cincuenta y nueve campanas; en la Iglesia no se celebraba. Habían sido sacados sus muebles. Los corredores estaban desiertos y en los que fueran sus espléndidos jardines pastaban los animales.

El 5 de agosto de 1858 el Padre Claret tomó posesión oficial del monumento. Se ocupó de todo lo que correspondía a su restauración arquitectónica, embaldosamiento y pinturas. Amuebló después sus trescientos dormitorios, sus salas de estudio, organizó sus archivos, el gabinete de física y el de historia natural. Restauró las imágenes, enmarcó los cuadros, compró cinco pianos y un armonio, mandó arreglar el órgano, luego los candelabros. Embelleció sus jardines, mandó plantar diez mil árboles; se ocupó del molino, que no funcionaba; del

palomar, en el que hizo poner quince mil nidos; se construyeron acueductos para subir el agua a las fuentes y pisos altos; y todo, sin pesar en las finanzas públicas.

La Reina así lo dirá un día, ante sus ministros y el Rector de la Universidad, que, en ruinas le costaba veinte mil duros anuales, y ahora en plena marcha y con su Comunidad de religiosos, sus oficios y sus colegios de primera y segunda enseñanza, no pesaba ni sobre el Estado, ni sobre la Corona.

Aquella reconstrucción de El Escorial era tarea abrumadora, y era una de sus muchas tareas. Había que rehacer la obra, y darle espíritu a esa obra. Y él logró todo. Instaló ahora la Comunidad "españolísima", como se dijo, de los Jerónimos, que ya en otros tiempos habían tenido a su cargo el monasterio, pero que en este momento lo hacían con reglas parecidas a las que él fijara para los Hijos del Corazón de María. Y él siguió ocupándose del colegio, del seminario, de los profesores, eligiéndolos, y disponiéndolo todo.

Deseaba hacer una obra perfecta, que llevara a perfectos resultados. Y tanto se cuidaban los detalles, que cuando su secretario escribía a las parroquias para que enviaran aspirantes a seminaristas, compenetrado con el espirítu del Director, decía que no mandaran sino elementos con buenas condiciones intelectuales

y morales, para que no se avergonzaran luego junto a los otros. Pero Claret, sobre todo, exigía que tuvieran el espíritu del sacerdocio.

—"¡Dios mío, exclamaba con frecuencia, haced que los que os sirvan no desmayen nunca!".

Y echó del seminario a diez y siete estudiantes, porque su indisciplina perjudicaba.

Preparó también los programas de estudio de cada materia por separado, disponiendo la forma en que habían de ser estudiadas. En literatura hacía alternar autores religiosos y profanos y estudiarlos también gramaticalmente. Y se ocupó de que estudiaran ciencias y música, y muy especialmente también idiomas, desde los corrientes hasta el árabe y el sánscrito. Y debido a esta enseñanza tan intensa, se dice que los seminaristas llegaron a cantar el Evangelio en diez lenguas. Sus programas, por otra parte, no sólo fueron seguidos en muchos otros seminarios, sino aprovechados también y tomados como ejemplo para legislar.

El Arzobispo de Toledo negó sin embargo a estos estudiantes el título que les correspondía, y que debía dar el Seminario de Toledo, por depender de éste, el de El Escorial.

¿Qué razón tuvo?...

No se sabe sino que hubo un raro empecinamiento.

Y el Obispo de Avila, decía:

—"¡Ojalá hubiera tenido yo en mi diócesis una proporción semejante!"

El conflicto fué solucionado después por el Arzobispo de Salamanca, que se ofreció a dar el título negado.

Pero este hecho muestra una mala voluntad, ya muchas veces sospechada.

Y el Padre Aguilar narra en su obra un hecho que informa a este respecto:

"Acompañaba una vez don Dionisio González al Siervo de Dios en ocasión en que el Cardenal Fray Cirilo de Alameda reprendía a éste con severidad, por un hecho del que era del todo inocente. Media hora había durado ya la increpación, cuando don Dionisio, no pudiendo soportar más, se levantó, acercóse al oído del Cardenal, que era muy sordo y le dijo: "Eminentísimo Señor, sobre el Cardenal de Toledo está Dios". Y así cesó la reprensión, que no recibía de parte del Padre Claret sino esta respuesta:

"¡Bendito sea Dios!"...

Y comenta a este propósito el Padre González de Mendoza que el Padre Claret tenía un genio fuerte y propenso a la ira, pero que nunca cambiaba el tono ordinario de la voz, ni

cuando tenía razones, —como en este caso— para perder la calma.

Por eso hablando de él, el Rmo. Xifré decía:

—"Poseía una mansedumbre heroica".

Tal vez su silencio animaba a algunos a ensañarse con él. No se precisaban causas para ello. Bastaba saber que él no se iba a defender. Así, fué cómo un parlamentarista, Ruiz Zorrilla, interpeló en cierto momento, al Ministro del Interior, y dijo que la fundación del Colegio de El Escorial no se había ajustado a las leyes. Directamente se quería atacar a Claret. Pero la mala fe quedó demostrada, cuando, después de una larga hora de violencia, debió confesar que en verdad no había visto los documentos a que se refería.

Y este no fué un caso aislado. Se procedía de esa manera, para crearle un ambiente hostil, para desprestigiarlo, y a muchos las mentiras llegaron a parecer verdades.

Un personaje, alejado de los ambientes gubernamentales, que fué llamado a ocupar un ministerio debió expresarse así:

—"Yo creía como el vulgo que el Padre Claret manejaba las cosas de Gobierno —que era una de las tantas falsedades que se divulgaban— y, agregó: y lo creía hasta que entré

en el Ministerio; porque entonces conocí por experiencia que el vulgo y yo estábamos equivocados".

Pero ¿quién engañaba al vulgo, si no eran precisamente los políticos?

Así, hasta después de muerto, todavía, se hacían correr las mismas falsas versiones. El señor Pérez Cantalapiedra sostuvo en la Cámara "que en la época isabelina se había dado el caso de un confesor que representaba en el orden político un papel más importante que el de los ministros de la Corona y de las mismas Cortes". Y tuvo que desmentirlo el Obispo de Urgel, para que aquél, al hallarse en blanco, dijera que él no había pronunciado nombres.

Pero había una razón, una enconada razón, de los días en que era Confesor, y es que con frecuencia se le pedía su intervención, sin que nunca se lograra. Alegaban que con ésta o aquélla actitud defendería la posición católica, y así mismo se mantenía inflexible. Comprendía que aquéllos jugaban como en una mesa de juego, —así decía:— y que cada partido se movía por intereses personales o mediocres; y ningún caudillo le perdonaba que rehusara auxiliarlo con su influencia que hubiera sido decisiva.

Cada palabra que se pronunció contra

él fué movida por la baja venganza de los ambiciosos, que exaltaban al pueblo.

Sin embargo, mientras pasaban las turbas vociferando bajo sus ventanas, no se le oyó una sola palabra de enojo, y sí sólo decir:

"El Día del Juicio me devolverán la fama".

"Aceptaré gustoso todos los desprecios de cualquier parte que vengan"...

Y era así en él, que entre las grandezas andaba despojado, y que pasó junto a las cosas más bellas y tentadoras, con aquel mismo viejo deseo, de morir en un hospital, o en un patíbulo.

¿Para qué había de defenderse entonces, si aquellas calumnias podían llevarlo por su camino?

Pero mientras era discutido, era también venerado. Sólo que él, se sentía como el polvo que está sobre las cosas, y que se debía quitar...

Estaba, y había estado siempre, por encima de los honores y de las alabanzas. Y en aquél instante vivía todavía con una humildad asombrosa. Así se le veía muchas veces, a altas horas de la noche, barrer la Iglesia de

El Escorial, o lavar los pisos con un balde y un trapo, y fregar la cocina con los legos, y servir la mesa a los estudiantes, y salir a abrir la puerta, o con un farol, acompañar a los visitantes que se demoraban.

Había renunciado antes a los privilegios y comodidades, a los placeres, a los gustos; también renunciaba al amor propio... Porque sólo así daba a Dios su corazón, todo su corazón, sin dejar nada para él.

Pero ni las calumnias, ni los ataques, ni las humillaciones, disminuían la autoridad del Prelado. Y cuenta a este propósito, uno de los confesores de El Escorial, don Jenaro Espina, un episodio lleno de un interés distinto.

Un sacerdote joven, sobrino del que narrara el hecho, pronunciaba un sermón en el mismo Escorial y ante un auditorio que contaba con la propia Reina Isabel, con la Emperatriz Eugenia, con el Emperador de Marruecos Muley Abbas y el Patriarca de las Indias, cuando el predicador, cometió un error o deslizó una inconveniencia. Y entonces, Claret que estaba de espaldas al púlpito, tal vez con sorpresa, tal vez con desagrado, volvió la cabeza, —dijo aquél, que "majestuosamente"— y le lanzó dos miradas fulminantes.

Y tan grande pareció el reproche, la reconvención, que el joven sacerdote empezó a tar-

tamudear, y vacilando y a tropezones terminó su discurso, que empezara con tanta soltura.

Regularmente daba entonces pláticas en una casa de corrección fundada por quien será un día Santa Micaela. Era una obra piadosa, e importante, también, desde un punto de vista social. Pero sus prédicas encontraban en muchas, una dura resistencia. De las asiladas, una, sobre todo, mantenía siempre una posición insolente, y reía con sarcasmo, cuando él hablaba. Pudo agotar la paciencia del Santo. Sin embargo, suavemente él seguía enseñando su doctrina redentora.

Pero, un día, aquella mujer pareció ya indomable, y a los consejos respondía jactándose de tener veinte años, como si la rectitud, la moral, la fe, fueran problemas de ocasos, y el sacerdote apenado tuvo que decirle:

—"Hija mía, mira que acaso no puedas repetir tus expresiones"...

Aludía a sus atrevidas respuestas, a su actitud de desafío a Dios. Pero él sólo pronunció aquellas escasas palabras.

¿Anunciaban un castigo?... A la noche la pecadora enfermó de la lengua, y pocos días después moría sin haber podido hablar.

—"Yo soy solamente un instrumento de Dios", exclamaba él.

No era su voluntad la que se cumplía. Como las gracias, también los castigos venían de arriba, y unos y otros llegaban a quienes debían recibirlos. Asimismo mucha gente negaba sus verdades o las desdeñaba.

—"¿Os resolverías a creer, dijo en otro hospicio, si Dios hiciera entre vosotros un prodigio?"

Ellas dijeron que así creerían.

Entonces el sacerdote anunció que algunas de ellas morirían pronto. Y no dijo una, sino algunas... ¿Cómo creer que decía verdad, si estaban sanas, si eran jóvenes, robustas, y se sentían llenas de vida?

Pero unos días después, cayó el techo de uno de los dormitorios, mientras dormían, y varias de ellas murieron.

Su poder era grande.

Pero llevaba una vida de pruebas.

En medio de un temporal, cuando el viento sacudía su puerta, se oyeron golpes más fuertes. Era un hombre que llamaba al sacerdote para dar los sacramentos a un moribundo.

Bajo una fuerte lluvia caminaron largo rato. Una iglesia dió las doce. Entraron en los

barrios bajos, hasta llegar a una casa mísera, con la puerta abierta y la escalera a oscuras.

El hombre que lo guiaba había explicado por el camino que el moribundo no quería confesarse sino con él. Iba preocupado, y apenas hablaron. Allí le dió unas cerillas para que se alumbrara, pues él quedaría abajo para no incomodar.

Con la llama vacilante, Claret entró al cuarto fúnebre y se acercó a la cama, en la que el penitente esperaba inmóvil.

Había llegado tarde.

Llamó, y su guía subió espantado.

Aquella sorpresa le reveló todo. Entonces levantó las sábanas, y debajo, la mano muerta apretaba un puñal.

El cómplice lloraba ahora pidiendo perdón. Confesó sus planes. Entre ambos habían querido matarlo. La razón no importa. El sacerdote no se inmutó. "Bendita sea la Providencia y alabados sus inexorables designios", fueron sus palabras. Y lo dejó ir sin darlo a la Justicia, pero haciéndole ver cómo Dios castiga sin palo ni piedra, y que ese es el castigo que hay que temer.

Es que se iba buscando su muerte para hacer cesar su apostolado, para acallar su voz.

—"El amor de Cristo nos apremia" decía

él mientras tanto, siguiendo apuradamente sus misiones.

"El amor de Cristo nos apremia" era el lema de su escudo arzobispal: **"Charitas Christi urget nos"**. Y vivía para cumplir el precepto. ¡A cuántos llevó así al buen sendero! Y, ¡cuántos hombres doctos buscaban su consejo!

El Obispo de Avila decía a la Madre Sacramento, esa fundadora que luego será canonizada:

—"Dé gracias a Dios que le ha concedido tan buen piloto". Y cuando ésta, por algún motivo acudía a él, volvía a elogiar a su insustituible director, agregando:

—"Usted alcanzará la paz del alma creyendo y dejándose llevar por el Señor Claret".

Y ese mismo Obispo que se expresara en términos admirativos sobre la inteligencia y la piedad del Santo, solía decir:

—No he encontrado en mi vida personas más virtuosas que la Hermana Caridad y el Padre Claret...

Esa opinión debía ser general entre quienes, por seguir su mismo camino, apreciaban mejor las condiciones del Santo. Por eso es que lo llamaban de todos los conventos, de todas las congregaciones. El canónigo de Monte Rey, de Granada, le pedía un plan para las Religio-

sas de Cristo. El Instituto de Siervas de Jesús, en ese mismo momento, le pedía otro, y uno más las Hermanas Filipenses. Querían su aprobación las Hijas del Inmaculado Corazón de María; guiaba a las Terciarias Capuchinas, a las Terciarias Domínicas y a las Terciarias Carmelitas. Intervino en la fundación de las Hermanas Capuchinas de la Divina Pastora, en la fundación de las Hermanas Dominicas de la Anunciata; dió un reglamento al Instituto de María Inmaculada y de la Enseñanza, y a las casas de Cuba, Tremp y Reus, de la Madre París.

Era el conductor, el consejero. Asimismo, él, que podía enseñar, teniéndose por menos que ninguno, decía a un penitente muy devoto:

—"Usted que tanto ama a Dios, enséñeme a amarlo más"...

Era amar a Dios, sin embargo, ofrecerle su vida, como él lo hacía. Era amarlo, llevarle cientos de almas, miles de almas. Era amarlo, mantener aquella constante evangelización, el permanente sufrimiento a que lo exponían sus enemigos, y la exaltación con que ayudaba a su gloria. Era amor también su fervor encendido, ese amor que inundaba todo su ser, según decía, en forma tal, que al terminar la misa, quedaba siempre durante media hora aniquilado.

Y era amar a Dios, evidentemente, pasar veinticuatro horas orando de rodillas, sin levantarse un segundo, sin hacer un gesto, como algunos lo vieron en la Basílica de El Escorial, inmóvil como una estatua.

—"¡Oh Dios mío! Vos sois mi gloria y mi fin". Así decía, y así era.

Y Dios correspondió a aquel amor.

Era el 26 de agosto de 1861. Rezaba en la iglesia del Rosario, en La Granja, aquella propiedad de los reyes. Daban las siete de la tarde, una hora todavía de luz. Largo rato llevaba el Santo recogido, absorto, cuando el Señor se le presentó para concederle la gracia de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho.

—"Glorificate et portate Deum in corpore vestro", le había dicho.

La gracia mística iba a ser ahora continua. Ya no pasaría por el Santo, como por los otros, solamente durante el breve instante de la comunión. El espíritu de Dios permanecería en él.

Su emoción debió ser inmensa. Pero sólo habló de que ahora debía andar muy recogido y devoto interiormente.

Y en el documento autógrafo que guardan

los Archivos Claretianos de Vich, según afirman los autores españoles, está escrita una meditación, la número 27, con fecha de 12 de octubre de ese mismo año, que dice:

—"En mi vivir ya no soy quien vivo; es el mismo Cristo quien vive en mí".

Al otorgarle tan preciosa gracia, el Señor recomendó también al Santo que debía hacer frente a los problemas de España, a un tiempo que le recordaba cómo sin méritos ni talento y sin influencia de personas, lo había hecho subir de lo más humilde de la plebe al puesto más encumbrado, al lado de los reyes de la tierra, y ahora lo ponía al lado del Rey del Cielo.

Entonces él comprendió por qué estaba allí y por qué debía quedarse.

Las palabras de Dios habían sido precisas, y el mandato lo recibía el Santo justamente en el año en que la unidad del Reino de Italia causara a la Iglesia la pérdida de los Estados Pontificios.

Aquel grave acontecimiento ya tenía o estaba teniendo repercusión mundial. Se consideraba un acto de guerra al Catolicismo y un agravio a sus supremas autoridades; y de acuerdo a sus distintas ideologías, muchos países iban manifestando sus opiniones. ¿Queda-

ría España al margen, sin pronunciarse en ningún sentido?

España, con su reina católica y su gobierno liberal, tenía un problema difícil de resolver. Beneficiaba en ese momento a la monarquía, el hecho de que Narváez, temperamento moderado, espíritu conservador, que seguía una política de equilibrio, estuviera al frente del Gabinete. Pero los ministerios se sucedían con rapidez de vértigo. Ninguno contaba seriamente con el apoyo parlamentario, se volvían enseguida impopulares y debían dimitir. ¿En quién se apoyaría la Reina cuando la Corte exigiera una decisión? Hasta el Rey consorte, esa figura incolora y que carecía de todo ascendiente, por circunstancias especiales, iba a ser un adversario de la Reina. Llegaba en ese momento de Francia, al parecer comprometido con Napoleón III a apoyar la unidad italiana. Pero Isabel había dicho que prefería perder la vida a firmar el reconocimiento. ¿Fué acaso, por eso, que con un pretexto cualquiera, Narváez perdía la dirección del Ministerio, y se obligaba a la Reina a sustituirlo con O'Donnell, sea como fuere?

Fué la forma de preparar su claudicación.

Las bellas palabras de la Reina iban a venirse abajo con estrépito.

Tal vez nunca pensó que tuvieran que

cumplirse... Y había escrito al Papa a fin de llegar a una solución, porque esperaba una respuesta amable y conveniente a sus intereses.

La contestación fué clara y categórica, y decía:

"No se me oculta la difícil situación en que se halla Vuestra Majestad y conozco que en el sistema parlamentario el Soberano se halla muchas veces impedido de poner por obra las resoluciones que conoce se habrían de tomar; sin embargo estas resoluciones jamás pueden ni deben admitirse si ellas son contra la justicia. Por esta sola razón comprenderá fácilmente Vuestra Majestad que mi consejo será siempre contrario al reconocimiento de una usurpación".

¿Esperaba ella esta respuesta?

Pero ya antes el clero español le había indicado su deber. Los obispos dieron una comunicación que era una censura a la posibilidad del reconocimiento y, en la que se establecía su posición. El manifiesto, tomado por desafío al gobierno liberal, tuvo por consecuencia la separación del Obispo de Burgos, en su cargo de Ayo del Príncipe, pero todavía la Reina vacilaba.

Al verla titubeante, su Confesor le había hecho sentir el significado de la grave decisión. Y había prevenido que se retiraría de la Corte, si la eventualidad llegaba a producirse.

Por su parte, él también había pedido ins-

trucciones a Roma, para ajustarse a los más estrictos intereses de la Iglesia y esperaba la respuesta, que, en ese tiempo de correos morosos, aún no había llegado.

Eran los prolegómenos.

En aquel verano presagioso, la Corte, igual que los días esplendorosos, vivía despreocupadamente, horas casi bucólicas en la posesión de los reyes, en San Ildefonso.

El Confesor, mientras tanto, repartía sus tareas entre Madrid y La Granja.

Nada parecía precipitarse.

Y él estaba en la capital, cuando los ministros se presentaron a la Reina, a fin de tratar asuntos urgentes, y entre ellos, éste tan grave.

Es probable que se haya aprovechado el momento en que ella, sin la presencia de su director espiritual, pudiera ser presa más fácil. Sabían que su voluntad era débil, y desde luego que no conseguiría argumentar frente a ellos, que no podría defender su posición. Se le dijo que con ese acto desarmaba a la oposición y al pueblo que estaba ya enconado contra la monarquía, pronto a levantarse, y que era enemigo de la religión, y que al firmar salvaba la corona. Fué como un asalto de jauría, con el que se le iba encerrando. Pero asimismo, esa noche no firmó.

¿Por qué firmó al día siguiente?... Acaso tuvo miedo al fantasma del destierro. Cedió, porque debe costar renunciar al hábito de vivir coronada, cuando no se poseen las dotes y la dignidad que para ello deben tenerse. De ahí que sus manifestaciones anteriores se deshicieran como fuegos de artificio. Ni supo defender su fe, ni ser fiel a sí misma, ni pensó en las consecuencias que iba a crear a su conciencia. Obró para congratularse con la oposición que, con zalamerías y argucias la engañaba.

¿Cabía que se le tuvieran luego consideraciones? Con la tinta húmeda, los ministros se retiraron, llevando el documento en triunfo, como un trofeo. Y ella, asimismo, no lo comprendió.

—"¡Señora! ¿Qué ha hecho Vuestra Majestad?".

El Padre Claret llegaba desolado. Era ya tarde, y todo se había perdido.

La Reina explicaba el asunto como si éste pudiera borrarse, y lloraba con desconsuelo infantil. Pero superficial en su pena, como había sido ligera en su resolución, y como si el acto trascendente no tocara sino a su persona, preguntaba:

—¿Ahora qué haré?...

—Señora: una piedra que se echa a un po-

zo, difícilmente se saca. Yo me voy. Esa fué su respuesta.

La Reina pidió, lloró, le negó su autorización, le hizo negar los pasaportes.

Pero, el Cristo del Perdón, ante cuya imagen fué el Santo a rezar, le dijo:

—"¡Antonio, retírate!"

Unos días después, Antonio Claret salía para Vich.

En la hora de su Beatificación se dirá que cumplió en llevar el nombre de Dios a los hombres y a los reyes; se le llamará Venerable; se le tendrá por Apóstol; se pensará que su sitio debía ser ya el de los Bienaventurados; y se dirá de él:

—"Escogido por Dios como Pablo, para vaso de elección"...

Entonces esta tormenta y todas, ya habrán pasado. Habrá pasado así la hora injusta. Se dirán sus méritos, y muy en alto sus alabanzas. Pero será después de haber estudiado su causa, durante años y años, cuando reciba la aprobación formal del Pontífice Pío XI y la aprobación del Consistorio de los Cardenales.

Pero estamos en ese tiempo crucial, que será el único que él verá con ojos mortales.

Entonces sólo los suyos lo defendieron, sólo ellos supieron ver su "resignación heroica" y dijeron indignados que lo atacaban porque no lo conocían. Y tenían razón: fué injustamente perseguido, calumniado, sacrificado, aunque alguien, Francisco de Asís Aguilar, hablando a sus discípulos con proféticas palabras, al anunciar la visita del Padre Claret a su Seminario, dijese:

—"Fijaos bien en el que os va a visitar, ya que algunos de vosotros lo veréis en los altares"...

La prensa española mencionará al Padre Claret, al comentar los sucesos. Los diarios del gobierno dijeron de su conformidad con el reconocimiento, haciendo circular noticias falsas. Pero "La Regeneración" insertó ya en sus columnas un desmentido. Y este diario, sin duda autorizado, decía: "El señor Claret está desolado al ver la **prudencia carnal,** los miramientos humanos y las ideas impías que le atribuyen los periódicos amigos del Gobierno.

...El señor Claret dice a todo el que le habla de este asunto, que se arrancaría mil veces la lengua antes de concitar contra su cabeza la indignación del cielo... Tiembla sólo al oir de que se le supone capaz de contemporizar con los enemigos de la Santa Sede... El señor Claret aprueba todo lo que el Papa aprue-

ba y reprueba todo lo que el Papa reprueba. Desmienta usted a todos los que osen calumniar a este Venerable Prelado diciendo otra cosa... El señor Claret, según su costumbre, vive muy alejado de los ministros, ni los ve, ni los oye, ni los autoriza para que tomen su nombre para nada"... Y añadía después de otras puntualizaciones:

"Los autores de ciertas noticias saben que el señor Claret es sufrido hasta el heroísmo, y que sabe pasar años sin desmentir ni declarar apócrifas las obras infames que se le han atribuído para deshonrarlo. Con todo, crea usted, me consta lo que digo, que todo tiene su término, y que no tardará mucho en que reciban un mentís tan terrible como solemne los calumniadores del señor Claret".

Pocos días después, otro periódico, "La Esperanza", publicaba, la respuesta del calumniado Arzobispo, escrita en estos términos:

"Durante mi viaje a Cataluña he leído que los periódicos dicen que el Arzobispo de Trajanópolis no siente como los demás Prelados de España y que reprobaba lo que ellos habían dicho en sus representaciones relativas al reconocimiento del Reino de Italia. Como semejante impostura podría ocasionar alguna desestima de mis amadísimos hermanos los Obispos, digo que siento como ellos sienten y que

si me hubiera hallado en su lugar habría hecho lo que ellos han hecho y habría dicho lo que ellos han dicho en sus representaciones", firmando, Antonio María, Arzobispo de Trajanópolis.

Jamás se había defendido de una falsedad. Pero comprendió que debía asimismo hacerlo, y había escrito una réplica tan violenta y enérgica, que, se dice que debió suavizarla, como lo hizo, a pedido del Arzobispo de Barcelona. Con todo, se creyó que con ésta, no volvería a Madrid y que dejaría de ser Confesor de la Reina.

Predicaba, mientras tanto, por Zaragoza, por Barcelona, como antes, por Lérida, como al principio. "¡Alma mía, bendice al Señor!"...

Había vuelto a los días humildes de misionero. Las mujeres se acercaban a él, con los hijos en brazos para que los confirmara. Otra vez pareció que los ángeles caminaban a su lado.

Aquella vida de lucha, de trampas, de accidentes, habían dejado intacta su pureza. Tenía todavía su antiguo candor, aquella sencillez primera, sus virtudes transparentes. El Padre Carmelo Sala, su confesor durante muchos años, dijo alguna vez, que su alma nobilísima y ferviente no fué nunca manchada por una falta grave, y que las faltas veniales carecían de toda deliberación y consentimiento. Aquellos vendavales de odio que contra él se desataban,

solamente consiguieron darle el raro goce del menosprecio, el santo goce del sufrimiento. De los combates salía más purificado y desprendido de las pasiones de la tierra. El Cardenal Lluch y Garriga, Arzobispo de Sevilla, sorprendido, elogiaba sus virtudes, su laboriosidad, su sabiduría, su vida ejemplar, su celo apostólico y el Obispo de Almería pronunció de nuevo un término, ya muchas veces dicho, al afirmar que era un santo.

Pero él seguía tan lejos de las alabanzas como de las ofensas. Eran palabras que no llegaban a sus oídos, o que era como si no llegaran, y que quizá nunca llegaron.

Estaba en Cataluña, esperando órdenes de Roma.

Recibía mientras tanto cartas de la Reina y de O'Donell, su primer ministro, pidiéndole que volviera. Y las cartas, o las pruebas de esas cartas, figuraron luego a modo de comprobantes de esta hora, en el Proceso Informativo de Tarragona y en el Proceso Apostólico.

Al fin fué recibida la respuesta de la Santa Sede. Se comunicaba a la Nunciatura que se consideraba beneficiosa su permanencia en el cargo, tales eran los términos; pero Monseñor Antonelli recomendaba que no se le violentara "Creando perturbaciones a su conciencia delicada". Y se le decía que el Sumo Pontífice, le encargaba que rogara a Dios para que lo iluminara.

Sin embargo el Nuncio, en su carácter diplomático, recalcaba los términos que estaban más de acuerdo con su criterio. Y lo hacía como si pudieran separarse la conveniencia de la Iglesia y la tranquilidad de conciencia del Prelado. Al servir de intermediario para trasmitir las instrucciones, las presentaba como posiciones antagónicas o por lo menos distintas, cuando nunca, en verdad, se había tratado de su propia paz. Sólo importaba saber si beneficiaba más a la Iglesia el consejo que podía dar a la Reina en los asuntos eclesiásticos, o sancionar el desaire y la injusticia hecha al Vaticano. Evidentemente el Nuncio trataba de que permaneciera en su cargo. Pero él consultó con algunos obispos, sin que coincidieran sus amistosas insinuaciones. El caso era muy grave. El Rmo. P. Xifré propuso entonces que se convocara al Gobierno de la Congregación, y los votos también se dividieron.

El se hallaba cada vez más afectado y más indeciso. Pidió entonces al Padre Clotet que lo acompañara a rogar a Dios, y ambos, de rodillas en las losas, permanecieron ante el Santísimo Sacramento por espacio de más de media hora.. Después, oyó esta respuesta:

—"Irás a Roma".

Nada mejor en su situación que ir a inclinarse ante la suprema autoridad de la Iglesia.

Abrumado por la responsabilidad, porque era hombre de muchos escrúpulos, así se ha dicho, cuidaba de no llevar la severidad a la injusticia, pero no era cosa, desde luego, que los intereses altos y puros de la Iglesia de Dios, quedaran empañados por razones del mundo.

El Padre Xifré lo acompañó a Roma. En el libro del Padre Aguilar se dice, que "dió cuenta a Su Santidad de la situación española, de su vida, influencia y trabajos en la Corte, de los motivos por que la había dejado y de sus vivos deseos de no volver más a ella, acabando empero por ponerse enteramente a las órdenes del Padre Santo".

Ya en distintas ocasiones Pío IX se había mostrado benévolo y generoso con él, ya fuera para juzgarlo, ya para comprenderlo. Ahora lo escuchó con simpatía y con piedad, y se oyó que le llamaba "querido mío". Pero asimismo consultó su caso con el Nuncio y algunos obispos españoles, para saber hasta dónde era indispensable la permanencia del Arzobispo en la Corte. Debieron estudiarse todos los matices.

Su vida había estado enteramente dedicada al deber. Sólo podía hacérsele, como único cargo, aunque no consta que se le hiciera, el hecho de haberse alejado de la Reina, para cumplir deberes, cuando un día o unas horas, podían volverse como se volvieron trascendentales. Sin embargo, aparentemente era aquel un día cualquiera. Así, ni siquiera podía pensarse

en una imprevisión, pero si la hubiera habido, habría que acordarse de los Apóstoles, que se habían dormido cuando tenían que velar.

No era pues culpa suya.

El se había opuesto con energía. Había defendido la causa de la Iglesia, como la causa de Dios.

El Vaticano estudiaba el pro y el contra del asunto prescindiendo de que la resolución fuera de sacrificio para él. Y en Madrid, aquel pueblo ya sublevado, aquella prensa malevolente, aquellas turbas desaforadas, que los políticos habían agitado para su conveniencia, gritaban para que no volviera y diciendo que no lo dejarían entrar en Madrid.

El por su parte, había entregado su causa, y serenamente, resignadamente, esperaba. Con todo, la resolución le produjo, como dijo, "un sentimiento de muerte".

Tenía que volver.

Era volver a los tormentos. Era volver para seguir siendo denigrado, insultado. Era regresar para que se le escupiera. Para seguir acribillado por los odios de los liberales, para que se siguieran inventando todas las miserias, con esa bajeza y ese sentido criminal de los que imaginan que así se levantan ellos.

Pero obedeció, y fué, como se hizo notar, con sentimientos de obediencia y resignación parecidos a los de Isaac.

El Padre Puigdessens, dice que en el espíritu de este Santo se juntaban una potencia titánica para obrar con una resistencia heroica para sufrir. Y así fué. Y así quiso él que fuera.

La resolución española había causado disgusto en los medios allegados al Vaticano, y esto contribuyó a que se discutiera la personalidad de Claret. Así, aun de los diarios adictos a la causa, alguno, si bien le llamaba "varón eminente en santidad, sacerdote sabio en doctrina, conocedor de la moral, excelente director de almas", y "lumbrera eclesiástica", le llamaba también "nulidad política".

Pero el Papa, en carta a Isabel II, tenía al Confesor, "por un hombre todo de Dios", y decía que: "aunque ajeno a la política, harto conoce las destemplanzas de la misma y la malicia de los hombres que son católicos sólo de nombre".

Las distintas opiniones prueban que en él se habían cifrado toda clase de esperanzas, incluso la de que hubiera podido vencer a los liberales.

Pero ahora, ¿debía seguir en el cargo? Los obispos españoles, que fueron consultados, con rara unanimidad, sostuvieron que debía volver. Es que el solo hecho de anunciarse su regreso a España era importante, y fué beneficioso para Roma. Así, la Reina, en su discurso con motivo de la apertura de las Cortes, como si pun-

tualizara ahora su posición de soberana católica, dijo:

—"Motivos de diversa índole, fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la Nación, me han impulsado a reconocer el reino de Italia. Este reconocimiento no ha podido entibiar mis sentimientos de profundo respeto y filial adhesión al Padre común de los fieles, ni menoscabar mi firme propósito de mirar por los derechos que asisten a la Santa Sede".

La oposición recibió con disgusto sus manifestaciones; pero el Nuncio escribió a Claret, quien esperaba órdenes en Barcelona, que se dirigiera inmediatamente a Madrid.

Y al saberlo, uno de los obispos, compadecido, exclamó:

—"¡Qué Dios le dé paciencia para sufrir los sinsabores!"

Cuando el Padre Claret llegó al Palacio Real de El Pardo, donde reyes y príncipes llevaban todavía una agradable vida de halagos, rodeados de cortesanos adictos y bosques magníficos, fué recibido jubilosamente.

Pero allí cerca, en la capital, el panorama era otro. Recorrían las calles grupos populares dando gritos hostiles no sólo a la Iglesia, sino también a la monarquía. Habían llevado también el incendio a las iglesias y el saqueo a los conventos, y se decía que la Reina no volvería a pisar Madrid.

Era éste el principio de la guerra civil. Los liberales, que habían tenido en sus manos las riendas del poder, molestados por las manifestaciones conciliadoras de la Reina hacia el Papado, venían provocando ese descontento, con su prensa exaltada, sus oradores de barricada y sus agitadores de bajas ambiciones. Sus ataques más fuertes eran dirigidos lógicamente contra el Confesor real, cuya presencia era considerada por ellos, como el precio de la casi retractación de la Soberana.

De ahí también que dos veces seguidas, durante esos días, se atentara contra su vida. La primera vez, en el Hospital de Monserrat, donde un supuesto enfermo, por un milagro no pudo llevar a cabo el acto fatal. El segundo intento debió ser realizado en una iglesia, cuando el criminal se arrepintió instantes antes de cometer el crimen.

Y el Santo, a modo de comentario, sólo dijo entonces:

—"Bendito sea Dios que me brinda el cáliz de la pasión de Jesucristo!"

Su serenidad no era alterada por acontecimiento alguno. Sabía que querían su muerte, y escribía:

—"De un tiempo a esta parte soy muy perseguido y calumniado", pero gracias a Dios por ahora voy llevando bien la prueba.

No se quejaba del mal que le hacían, más bien le agradaba, y hasta llegó a decir:

—"Si ellos supieran el bien que me hacen, dejarían de calumniarme o perseguirme"...

Asimismo, entre los que estaban con él, muchos le pedían que se defendiera. El se negaba a hacerlo, sosteniendo:

—"Dios sabe mejor que yo los males que para mi bien espiritual debo sufrir. Si yo hubiera pedido una cruz no hubiera acertado a pedirle la que necesito".

¿Qué se podía responder a esa fe y a esa conformidad?

Pero en algún momento comprendió que debía renunciar a su cargo en El Escorial.

Todos pensaron que, a pesar de su paciencia, la saña con que lo perseguían debía serle ya intolerable y aprobaron su decisión.

Veían que esa vida de apretados sufrimientos lo iba envejeciendo. Hasta su salud y su resistencia física se quebraban.

—"¡Con qué gusto moriría si Dios me lo permitiera!" exclamaba ahora.

Y escribiendo al Rmo. P. Xifré para anunciarle que había estado muy enfermo, agregaba:

—"Pero ya estoy bien, frustradas mis esperanzas de muerte próxima!"

Era éste todavía un descenso maravilloso de dulzura, de paciencia, de resignación, de

mansedumbre, de santidad. Seguía aceptando los oprobios como gracias. Ninguno colmaba para él la medida. Y cuando en un momento el Padre Clotet, indignado, quiso tomar su defensa, lo hizo callar, diciendo:

—"No hablen ustedes de esto, que yo sé lo que me conviene y lo que Dios exige de mí".

La prensa católica sin embargo le ofreció sus columnas. Todos estaban de acuerdo en que debía defenderse, o en que dejara que se le defendiera, y él, para terminar, dijo al Rmo. Xifré:

—"Recuerde usted que este es el patrimonio que nos ha dejado Jesucristo y que ésta es la paga que nos da el mundo", diciendo siempre: **"In silentio et spe erit fortitudo vestra..."**

Su posición no fué nunca otra.

—"Cuando nos hacen una injuria —decía— primero la hacen a Dios... ¿Por qué no la sufriré y no la perdonaré yo, vil gusano y miserable pecador?"...

Fué con los reyes a Segovia, luego a Castilla, después a Andalucía. Para la Reina el viaje tenía algo de marcha triunfal. Los pueblos la aclamaban. Quizá estaban agradecidos a su presencia, a la que era una desacostumbrada presencia. Y la vivaban, a veces, hasta en la iglesia. De ahí que él tuviera que hacer callar a los entusiasmados pueblos, que perdían el control y tuvo que decirles que en el templo de

Dios inmortal, no se daban vivas a ningún mortal. Y el acto y la reprimenda se repitieron en Asturias algunas veces, luego en Villafranca del Vierzo y en Badajoz.

Parecían, en verdad, días sin inquietudes. Pero él veía en aquel momento de esplendor sólo una tregua, un pretexto, acaso una preparación, y le decía a su primo Magín Claret, joyero en uno de los pueblillos asturianos:

—"Magín, este entusiasmo y este recibimiento tan inusitados me recuerdan demasiado exactamente la diferencia que hubo en Jerusalen, entre el Domingo de Ramos y el Viernes Santo."

Y añadía:

—"Isabel tiene demasiados enemigos"...

Por las poblaciones parecía que pasaba también una hora fervorosa. Quizá fuera su palabra, la que los llenaba de fe y de piedad. Pronunciaba discursos y sermones en todos los pueblos, y en las iglesias, en los conventos, en las plazas, y a veces, al detenerse el tren en las estaciones del ferrocarril. Valencia entera lo proclamó santo y mártir. En la ciudad de Alicante se solicitó a la Reina para que dejara al Arzobispo, a fin de que les hiciera unos días de misiones. Se dijo que en muchos conventos lo contemplaban como si hubiera bajado del cielo. Se dejaba escrita constancia de su visita, y se hablaba "de aquella persona tan venera-

ble, con su rostro como de santo, y sus palabras como del cielo"... En León los diarios escribieron sobre "el ilustre apóstol que la Providencia ha suscitado en estos tiempos tan calamitosos"...

"Es un santo —afirmaban— un inspirado del Señor... Es un verdadero prodigio de la Omnipotencia". Y añadían: Mucho nos edificaban sus obras, mucho nos sorprendía lo que se decía de sus misiones, pero lo que hemos oído, lo que hemos visto en dos días que hemos tenido la dicha de tenerlo con nosotros, excede a todo lo que habíamos podido imaginar.

Era ya todo como antes. Lo vieron entre resplandores. Los fieles sollozaban en las iglesias al escucharlo. Se arrodillaban en la calle a su paso.

"Conozco que Dios quiere que predique, decía, pues me hallo tan tranquilo, tan descansado y con tantas fuerzas como si nada hubiera hecho"... y agregaba: "El Señor lo ha hecho todo. Bendito sea para siempre".

Y en ese tono, pronunció en aquellos cuarenta y ocho días de viaje, doscientos cinco sermones...

Era un dulce reconocimiento. ¿Cómo no sentirlo después de tantas persecusiones? Los Dominicos de Ocaña, por ejemplo, escribían en su libro de visitas, que "habían besado el anillo de un santo". Los Hijos de San Vicente de

Paul guardaron para siempre el recuerdo de una medalla suya. En el Beaterio de San José se va a conservar religiosamente el alba con que dijo la misa, y se tendrá como reliquia. Las Hermanas de la Caridad harán unas mangas para comulgar con un balandrán suyo. Y las monjas de la Visitación imprimirán una hoja diciendo: "Este santo pastor es una de las grandes almas que la Divina Providencia envía de tiempo en tiempo, según las necesidades de su esposa, la Santa Iglesia".

Juzgaba así la Iglesia al que fuera el hombre más perseguido —como se dijera— del siglo XIX, Pero, había sido así siempre, y antes ya el Padre Sala, escribía:

—"Yo no acabo de admirar este portento de gracia, y de bendecir al Señor que en su misericordia me concede este don precioso, y de confundirme con lo que aprovecho con tan buen maestro".

¡Cuántos consideraban al Santo fuera de la tierra! Y, sin embargo, cuando la revolución preparada por Espartero, se hizo inminente, él, que había salido del horror de Madrid, y que era el blanco de los odios del pueblo opositor, le dijo a la Reina con toda energía, como lo oyó el Padre Puig:

—"Señora, vamos a Madrid, que la revolución va a estallar".

Pero la Reina no comprendía. Tal vez no

quería creer. Era una mujer inconsciente, y hablaba de los baños que tenía que tomar por indicación médica. El Arzobispo le habló entonces, no como a una reina, sino con la severidad con que se debe detener al que por estupidez va a cometer un irreparable error. Le dijo que lo secundario no podía anteponerse a lo principal.

Pero los que formaban todavía su corte, callaban temiendo encontrarse en más comprometida y grave situación. Y mientras ella seguía invocando zonzas excusas, sus ministros, sus amigos, guardaban silencio. "Si Su Majestad fuera una muñeca —dijo Antonio Claret— me la pondría en el bolsillo y echaría a correr a Madrid para salvar a España de la Revolución". Pero no fué escuchado. Todas las actitudes eran circunspectas. Estaba rodeado de personas prudentes, y unos días después, aquel reinado había terminado.

Sus ejércitos habían perdido la batalla de Alcolea, y la Junta Revolucionaria dictó la destitución de la Reina.

Posiblemente aquella actitud que aconsejara el Padre Claret no hubiera contenido el movimiento. Pero sí habría hecho caer a la Reina con grandeza. Y ahora emprendía el destierro.

Al pasar por la frontera algunos oficiales todavía presentaron armas. Ese fué el último homenaje que recibió. Pasó llorando... Prácticamente no tenía súbditos, tampoco tenía amigos, ni siquiera cortesanos, y España pa-

saba a ser un sueño; y en el coche con los reyes y los príncipes, iba al destierro también el Santo.

Hasta París llegó la saña de los políticos españoles; hasta allí persiguieron al Santo con sus calumnias y sus infamias. La prensa estaba plagada de mentiras y se le enviaba permanentemente una correspondencia insultante. Y todavía no conformes con esto lo acusaron ante los tribunales, diciendo que habían desaparecido joyas en El Escorial.

Los Reyes, indignados quisieron tomar su defensa, y hubo que hablarle de ese asunto.

¿Tendría que defenderse?...

Algunos años antes, él había tenido un sueño. Se vió preso por una cosa de la que era inocente. Y decía ahora al relatarlo:

—"Yo no dije nada, pensando que era un regalo que me hacía el cielo, que me trataba como a Jesús"...

Y explicaba:

—"Y me callé como Jesús; y todos mis amigos me abandonaron, como a Jesús".

Sin embargo en el sueño también, uno lo había querido defender, como Pedro a Jesús y a éste él le había dicho:

—"¿Tú no quieres que yo beba el cáliz que me ha enviado mi padre?"...

Era difícil, pues, defenderlo. El no lo admitía. Sin embargo, ahora, cuando se le acusó infamemente de ese robo de joyas, González de Mendoza, que era Vice-Presidente de El Escorial en el momento en que él era presidente, sin atender sus protestas, tomó su defensa, y mostró a los acusadores, dónde estaban las joyas, guardadas desde hacía nueve años, sin que nadie las hubiera tocado, con sus cajas cubiertas por el polvo de nueve años.

Si todo aquello tuvo por objeto desprestigiarlo, quizás en algunos creó dudas; pero los que se proponían principalmente mortificarlo perdieron su tiempo.

—"Procuraré la paz interior —decía el Santo— sin enfadarme ni disgustarme por cosa alguna de este mundo"...

El estaba fuera de la batahola infernal y exclamaba:

¡Hace doce años que no paso un invierno más feliz!

Era feliz en aquel retorno a la pobreza, viviendo de caridad en los conventos, escribiendo las Constituciones de la Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María,

pronunciando conferencias para arbitrar recursos para los otros exilados...

En algún momento surgió entre los españoles la idea de intentar la recuperación del trono y se pensó en el Príncipe de Asturias. En cuanto el Santo se enteró del proyecto, resolvió alejarse de París, e instalarse en Perpignán o en Prades, para mantenerse ajeno a las conversaciones, e ignorar lo que se pensara, o dijese. Personalmente, sin embargo, él prefería que la Reina delegara sus poderes en el Príncipe, porque ese acto le devolvería su libertad.

Pero el movimiento seguía sin resolverse, y él decidió entonces partir para Roma, dispuesto a no volver.

Un tiempo después, la Reina pedía al Nuncio su intervención para que se le enviara a su Confesor, pero sin conseguirlo.

El se había instalado en el convento de San Adrián, y allí alternaba sus ocupaciones de escritor con sus tareas de lego, y llevaba vida de extrema pobreza, satisfecho de aquellas privaciones y trabajos que lo ayudaban a perfeccionarse, aunque tantas penalidades, la falta de fuego en aquel invierno frío, el excesivo trabajo, iban venciendo su cuerpo.

Con todo, su presencia tan oscura, tan ca-

llada, no pasaba desapercibida, y Pío IX lo recibió, diciéndole:

"—Sé las calumnias y maldades que se han dicho contra usted. Yo he leído todo". Y lo animó citando autoridades de las Escrituras y dándole razones muy poderosas para consolarse.

Y fué en esa entrevista cuando el Santo anunció al Papa la entrada de los piamonteses en Roma, diciéndole que le había sido revelada por Dios.

Una vez más había estado en comunicación con el cielo. Porque era como una vida vivida entre el cielo y la tierra.

—"Dios nos ve... —decía. Dios está presente".

Y muchos asistieron a sus éxtasis y comprendieron que el Santo estaba ante la presencia divina...

Estaba ya enfermo y sabía próximo su fin cuando asistió al Concilio de la Basílica de San Pedro. Llegaba al término del alto camino, e impresionaba por su sencillez, por su humildad, por su recogimiento, por aquella actitud tan piadosa y suya de estar con los ojos bajos.

Uno de los sacerdotes, el Padre Goyaz, que va a ser más tarde Arzobispo del Brasil, dirá entonces, que, cuando con un grupo de

clérigos, recibió la comunión de sus manos, las palabras que pronunciara estaban tan "llenas de celestial ambrosía y de ternura indecibles que agregaba:

"Y juzgo inútil decir que para todos nosotros aquella comunión fué la más fervorosa que llevamos hecha"...

Pero ya estaba señalado su tiempo. Ya era considerado por todos, "verdadero mártir de la causa católica"; ya los Obispos españoles, allí en Roma, unánimemente defendieron su obra. Ya comenzaba el reconocimiento y se le llamaba el Sacerdote más edificante del Concilio. Se iniciaba la justicia con la decadencia física. Se empezaba a ver claro en él, casi al saber que se alejaba. Ahora, sin hablar, llamaba la atención; sin palabras, era un guía.

El mal que avanzaba en él, lo había dejado con dificultad de palabra. Pero asimismo cuando se discutió un tema que le había interesado siempre: la virtud y la honestidad del clero, dijo su opinión categórica, definitiva.

Allí, en esa hora última fué aprobado también su proyecto de Catecismo Universal. Y el día que se trató de la infabilidad del Papa, enfermo como estaba, subió las gradas y cerca de la muerte, defendió la posición dogmática con tanta energía y fervor, que impresionó a los congregados. "Esta es mi creencia y con toda ansia deseo que ésta mi fe sea la fe de

todos". "No temamos a los hombres que no tienen otro apoyo que la prudencia de este mundo, prudencia que a la verdad es enemiga de Dios". Y recordó a todos las palabras de Jesucristo a Santa Teresa, y de cómo existen los que no quieren entenderlas, porque no quieren obrar bien.

Y luego de su discurso, los Obispos impresionados hablaron del Santo y lo comparaban a Pafnucio y a Potamón, diciendo "Verdaderamente, Monseñor es un confesor de la fe".

Después, próximo su fin, resolvió ir a Prades, para quedarse con sus Misioneros. Pero todavía quiso llevar una vida corriente. Dió conferencias y clases a los novicios y estudiantes, a fin de prepararlos para la ciencia de la lucha interior, que él había poseído en tan alto grado, para enseñar a tonificar la voluntad, para exaltar la esperanza y la devoción, y enseñar a amar a Dios y a la Virgen. Y en esos momentos sorprendía a los nuevos con su fervor, con su manera de decir la misa y de pronunciar el nombre de María.

Y aun allí escribía.

En los meses que permaneciera en Roma había publicado un "Triduo a María Santísima, en desagravio", una "Vida de San Pedro Nolasco", una obra sobre "La devoción de San José", "La refutación a Renán o la Divinidad de Jesucristo", y una pequeña obra titulada

"Las dos banderas", y ahora, en Prades, terminaba su último trabajo: "Libro de vida".

A pesar de su decadencia física, él era quien daba ánimo a los Misioneros perseguidos. Y les decía:

"Cuando considero que Dios es tan sabio, bueno y poderoso que aun de las cosas malas saca bienes, espero que la Congregación sacará un gran bien de estas tribulaciones".

Creía firmemente que la persecusión que venían soportando desde hacía veinte años no debía ser para extinguirse, sino que la sufrían para que, perseguidos se hicieran más perfectos y dieran más frutos, y que la Congregación seguiría el destino que se había planeado en sus comienzos.

Y entonces fundaron dos filiales: una en Africa y otra en Chile, y él mismo llegará a saber de once casas, aunque es probable que vislumbrara ya, o que ya supiera de las doscientas que son ahora y de sus cuarenta colegios, y de las que se seguirán fundando en esa obra lenta y fuerte, bella y grande, de una evangelización sin límites geográficos, para la que no existen obstáculos y para la que no se miden sacrificios.

Un día, uno de aquellos últimos días, llamó al Padre Clotet y le dijo:

—Me moriré pronto.

—"Este librito que estoy escribiendo será el último" y dió a propósito de él, las instrucciones necesarias. Empezaba así ya la despedida. Era el alejamiento lógico, suave, lento. Los que estaban con él no querían entender esas palabras; tan dolorosas eran; sin embargo, en algún momento, ante tantas explicaciones, el Padre Clotet, traspasado de pena, debió decir:

—Pero, Excelentísimo Señor, ¿tan pronto hemos de perderlo?...

Presidió asimismo una distribución de premios del Colegio, en un acto íntimo y extraordinario por aquella presencia ya casi transformada. Porque a su alrededor todo iba tomando ahora como un tono de oración, de lejanía que empezara, de hora de serenidad, como ésa en que la luz de un día esplendoroso empieza a irse.

Y en aquellos momentos de placidez y desolación de la última paz, llegó la noticia de que las autoridades francesas, ahora de acuerdo con las españolas, a pedido de éstas, iban a prenderlo. Pretextaban para ello que reunía armas y que conspiraba.

Los del convento, sin decirle aún lo que sucedía, vieron que había que sacarlo de allí y le prepararon otro asilo. La noche fué para todos tristísima. Pero él no protestó, sólo dijo:

—"¡Bendito sea Dios!".

Y salió de madrugada con el Padre Supe-

rior, apenas unas horas antes de llegar la policía.

—¿Dónde está Monseñor? fué la pregunta. El interrogatorio resultó esta vez inútil. Dijeron que se había ido.

Pero aquéllos insistieron, volviendo al convento. Y entonces hubo que decir que estaba en Fontfroide.

La persecusión quiso hacerse también en Fontfroide, y él entonces habló de volver a Roma, a fin de no quedarse "como uno que se esconde de la Justicia"... Pero ni el Padre Xifré, ni los monjes de Fontfroide admitieron que se fuese.

Estaba así en un monasterio del siglo XI, olvidado de los hombres y mitad en ruinas, donde once monjes cistercienses cumplían reglas semejantes a las de San Benito.

Estos, impresionados con su situación, con aquella decadencia física y aquella brutal persecusión, buscaban palabras y atenciones que lo consolaran. Pero él tranquilizó sus espíritus diciendo que no necesitaba de consuelos, porque toda su vida había deseado acabar sus días en un hospital o en un monasterio.

Y así iba a ser.

El mal iba agravándose por días. Ya, a veces casi no se entendía lo que hablaba. Y a

su pedido se le dieron los últimos Sacramentos. Su mirada era tranquila y de comprensión y preparó su alma sonriente.

Los médicos, alarmados, previnieron a los monjes, aunque para él pronunciaron las naturales palabras alentadoras. No sabían que él quería morir. Pero como dijo el Padre Clotet, todo se iba haciendo según su deseo; así los sinsabores, las penas, el martirio, y ahora esta muerte.

El quería que llegara la hora, y el médico le dijo entonces que no debía desear la muerte.

—"Es pecado desearla".

Pero el Santo incorporándose en un gran esfuerzo, respondió a esto con autoridad:

Cupio dissolvi et esse cum Christo".

Y ya ninguno volvió a hablarle de vivir.

Se sucedieron diez días cada vez más penosos. Y una noche quedó entre la vida y la muerte.

Clotet, que había tenido que irse, fué llamado de urgencia. Sus misioneros rezaban ya permanentemente en su capilla, allá en Prades. Y él temía llegar tarde.

¿Vive todavía Monseñor?... Venía angustiado. Y supo que aun vivía. Ansiosamente subió la larga escalera de piedra, abrió aquellas grandes portadas de cristales, pasó aposentos, y en la última puerta, encontró un car-

tel que prohibía la entrada. Pero el Superior lo hizo pasar. El enfermo, su enfermo, divagaba y hablaba de ir a Gerona y no lo conoció.

Tenía horas de inconsciencia y horas de agitación. El viajero veló toda la noche. Y dijo de un silencio que no conociera.

Fué una noche sin voces, sin pasos, sin viento, sin alas, sin un canto de gallo, sin un ladrido, sin un reloj. A aquella celda no llegaba sino un imperceptible murmullo de la fuente del patio.

Pero a las tres, antes del alba, una campana llamó a los monjes.

El que velaba comentó más adelante, con la voz cortada de emoción: En esa noche de calma y de oración el Padre Claret estaba agonizando. Iba muriéndose en aquellas soledades, entre aquellos santos"...

En un momento de lucidez reconoció al Padre Clotet; éste, que veneraba al Santo, le pidió de rodillas que rogara por él cuando estuviera en el cielo y que le pidiera a Dios que lo hiciera santo a él también.

"Ya lo haré", fué la respuesta.

Y un rato después recomenzaba el delirio, que a todos se hacía angustioso. Entonces alguno de los monjes, queriendo hallar el modo de que callara, le hizo acordar cómo el Señor había guardado silencio en la Cruz. Y pasó horas y horas sin hablar.

"La paz lo iba invadiendo", dijo Clotet.

Oscurecía en un gran silencio, en una inmensa quietud, y los monjes empezaron a cantar las jaculatorias, que a veces él repetía, porque de pronto dejaba de oir también. Tomó entonces los rosarios y los besó, y se le dió a Clotet, diciendo:

"Toma mis rosarios, consérvalos"...

En un momento el Padre Benoit, uno de los monjes, pidió a Dios morir en su lugar. Y fué emocionante para todos, aquel deseo, aquel ruego.

Pero, durante las alternativas y los desvelos, frente a aquellos espíritus tan llenos de piedad y de grandeza, la miseria de los hombres del mundo hacía que la prensa francesa y la prensa española, con aquella misma política de bajezas que habían usado antes, siguieran sus ataques. Y hasta se volvió a decir de prenderlo.

—Canallas ¡exclamó el médico! indignado. Yo soy responsable de su vida y no permitiré que entren. Y con iguales términos ya se había pronunciado también el Padre Clotet, proponiéndose servirle de escudo.

Pero no se animaron a presentarse.

Mientras de aquél hablaban y escribían y decían de proceder así, él ya estaba lejos. Sola-

mente hablaba de la Pasión. Casi no entendía otro lenguaje. Estaba en los versículos de los Salmos. No se le oían sino expresiones de la Biblia. Y con el crucifijo en las manos o en los labios, seguía con una paz y alegría indecibles.

Tres monjes blancos lo rodeaban permanentemente, atendiéndolo y confortándolo, y dijeron que a veces, como si bajara a la tierra, como si hablara un ángel, les decía con voz suavísima: Tened paciencia conmigo.

Ellos volvían a las jaculatorias, y viendo llegaba el término, el que tanto sufría con esa muerte, le dijo: "V. E. quiere morir con Jesucristo y con él morirá". Entonces el Santo que parecía ya no oír, respondió: "Diga esto. Dígalo... Con él morirá"...

El 24 de octubre de 1870 amanecía en Fontfroide con la claridad, rara allí y deslumbradora, de la aurora boreal. Y dijeron que era como si el cielo se abriera para recibirlo, y pensaron en aquel carro de fuego en el que Elías había sido arrancado a la tierra.

Pero adentro, en la celda no había llegado la hora, y los monjes blancos seguían cantando las jaculatorias de la muerte.

Por instantes el pulso se hacía débil.

Pero aún no se sabía nada en la Abadía, hasta que una campana tocó sola la hora del tránsito.

Y ella fué oída hasta casi en los horizontes, hasta en los lejanos conventos, hasta por los oídos ignorantes e incrédulos.

Desde aquel momento las oraciones seguían rezándose en la cámara, entre velas que lloraban cera, y fueron así tres días con la muerte presente, y en ningún momento dejaron de rogar los monjes y los Hermanos, por quien se iba limpio de corazón, porque llegó al último límite sin pecados, sin apartarse de su alto camino. ¡Bienaventurado tú que has creído, y has amado a Dios y le has servido, y serenamente esperas su juicio!

Con cuidado embalsamaron entonces su cuerpo, flexible todavía y como si tuviera vida, y así flexible siempre, llegado el tiempo, fué colocado en su ataúd.

Después, en la Abadía, frente a su túmulo, cantaron los funerales aquellos once monjes y los que habían ido de lejos a despedirlo y un pájaro que nunca se había visto antes, y que acompañó el tono del coro y calló cada vez que cantaba el celebrante, y voló y no se vió más, apenas terminó la ceremonia.

Y después fué llevado a la fosa común. Porque le fué negado todo otro lugar, y también que fuera enterrado entre aquellos muros, como se había pedido.

Llegó así la malicia hasta manifestarse

en esos actos. Por eso los monjes, en desagravio, doblando las rodillas besaron el suelo de su cámara y derramaron lágrimas de veneración, y uno de ellos escribió en su lápida: Murió en el destierro porque amó la justicia.

Pero pudieron decir también:

—"Tú le has colmado Señor", por el goce que debió recibir con ese último desprecio, con la venganza de los enemigos de Dios.

Después los Misioneros retornaron sin consuelo doblados por la pena y junto a ellos, el Padre Clotet, que era su discípulo y que amaba al Santo como Juan a Jesús. Y será él quién escriba el primero su vida espiritual con estos últimos recuerdos, y él, quien concentre entonces en una sola frase, su inmensa orfandad:

—En esta tumba se me ha quedado enterrado el corazón.

OBRAS DE LA AUTORA:

1931. – MIS CUARTOS DE HORA. - (Inédita).

1934. – A MEDIA VOZ. (Editorial Alfar). - Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1938. – ENTRE LINEAS. - Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1940. – CRISTALIZACIONES. - Premio de Honor en el Concurso de la Biblioteca de Matanzas. Cuba.

1943. – REYLES (Biblioteca de Cultura Uruguaya). Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1944. – ANTOLOGIA DE POETAS ARMENIOS. - (Aprobada y editada por el Centro de Estudios Armenios del Uruguay).

1948. – VARELA, EL REFORMADOR. - (Segundo Premio en el Concurso de Biografías de José Pedro Varela. 1946. Dirección de Instrucción Primaria y Normal).

1948. – CONTRALUZ. - Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

En preparación: "DEL ESPIRITU DE PAZ".

Este libro se terminó de imprimir el dieciséis de julio de mil novecientos cincuenta y cinco, centésimo sexto aniversario de la Congregación Claretiana, en los talleres gráficos de Manuel Iglesias, Avenida Agraciada mil novecientos veinte y tres.

I. O. D. G.

1-9370

DATE DUE

11/15/97			

Demco, Inc. 38-293

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01040 1380